

Sara Craven

CASADA A LA FUERZA

Casada a la fuerza

¡Atrapada por su marido!

El poderoso italiano Marco Valante estaba acostumbrado a tomar todo lo que deseaba, y no iba a permitir que una minucia como el compromiso de Flora se interpusiera en su camino. Ella llevaba tiempo intentando convencerse de que era feliz con su prometido, pero el corazón no había dejado de acelerársele desde que había conocido a Marco.

El sexy magnate no había perdido ni un minuto para llevársela a su magnífica villa, donde Flora encontraría intimidad, pasión… ¡y una propuesta de matrimonio!

Capítulo 1

-Dime una cosa -dijo Hester-. ¿Estás completamente segura de que quieres casarte?

Flora Graham estaba distraída pensando en cómo dar la noticia de que no quería a su caprichoso y maleducado sobrino como paje, pero volvió con prontitud a la realidad del restaurante lleno y alegre para contestarle a su mejor amiga y dama de honor, que la miraba con preocupación.

-Claro que quiero -hizo una ligera mueca-. Chris y yo hacemos una pareja perfecta, tú ya lo sabes. No podría ser más feliz.

-Pues no pareces especialmente feliz -sentenció Hester, rellenando las tazas de café.

Flora hizo un gesto de desesperación.

-Espera a que llegue tu turno y verás lo que es sentirse como en un circo de tres pistas sin tiempo para nada. Mi madre debió de estar sorda cuando le dije que quería una boda sencilla y tranquila.

-Entonces, ¿por qué no la haces así? -preguntó Hester mirándola fijamente-. ¿Por qué no le pides a Chris que saque una licencia especial y os escapáis a algún lugar para casaros? Estaré encantada de ir como testigo, y quizá el padrino de Chris podría ser el otro. Flora se quedó mirándola.

-Porque no podemos. Ya nos hemos comprometido con todos estos gastos. Decepcionaríamos a muchas personas. Es demasiado tarde.

-Cariño, nunca es demasiado tarde -el tono de Hester era persuasivo-. Y estoy segura de que la mayoría de la gente lo entendería.

Flora movió la cabeza.

-Mi madre no. Y la madre de Chris desde luego que tampoco. ¿Es que no quieres ser mi dama de honor? Pensaba tirar el ramo para que lo agarraras tú.

-Después de observarte desde la fiesta de compromiso, creo que no me importa -dijo Hester con sequedad-. No estoy preparada para una crisis nerviosa. Y hablando de compromisos, veo que no llevas puesto el anillo. ¿No será que tu subconsciente te juega una mala pasada?

-No. Se me estropeó uno de los ganchitos y me lo están arreglando -el tono de Flora se hizo grave-. ¿Qué pasa, Hes? Empieza a parecerme que no te gusta Chris.

-Eso no es cierto, pero aunque me odies para siempre, creo que podrías encontrar a alguien mejor.

Flora se quedó boquiabierta.

-¡No lo dirás en serio! Amo a Chris, por si no te habías dado cuenta.

Hester se quedó en silencio unos instantes.

-Flo, nos conocemos desde hace muchos años y te he visto con varios hombres, pero nunca en una relación seria. Claro que eso no importa. Nunca te has acostado con ellos y te admiro por mantenerte fiel a tus principios. Siempre pensé que, cuando te enamoraras, sería con una pasión que moviera el cielo y la tierra, con fuegos artificiales y todo lo demás. Y no veo nada de eso entre tú y Chris.

-Me alegro de que me lo digas -dijo Flora con calma- Suena muy poco cómodo.

-Debería ser poco cómodo -continuó Hester-. El amor no es como un abrigo calentito y viejo que uno se sigue poniendo porque evita el esfuerzo de buscar uno nuevo.

-Pero yo no me siento así para nada -protestó Flora-. Estoy loca por él.

-¿De veras? -dijo Hester, implacable-. Si es así, ¿por qué no estáis viviendo juntos?

-El apartamento necesita mejoras. Queremos que sea perfecto. Después de todo, va a ser como mi escaparate. Los decoradores están tardando más de lo previsto...

-Eso no es excusa suficiente para no estar juntos. Supongo que el coste de la reforma no os permite escaparos un fin de semana romántico en el campo...

-Cuando estemos casados, todos los fines de semana serán románticos -replicó Flora en tono desafiante.

-Contéstame con sinceridad -Hester se acercó a ella-. Si Chris viniera mañana y te dijera que quiere dejarlo, ¿sería el fin del mundo para ti?

-Sí, lo sería. Quizá Chris y yo no seamos una pareja muy cariñosa, pero, ¿quién dice que sea obligatorio llevar el corazón en la mano?

-A veces -dijo Hester-, no se puede evitar -apuró su café y agarró la cuenta-. De todos modos, si es eso lo que sientes y estás segura, no tengo nada más que decir. Pero si tienes alguna duda, yo estaré por aquí para recoger los pedazos. Sal, mi compañera de piso, se ha ido a Bruselas por tres meses, así que tengo una habitación libre.

-Eres muy amable en ofrecérmela -dijo Flora con dulzura-. Y no te odio por hacerlo, aunque no será necesario. Yo creía que la que tenía que ponerse nerviosa era la novia y no la dama de honor...

-Estaría más contenta si te viese nerviosa -replicó Hester-. Actúas como si estuvieras resignada a tu destino, pero no es necesario. Eres preciosa y el mundo está lleno de jóvenes atractivos esperando una

ocasión -besó a Flora en la mejilla y le susurró mientras se iba-: Si no me crees, échale un vistazo al chico ese de la mesa del rincón. Te ha estado mirando durante todo el almuerzo.

Flora debería haberse marchado también, pero se sirvió otro café. No sabía si echarle azúcar para animarse. Según decían, el azúcar era buena en caso de estado de shock, y ella estaba anonadada por los comentarios de Hester.

Solo había sido un almuerzo de chicas para decidir el color del vestido de su amiga, pero el resultado había sido increíble. Estaba claro que era algo que Hester llevaba pensando algún tiempo y, como solo faltaba un mes para la boda, había decidido aclararlo.

«Ojalá no me hubiera dicho nada», pensó Flora mordiéndose el labio. «Yo era perfectamente feliz cuando me senté a la mesa. Ya tengo suficientes cosas en qué pensar sin necesidad de analizar mis sentimientos por Chris y de contrastarlos con emociones que ni siquiera sabía que existían. Quiero a Chris y estoy segura de que tendremos un matrimonio bueno y duradero. Eso es mucho más importante que los fuegos artificiales de sexo de que Hester me habla».

Le parecía como si su mente tratara de evitar ese tema, pero se tranquilizó pensando que, una vez casados, eso funcionaría y se olvidarían del primer fracaso.

Miró el reloj. Se había hecho tarde y tendría que tomar un taxi para llegar a su siguiente compromiso. Al salir del restaurante, recordó lo que Hester le había susurrado al marcharse y miró de reojo hacia la mesa del rincón. Su mirada se encontró con la del joven que la miraba fijamente.

Azorada, apartó la mirada, pero le dio tiempo a percatarse de que era muy moreno y de que tenía el pelo rizado y más largo de lo usual. Era un tipo mediterráneo, de piel aceitunada, pómulos prominentes, nariz aguileña, mentón firme con hoyuelo y boca sensual.

Cuando llegó a la calle pensó, entre divertida y preocupada, que casi podía dibujarlo de memoria. Menuda faena le había hecho Hes haciendo que se fijara en él.

Bajó de la acera en busca de un taxi, pero no había ninguno y comenzó a caminar. De pronto sintió que le estiraban con fuerza la correa del bolso, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Comenzó a gritar pidiendo ayuda mientras se protegía la cabeza con las manos, temerosa de que su asaltante la golpeara. Entonces oyó gritos, un frenazo y los pasos de alguien que corría.

Flora se quedó inmóvil. Oyó que alguien le hablaba con una voz grave y un ligero acento.

-¿Está herida, signorina? ¿Quiere que llame a una ambulancia? ¿Puede hablar?

-Tal vez no pueda hablar, amigo, pero gritar sí que puede. Casi me revienta los tímpanos -dijo una voz más grave-. Ayudémosla a ponerse de pie.

-No hace falta -dijo Flora levantando la cabeza y mirando a su alrededor-. Puedo arreglármelas.

-Me parece que no -dijo la primera voz-. Creo que será mejor que acepte nuestra ayuda, signorina.

Flora se volvió a mirar al hombre que le hablaba y sus peores sospechas se confirmaron.

El hombre del restaurante estaba arrodillado a su lado. Visto de cerca, su atractivo era aún más devastador. Su boca estaba tensa, pero podría suavizarse. Tenía los ojos verdes, jaspeados de oro. Despedía olor a colonia cara y, para escapar de su influjo, Flora se puso rápidamente de rodillas.

-¡Ay! -exclamó. Al caer se había raspado las rodillas y los muslos, -y también le dolían los codos y las palmas de las manos.

-¡Venga, valiente! -era la voz número dos. Un brazo fuerte la rodeó, ayudándola a ponerse en pie-. ¿Por qué no la ayudo a entrar en el taxi y la llevo a la clínica más cercana?

-¿Taxi? -repitió Flora-. Yo estaba buscando un taxi.

-Sí, yo la vi e iba a pararla cuando el maldito atracador la asaltó. Entonces, este otro caballero apareció volando y el atracador salió corriendo.

-¡Oh! -Flora miró al otro caballero, que se había puesto en pie y que sonriendo levemente la observaba con sus fascinantes ojos verdes-. ¡Muchísimas gracias!

Él inclinó la cabeza.

-¿Tiene aún su bolso? ¿No se llevó nada más?

-No le dio tiempo -le dirigió una breve sonrisa de cortesía y se volvió hacia el taxista-. Necesito ir a Belvedere Row. Tengo que encontrarme con alguien y voy a llegar tarde.

-No creo que pueda ir a su cita así -intervino su salvador-. Necesita por lo menos un cepillo para la ropa y curarse las heridas.

Antes de que pudiera protestar, Flora se encontró dentro del taxi y con el extraño sentado a su lado.

-Al Hotel Mayfair Tower, por favor -le dijo al conductor.

-No puedo ir allí -exclamó Flora-. Mi cita es en la dirección contraria.

-Cuando esté limpia y aseada, otro taxi la llevará allí -podía detectarse un tono de mando en la voz-. ¿Es una cita de trabajo?

Entonces es muy simple. Llame con su teléfono móvil y explíqueles la razón de su retraso,

-Entonces, ¿qué va a ser, cariño? -preguntó el taxista-: ¿Al Mayfair Tower?

Flora titubeó.

-Supongo que sí.

-Una sabia decisión -comentó su acompañante.

Ella lo miró con frialdad.

-¿Disfruta organizando la vida de los demás? El sonrió con una mueca divertida.

-Solo la de las personas que he salvado.

-¿No exagera un poco?

Él encogió sus poderosos hombros que el traje gris marengo acentuaba. Llevaba desabrochado el botón superior de la camisa de seda gris pálido y aflojado el nudo de su corbata. Medía alrededor de metro ochenta y era esbelto y musculoso, con unas piernas larguísimas.

No era solo atractivo, sino también muy elegante.

-Entonces, digamos que le he evitado la molestia de perder sus tarjetas de crédito y su dinero. Para mucha gente eso es cuestión de vida o muerte.

Ella puso una sonrisa forzada.

-Y mi anillo de compromiso está en la joyería, así que no he salido malparada -se percató de que había dicho una tontería y trató de arreglarlo-. ¿Por qué al Mayfair Tower?

-Da la casualidad que yo me hospedo allí.

-Entonces lo dejaré allí antes de que este taxi me lleve a mi apartamento para limpiarme y cambiarme.

-¿Teme acaso que me insinúe o algo por el estilo? -dijo arqueando las cejas-. Permítame que la tranquilice. Yo nunca seduzco a las doncellas en apuros a menos, claro, que ellas insistan.

-Me parece que esta situación lo divierte mucho...

-Por el contrario, signorina, me la tomo muy en serio. Usted está tratando de quitarle importancia a lo que pasó, pero ha tenido un shock severo y tendrá una reacción. No creo que deba estar sola.

-Es muy amable -dijo Flora, muy tensa-. Pero no puedo ir con usted. Tiene que entenderlo.

-Debo de estar muy torpe esta tarde -sacó una tarjeta de la cartera y se la entregó-. Quizá una presentación formal podría convencerla de mi respetabilidad.

Flora aceptó la tarjeta y la leyó con suspicacia.

-Marco Valante -leyó. Y debajo-: Altimazza, Inc. -Lo miró-. ¿La

empresa farmacéutica?

-¿Nos conoce?

-Claro -tragó saliva-. Tienen un éxito asombroso. Siempre que sus acciones están a la venta, mi prometido se las recomienda a sus clientes.

-¿Es un agente de bolsa? -preguntó él.

-Es un asesor financiero independiente.

-Ah... y usted, ¿trabaja en el mismo campo?

-Oh, no -se apresuró a decir Flora-. Yo soy asesora de ventas inmobiliarias.

Él arqueó las cejas.

-¿Vende casas?

-No directamente. Las agencias me contratan para que asesore a la gente en cómo resaltar las ventajas de sus propiedades ante los posibles compradores. Yo les indico cómo deben redecorarlas para hacerlas más vendibles.

-Supongo que no siempre será fácil.

-No lo es. En el gremio solemos decir que la casa de un inglés es su castillo, y que los vendedores a veces hacen que se retire el puente levadizo. Yo tengo que convencer a los propietarios de que su casa ya no es su querido hogar, sino una mercancía que quieren vender con beneficio. A veces cuesta bastante persuadirlos.

-Creo -dijo él con suavidad- que usted podría persuadir a un monje para que dejara sus votos, mia cara.

Flora se puso tensa.

-Por favor, no diga cosas así.

-¿Porque está a punto de casarse ya no puede recibir cumplidos de otros hombres? ¡Qué discreta!

-Eso no es lo que quería decir.

Él hizo una mueca divertida.

-¿Y tampoco se le puede tomar el pelo? Entiendo. De ahora en adelante me comportaré como un santo. Flora pensó que no tenía aspecto de santo. En todo caso, de ángel rebelde. Volvió a mirar la tarjeta que él le había dado.

-Usted no tiene aspecto de ser un químico -dijo.

-No lo soy -dijo él haciendo una mueca-. Trabajo en la sección contable procurando fondos para nuestros proyectos de investigación.

-Oh... Eso lo explica todo.

En realidad no explicaba nada, porque tampoco tenía el aspecto que ella imaginaba para un contable.

-¿Todo tiene que comprenderse con facilidad? -preguntó él con dulzura-. ¿Nunca ha sentido el deseo de embarcarse en un lento y

largo viaje de descubrimiento?

Flora tenía la sensación de que él le estaba tomando el pelo otra vez, pero se negó a reaccionar.

-Estoy más acostumbrada a las primeras impresiones, a la reacción inmediata. Es parte de mi trabajo.

-Y ahora que ya sabe quién soy yo, ¿me concederá el mismo privilegio?

-Oh... Sí, claro...

Flora buscó dentro de su bolso y sacó una de sus tarjetas de visita. Él la leyó y la miró con sus asombrosos ojos que brillaban bajo las espesas pestañas.

-Flora -dijo en tono afable-. La diosa de la primavera.

Ella se sonrojó y desvió la mirada.

-En realidad es algo más prosaico. Me lo pusieron por mi abuela.

-Dígame, Flora. ¿Seguirá trabajando después de casarse?

-Naturalmente.

-¿Está segura de que su marido no la custodiará más celosamente cuando sea su esposa?

-Eso es una tontería -dijo Flora, indignada-. Chris no me custodia.

-Mejor, porque ya hemos llegado al hotel y, por lo tanto, no hay nada que le impida entrar conmigo.

Flora estuvo tentada de darle las gracias una vez más con mucha dignidad y salir de su vida para siempre, pero el portero ya la estaba ayudando a salir del taxi y le había abierto la puerta para que entrara. Una vez estuvieron en el recibidor, Marco Valante comenzó a dar órdenes en voz baja que los empleados se apresuraron a cumplir.

Flora ya no tenía ninguna posibilidad de salir de esa situación y tuvo que reconocer que lo único que deseaba era encontrar un lugar tranquilo y echarse a llorar.

Ni siquiera protestó cuando la acompañaron a un ascensor que la llevó al primer piso. Caminó junto a Marco Valante hasta el final del pasillo y esperó a que abriera la puerta. Entró delante de él sin decir palabra.

No se trataba de una mera habitación, sino de una suite amplia y lujosamente amueblada. Él abrió las cortinas del salón para que entrara la luz del sol.

-Siéntese -le señaló uno de los sofás y ella se dejó caer sin rechistar porque sus piernas apenas la sostenían-. He pedido que venga la enfermera para que le cure las heridas -dijo él-. También he pedido té y en el cuarto de baño hay una bata para que se la ponga mientras le limpian el traje.

Flora protestó temblorosa:

-Usted es muy autoritario para ser contable.

Él se encogió de hombros.

-Intento compensarla por lo que pasó antes.

-No veo la necesidad -objetó Flora-. No fue culpa suya.

-Pero quizá podía haberlo evitado si hubiera sido más rápido. Su hubiera obedecido a mi instinto y la hubiera seguido cuando salió del restaurante.

-¿Y por qué iba a hacerlo? -Flora comenzaba a reaccionar. Sentía mucho frío y se rodeó con los brazos, apretando los dientes para que no castañetearan.

-Creía -dijo él con dulzura- que no me estaba permitido hacerle cumplidos. Pero si quiere saberlo, tenía muchas ganas de conocer a una chica preciosa con unos cabellos que Tiziano habría podido pintar.

Así que Hes tenía razón, pensó Flora. Él la había estado observando durante el almuerzo.

-Al parecer, a usted le llaman la atención las mujeres pelirrojas.

-No hasta hoy, cuando la vi con el sol reflejándose en su pelo, Flora mia.

A Flora le dio un vuelco el corazón, y se preguntó con cuántas mujeres habría funcionado ese truco. «No debería estar aquí», se dijo, y solo se dio cuenta de que había hablado en voz alta cuando él le contestó:

-No tema. Está completamente segura, porque de un momento a otro comenzará a llegar gente y ya nunca más estaré a solas con usted.

«Nunca», se lamentó una vocecita en su cabeza, «es un periodo muy largo y una palabra muy triste».

-Tal vez podría indicarme dónde está el baño - dijo ella.

Él le hizo señas de que lo siguiera. Al atravesar el dormitorio, ella intentó no fijarse en la enorme cama. Ya en el baño, Flora se miró en el espejo y se quedó asombrada. Parecía un fantasma. Su rostro, de tez clara, estaba muy pálido y sus ojos grises estaban muy abiertos y desencajados. Tenía la cara sucia y su blusa estaba manchada y desgarrada, dejando ver varios centímetros del sujetador de encaje. «Seguro que Marco Valante se ha dado cuenta», pensó mientras se desvestía y se limpiaba las rodillas. Se lavó la cara y las manos, y se puso un poco de maquillaje y de lápiz de labios para disimular su palidez. Solía llevar el cabello recogido con un lazo negro, pero se había despeinado y tenía la melena suelta sobre los hombros y el pelo enredado.

Mientras se ponía un enorme albornoz, pensó que nada era normal ese día. Aunque el albornoz la cubría por completo, se sintió

abochornada cuando volvía al salón.

Allí estaba la enfermera, dispuesta a curarla.

-Uno no espera que sucedan esas cosas -comentó la enfermera mientras le ponía crema antiséptica y le cubría las heridas más grandes-. Desde luego que no en una calle transitada y en pleno día, ¿Y por qué precisamente a usted? No lleva un Rolex ni joyas de oro ostentosas...

Flora se había preguntado lo mismo. Suponía que había sido una casualidad. Estar en el sitio y la hora equivocados.

Y seguía en el sitio equivocado, y sin escapatoria posible.

Marco Valante había tenido el tacto de retirarse mientras la curaban, pero había llegado el camarero del servicio de habitaciones con el té y sin duda volvería en cualquier momento.

Y ella tendría que darle las gracias una vez más, puesto que con el té le habían llevado una bolsa con el nombre de una tienda famosa; en su interior había unas medias nuevas y una camisa de seda blanca, nueva también. Lo que más la abrumaba era que fueran de su talla exacta, lo que le confirmaba que se trataba de un hombre que sabía demasiado de las mujeres.

Cuando él regresó al salón, ella le sonrió cortésmente.

-¿Se encuentra mejor?

Sus ojos verdes la recorrieron con la mirada como si el grueso albornoz no existiera. «Como si conociera cada centímetro de mi cuerpo», pensó Flora mientras su corazón empezaba a acelerarse en una mezcla de excitación y pánico.

-Desde luego que sí. ¡Como nueva! -exclamó ella.

-El servicio del hotel me aseguró que su ropa estará igual de bien en poco tiempo -se sentó frente a ella-. La están limpiando con carácter de urgencia -hizo una pausa-, pero me pareció que su blusa no tenía mucho arreglo.

-Sí... -contestó Flora como aturdida, consciente de que se había sonrojado. Alcanzó su bolso-. Permítame que le reembolse.

-Con mucho gusto -dijo, dejando caer la chaqueta y acomodando su esbelto cuerpo en el sofá-. Cene conmigo esta noche.

Flora se quedó aturdida.

-No podría.

-¿Por qué no?

-Ya se lo dije. Estoy comprometida para casarme.

Él se encogió de hombros.

-Sí, ya me lo dijo. ¿Y qué?

-¿A usted no le importa?

-¿Por qué iba a importarme? Tal vez yo también esté

comprometido...
-¿Lo está?
-No. Estoy soltero, mia bella. Pero no importaría -la miró con ironía-. Después de todo, no estoy sugiriendo que cenemos en la cama... -tras una pausa, añadió:- ¿Se siente lo suficientemente a salvo como para servir el té?
-Claro -Flora trató de mostrar dignidad-. ¿Leche y azúcar?
-Solo limón, gracias.
Fue un milagro que consiguiera servir el té en las tazas de porcelana y no sobre la bandeja y la alfombra. Y lo peor era que Marco Valante se había dado cuenta de los apuros que ella estaba pasando y sonreía divertido.
-Gracias -dijo él cuando ella le entregó la taza-. ¿Ha llamado a sus clientes?
-Sí. Aceptaron mis excusas y fijaron una nueva cita.
-¿Piensa que su prometido será igual de comprensivo y me la cederá para una cena?
-Sé que no lo haría.
-Es extraño -dijo él, pensativo-. No puede ser tan posesivo.
-¿Por qué dice eso?
-Porque nunca... la ha poseído, mia bella.
-¿Cómo se atreve a decir eso? -protestó Flora, anonadada.
-Siempre que es posible prefiero decir la verdad. Y digo que usted está... intacta.
-Usted... usted no puede saber eso -dijo Flora, indignada-. Y, además, no es asunto suyo.
-El destino ha hecho que se cruzaran nuestros caminos, Flora mia -dijo él con dulzura-. Creo que tengo derecho a sentirme un poco intrigado cuando miro a sus ojos y no detecto experiencia de mujer ni recuerdo de deseo.
Ella dejó su taza con tal fuerza, que la bandeja tembló.
-Usted no tiene ningún derecho a decir eso -dijo ella, indignada-, y me gustaría marcharme ahora, por favor.
-¿Así? -dijo él arqueando las cejas-. Causará sensación, cara.
-Preferiría salir a la calle desnuda -dijo Flora con voz temblorosa por la rabia- a tener que soportar sus suposiciones humillantes e inexactas sobre mi vida privada.
Marco Valante sonrió.
-Me siento tentado a dejarla que lo demuestre, pero hoy me siento compasivo. Haré que le dejen otra habitación mientras espera a que le traigan su ropa -tomó el teléfono, marcó un número y habló brevemente-. Una doncella vendrá a buscarla y la acompañará a su

nuevo refugio -le dijo en tono amable. Garabateó algo sobre una hoja de papel de notas y se la entregó-. Si cambia de opinión acerca de la cena, puede reunirse conmigo en este restaurante a partir de las ocho.

Flora arrugó el papel y lo tiró al suelo, diciéndole clara y fríamente:

-Antes se congelará el infierno, signore.

Él le contestó en un tono dulce y pensativo:

-Así que las llamas no están solo en su pelo. Bravo.

-Le enviaré un cheque para pagarle esto -dijo ella agarrando la blusa y las medias y metiéndolas en su bolso.

Marco Valante se rio.

-Estoy segura de que lo hará, cara, pero por si se le olvida, aceptaré un primer plazo ahora.

De pronto estaba junto a ella y su brazo la rodeaba y la atraía hacia él. Y durante un instante ella sintió la boca ardiente de él sobre la suya saboreándola con un ansia que ella no sabía que existiera.

Terminó casi antes de empezar. Antes de que ella se diera cuenta de lo que pasaba, ya estaba libre y retrocedía mirándolo horrorizada y limpiándose la boca con la mano.

Él también la miró e hizo una mueca.

-Tan ardiente como el pecado y tan dulce como la miel. No puedo esperar al siguiente plazo, Flora mia.

El tono de su voz hizo que ella se estremeciera. Quería mirar hacia otro lado, pero le resultaba imposible. Estaba como hipnotizada. Por fortuna llamaron a la puerta y fue a abrir. Se remangó los bordes del albornoz para no tropezar e intentó no salir corriendo.

La voz de él la persiguió.

-Mia bella. Nos veremos.

-No. No nos veremos -contestó ella, rabiosa, mientras salía dando un portazo, consciente, para su vergüenza, de que no se atrevía a volverlo a mirar.

Capítulo 2

-Te he preparado una infusión -dijo Melanie, preocupada-, puesto que aún no eres capaz de enfrentarte al capuchino. Dicen que el shock puede hacerte sentir así.

«Algunos shocks sí que pueden», pensó Flora mientras daba las gracias a su secretaria por la taza que le había llevado. El shock no era solo el capuchino, sino cualquier cosa que sonara a italiano.

Habían transcurrido tres días desde el atraco y la desagradable continuación. Había sido peor el remedio que la enfermedad y todavía hacía filtrar sus llamadas y escrutaba la calle antes de salir de casa o de la oficina.

-Nos veremos -era lo que él había dicho. Una frase normal de despedida, probablemente sin mayor importancia. Pero eran palabras desafortunadas porque él las había hecho parecer más bien una promesa... o amenaza.

Flora trataba de convencerse de que esas palabras no importaban y de que debería olvidarlo todo. Ya que sus heridas estaban cicatrizando, pensaba que sus emociones deberían hacerlo también.

Desde el primer momento era evidente que Marco Valante significaba problemas, y ella había tenido la mala suerte de que fuera el primero en aparecer cuando pidió ayuda. Era el tipo de hombre que no podía dejar de flirtear y que no perdía ninguna ocasión. Pero... solo había sido un beso. ¿No era exagerada su reacción? Seguramente él ya lo habría olvidado todo y tal vez estuviera de regreso a Italia. Ella también debía olvidarlo. ¿Por qué le costaba tanto? ¿Por qué él invadía sus pensamientos durante el día y sus sueños por la noche? No tenía sentido.

Y lo que era aún más preocupante: ¿por qué no le había contado nada a Chris?

Su actitud la había molestado. Al principio él se había mostrado comprensivo, pero luego la criticó por resistirse, le dijo que había tenido mucha suerte de que no le hicieran más daño. Eso no era lo que ella necesitaba oír. Debería haberse mostrado más preocupádo y solícito. Más cariñoso.

El estaba muy ocupado tratando de establecer una base económica segura para el futuro matrimonio y Flora sabía que no podía estar pendiente de ella todo el tiempo. Pero debería haberse quedado con ella al menos aquella noche. Pero solo había dicho:

-Lo siento, cariño. Tengo una cita con un cliente nuevo. Podría ser importante. Además, te sentará bien descansar, relajarte... y para eso no me necesitas.

«No», había pensado Flora con tristeza, «pero me habría gustado sentir el consuelo de tus brazos estrechándome. Me gustaría que me miraras como él me miró. Que me demostraras que me deseas, que estás ansioso por que llegue nuestra boda y el momento en que nos pertenezcamos de verdad. Y que ese momento no sea como aquella otra vez...»

Se mordió el labio, recordando, y volvió a concentrarse en terminar un informe para una mujer que quería vender un apartamento repleto de trastos y a un precio desorbitado. Sabía que estaba perdiendo el tiempo con ese informe y que la señora Barstow no haría ningún cambio y, además, discutiría la tarifa que le cobraba. Decidió estudiar las otras peticiones que tenía. Melanie le había resaltado una como urgente. Se trataba de la señora Fairlie, que tenía que trasladarse a Bruselas y necesitaba vender con urgencia. Dice que nos han recomendado, había escrito Melanie.

-Eso es lo que me gusta oír -dijo Flora en voz alta mientras marcaba el número de la señora Fairlie.

-¿No podría hacerme un hueco? Tengo mucha urgencia -suplicó la señora cuando Flora le dijo que no podría ver la casa hasta la semana siguiente.

-Puedo intentar verla esta noche, de camino hacia mi casa, si no es demasiado tarde para usted.

-0h, no -dijo la señora Fairlié complacida-. Me parece estupendo.

Flora colgó y se quedó pensativa. Volvió a tomar el teléfono y, siguiendo un impulso que no entendía, marcó el número del hotel Mayfair Tower.

-Estoy intentando localizar al señor Marco Valante -inventó-. Tengo entendido que se hospeda en su hotel.

-Lo siento mucho, pero el señor Valante se marchó ayer.

-¿Ah, sí? Muchas gracias -contestó Flora y colgó. Su corazón estaba acelerado, pero se sentía aliviada. Él había regresado a Italia y ella ya no tenía nada que temer.

«Debo ser más positiva», pensó, «y tomar medidas para el futuro. Este fin de semana lo dedicaré a arreglar el apartamento y convenceré a Chris de que me ayude. Y también terminaremos los detalles de la boda. Unos cuantos pasos positivos y volveré a ser quien era, sin tiempo a pensar en tonterías».

Tomó un taxi hasta la casa de la señora Fairlie. Estaba situada en una plaza tranquila y elegante. Aunque claramente valía una fortuna, era seguro que tendría muchos aspirantes.

Una doncella uniformada le abrió la puerta y la condujo por una ancha escalera hasta el salón. La casa estaba decorada con mucha

elegancia y Flora pensó que no necesitaban su asesoramiento para venderla.

La, luz del atardecer inundaba la estancia y no le permitía ver la figura que se acercaba hacia ella. Cuando se dio cuenta de que no era una mujer, tuvo un presentimiento y sintió un frío intenso.

-Buona sera, Flora mia -saludó Marco Valante mientras le agarraba la mano inerme y se la llevaba a los labios-. Me alegra verla otra vez.

-Ojalá pudiera decir lo mismo -contestó ella casi sin aliento-. ¿Qué es esto? Yo tenía una cita con una tal señora Fairlie.

-Ha tenido un contratiempo y no ha podido venir. Pero me ha encargado a mí que le muestre la casa.

-¿Y piensa que me lo voy a creer?

Él arqueó las cejas.

-Y si no, ¿qué cree? ¿Que la tengo atada y amordazada en el sótano?

-Me parece extraño que sea precisamente usted quien esté encargado de la casa.

-Estaré viviendo aquí unos días -dijo él con calma-. Su señora Fairlie es mi prima Vittoria.

-Ya veo -contestó Flora con el corazón muy agitado-. Y usted la convenció de que me engañara para que viniera hasta aquí. ¿Su familia desciende de Maquiavelo?

-Tengo entendido que no tuvo descendencia -contestó él, pensativo-, y Vittoria no necesitó que la convenciera cuando le conté lo mucho que deseaba verla otra vez -añadió sonriendo-. Tiene mucha tendencia a mimarme.

-Peor para ella -dijo Flora, cortante-. Quisiera marcharme ahora.

-¿Antes de que examine la casa? Eso no es muy profesional, cara.

Ella le dirigió una mirada helada.

-Pero es que no creo que me hayan hecho venir para algo que no tenga nada que ver con mi profesión. -Está muy equivocada. Vittoria desea que la aconseje sobre la decoración del dormitorio principal. Está aburrida del color y el dormitorio de su casa de Bruselas está decorado en un tono parecido.

-Entonces, ¿es cierto que quiere vender esta casa? -preguntó Flora.

-Ya la ha vendido directamente -dijo él con suavidad-. ¿Subimos a verlo?

-¡No! -la palabra sonó como una explosión. Él se retiró como si le hubiera dado en la cara. Sus ojos verdes la miraban con sorpresa y desprecio, y ella se avergonzó al darse cuenta de que su reacción había sido exagerada-. Lo siento... No quería -tartamudeó.

-No soy tonto -dijo él-. Sé perfectamente lo que quiso decir -le alzó

la barbilla-. Dos cosas, mia cara -dijo en tono suave-. Esta es la casa de mi prima y yo no voy a profanar su techo. Y lo que es más importante, nunca he tomado a una mujer contra su voluntad, y usted no va a ser la primera. ¿Capisce? -Flora se sonrojó-. Así que, por favor, lleve a cabo la misión que se le ha encomendado -se dirigió hacia la puerta-. ¿Quiere que llame a Melinda para que haga de carabina?

-No -contestó ella, azorada- Eso no es necesario.

Las piernas le temblaban mientras subía al dormitorio de Vittoria Fairlie, en el segundo piso.

Era una habitación amplia con vistas al jardín y ventanas francesas que daban a un balcón de hierro forjado con maceteros de cerámica llenos de flores.

Las paredes interiores eran de color rosa pálido con adornos blancos y la colcha era de rosa oscuro. No había casi muebles, excepto una chaise longue y un tocador de madera de avellano.

-¿Y bien? -preguntó él mirando por la ventana. ¿Por qué, mirara donde mirara, él siempre estaba delante? Ella tenía su imagen grabada en la mente, el desorden de su pelo negro azabache, el hoyuelo de su barbilla, los pantalones negros ajustados que acentuaban sus estrechas caderas y sus muslos largos y musculosos, la camisa blanca con el último botón desabrochado dejando ver un triángulo de piel suave y bronceada...

Por un instante pensó en qué se sentiría tocando esa piel con los dedos... o con la boca... Se quedó horrorizada al darse cuenta de lo que estaba pensando y se precipitó a decir algo.

-Es una habitación verdaderamente bonita. No encuentro ningún fallo en el gusto de su prima -titubeó un segundo-. Pero me pregunto si no es, quizá, demasiado femenina.

-Eso es lo que opina también el marido -dijo Marco con una mueca-. No quiere que pinten nada de rosa en la nueva casa.

-Pero es tan difícil sugerir algo sin haber visto la habitación de Bruselas... Puede que esté orientada en otra dirección...

No. Vittoria dice que también está orientada hacia el sur y es muy luminosa. .

-En ese caso -Flora echó otro vistazo a su alrededor-. Hay un papel de seda con aguas azul verdoso pálido que es precioso. Se llama Seascape. Siempre me ha parecido que despertarse con la luz del sol reflejándose en él es como flotar en el Mediterráneo. Pero puede que a su prima eso no le guste.

-Por el contrario. Creo que eso le traería buenos recuerdos. Cuando éramos niños, solíamos pasar el verano en casa de nuestro abuelo. Tenía su viejo castillo en una colina sobre el mar y todos los días

bajábamos a la cala por entre los cipreses.

-Suena paradisíaco.

-Sí -dijo él-. Un mundo mucho más inocente. ¿Ha visitado alguna vez mi país?

-Aún no, pero espero ir durante mi luna de miel si consigo convencer a mi prometido.

-¿A él no le gusta Italia? -sus ojos verdes estaban pensativos..

-Creo que él tampoco ha estado nunca. Pero estuvo en las Bahamas a principios de este año y quiere volver allí. Al parecer, hay una pequeña isla llamada Coconut Cay donde los pelícanos van a comer. Un barquero te lleva por la mañana y te recoge al atardecer. A menudo no hay nadie más en la isla.

-Debe detener buenos recuerdos para él.

-Sí. Pero para nuestra luna de miel yo preferiría ir a un sitio donde podamos crear juntos nuestros recuerdos. Y podríamos ir a las Bahamas en otro momento.

-Claro -asintió él mirando el reloj. Sin duda los planes matrimoniales lo aburrían. «Eso era lo que pretendía», pensó Flora-. ¿Le pondrá por escrito sus recomendaciones a Vittoria? Incluya también una nota con sus honorarios.

-Preferiría que usted mismo se lo dijera -alzó el rostro y lo miró con descaro-. Y puede considerar que así quedarán canceladas todas las deudas entre nosotros.

-Como usted quiera -contestó él cortésmente. Mientras bajaba la escalera, Flora pensó que eso no era lo que ella esperaba. Había previsto que él discutiera un poco o, al menos, que hiciera alguno de sus comentarios irónicos.

Estaba claro que él ya se había aburrido del juego al que había estado jugando. «Mejor así», pensó Flora. Estaba bajando la escalera con la intención de salir por la puerta, sin ni siquiera mirar atrás, cuando vio que Melinda subía con un cubo de hielo y, de repente, ya estaba de nuevo en el salón.

-¿Champán? -preguntó Marco descorchando la botella.

-En realidad, debería marcharme -alegó ella aceptando la copa y se sentó en el borde de un sofá; mientras observaba, incómoda, cómo la doncella dejaba una bandeja con canapés sobre una mesa auxiliar y se marchaba, dejándolos solos-. ¿Está celebrando algo?

-Claro. Celebro estar de nuevo con usted -levantó su copa para brindar-. ¡Salute!

Estaba sentado sobre el brazo opuesto del sofá, pero no la engañaba. Aunque parecía estar relajado, era como una pantera negra al acecho de su próxima víctima.

-¿A pesar de haberme traído aquí con un engaño?

-No quiso venir a cenar conmigo la otra noche -se encogió de hombros-. ¿Qué otra alternativa me quedaba?

-Podía haberme dejado en paz -dijo ella en voz baja.

-No hay paz -dijo él en tono duro-. Desde que nos conocimos, no ha habido ni una hora del día en la que no haya recordado sus ojos, su boca...

-Por favor -contestó Flora casi sin habla-. No debe decir esas cosas.

-¿Por qué? -preguntó él-. ¿Por qué la avergüenzan? ¿Porque la ofenden? ¿O porque también ha pensado en mí, pero no quiere reconocerlo? ¿Cuál es la razón, Flora mia?

-No está siendo justo conmigo...

-Ya sabe lo que dicen: «todo es legítimo en la guerra y en el amor». Y si tengo que luchar por usted, cara, seré yo quien escoja mis armas.

-Estoy comprometida-dijo ella en tono desesperado-. Usted lo sabe. Ya tengo planes para mi vida y usted no entra en ellos.

-Así que no estoy incluido en su futuro. Pues de acuerdo. Pero podría darme algunas horas del presente, esta noche.

-Eso es imposible,

-¿Va a ver a su prometido esta noche?

-Naturalmente. Tenemos muchas cosas que comentar.

-Naturalmente -dijo él con dulzura-. ¿Le ha hablado de mí?

-No ha habido -dijo Flora tratando de afianzar su voz- nada que decir.

Él arqueó las cejas.

-¿No cree que le interesaría saber que otro hombre conoce el sabor de su mujer y el aroma de su piel cuando se le despierta el deseo?

-¡Basta ya! -Flora se puso en pie titubeante y derramó algo de champán sobre su falda-. ¡No tiene derecho a hablarme así!

Él no se movió y permaneció con los ojos fijos en ella. Flora sentía que su mirada le abrasaba la boca, y le chamuscaba la ropa hasta llegar a su piel.

-Entonces otórgueme el derecho. Cene conmigo esta noche.

-No puedo -la voz de Flora era débil.

-Qué rara es usted. Tan segura en su trabajo, y con tanto miedo a vivir...

-Eso no es cierto -protestó ella.

-Entonces demuéstrelo -estaba retándola-. El día que nos conocimos le escribí el nombre de un restaurante en un papel.

-Y yo lo tiré -contestó ella con aire fiero.

-Pero estoy seguro que recuerda el nombre -dijo él con dulzura-. ¿Verdad que sí, mia bella?

-¿Por qué me hace esto? -murmuró ella. Él se encogió de hombros.

-Solo estoy siendo sincero por los dos -dijo sonriéndole-. Así que dígame el nombre del restaurante. Ella tragó saliva.

-Pietro's... en la calle Gable. Él asintió.

-Volveré a cenar allí esta noche. Como ya le dije antes, puede encontrarme allí después de las ocho -hizo una pausa-. Y todo lo que pido es su compañía durante la cena. Nada más. Tiene mi palabra.

-Quiere decir que no... que no me va a pedir...

-No. Al menos no esta noche.

-Entonces, ¿por qué? No entiendo nada.

Él esbozó una sonrisa casi felina.

-Sabrá, mia cara, que la imaginación aumenta el apetito. Y yo deseo que esté ansiosa, voraz.

-Creo que ya lo he dejado bien claro. No estoy disponible ni esta noche ni nunca.

De camino hacia la puerta, ella temió que él la iba a detener. Que la agarraría por el brazo o por el hombro y que la retendría y la abrazaría.

Llegó a las escaleras y las bajó deprisa. En el vestíbulo se encontró con Melinda, que le abrió la puerta y le deseó buenas noches.

-Está bien -se dijo Flora sin aliento mientras cruzaba la plaza en busca de un taxi-. Ya terminó todo y estás a salvo.

Y en ese mismo instante presintió que Marco estaba mirándola desde la ventana. No se atrevió a volverse para comprobar si tenía razón. Eso demostraba que no estaba a salvo, y que ella lo sabía.

Pidió al taxista que la dejara frente al supermercado cercano a su casa. Hizo la compra para el fin de semana incluyendo varios manjares y vinos que le gustaban a Chris.

Tenía que centrarse de nuevo y, ¿qué mejor manera que pasar un fin de semana feliz haciendo planes para el futuro con el hombre que amaba? Cuando dobló la esquina cargada con las bolsas, le dio un vuelco el corazón. El coche de Chris estaba estacionado frente a su apartamento.

Lo encontró en el salón, apoltronado en un sillón y mirando un programa de deportes. La miró de soslayo con cara de contrariado.

-¿Dónde diablos has estado? ¡Te esperaba hace horas!

-Tuve que hacer una visita de trabajo de camino hacia casa, y luego fui a la compra -le mostró las bolsas-. ¿Ves? Todo tipo de manjares...

-Ah... -dijo él despacio-. En realidad, no puedo quedarme. Eso es lo que vine a decirte. Jack Foxton ha invitado a unos clientes a jugar al golf este fin de semana y, como le falta una persona, me ha pedido

que vaya. Tengo mis cosas en el coche y he de reunirme con ellos en el hotel.

-¡Oh, no! -Flora lo miraba desconsolada-. Yo había hecho planes para nosotros...

-No podía decirle que no -dijo él-. Ya sabes que él puede conseguirme muy buenos negocios. Y no quiero disgustarlo.

Flora alzó la cara.

-Al parecer, no te preocupa disgustarme a mí...

-Cariño... Fue una cosa de última hora, si no te lo habría dicho antes. Y te lo compensaré el próximo fin de semana. Me tendrás para ti sola, te lo prometo -dijo poniéndose rápidamente en pie.

«Rubio, de ojos azules y obstinado, y tan... preocupado por sí mismo», pensó.Flora.

-Chris, por favor, no me hagas esto -dijo ella con voz trémula-. De verdad, necesito pasar algo de tiempo contigo. Para hablar...

-Y lo haremos, cariño. Cuando regrese -le dijo con una sonrisa encantadora-. De todos modos, tengo que dejarte espacio para que adelantes tu trabajo o hagas alguna de esas cosas de chicas que nunca tienes tiempo de hacer. ¿Por qué no llamas a Hester? Es posible que ella tampoco tenga nada que hacer -dijo y se despidió con un beso ligero en los labios al que ella no respondió-. Te llamaré en cuanto pueda. Si no, te veré el lunes -añadió mientras cerraba la puerta de golpe y desaparecía.

Flora se quedó inmóvil, con las bolsas de la compra a sus pies, sintiéndose abandonada, desilusionada y un poco perdida. Chris era su punto de apoyo, su baluarte contra todos esos pensamientos y emociones que la estaban asaltando. Y de repente, no estaba allí para ayudarla.

Comenzó a repasar sus comentarios de despedida y se puso furiosa. ¿Cómo se atrevía a decir las cosas que dijo? ¿Qué concepto tenía de ella? ¿Y de Hester? ¿Cómo podía dar por sentado que su amiga no tenía nada más que hacer un viernes por la noche que hacerle compañía?

«¿Es eso lo que piensa de nosotras? ¿Que somos un par de mujeres solteras que se resignan a una comida para llevar y un vídeo? ¿Sin hombres y, por lo tanto, desvalidas?», pensó.

Pues si eso era lo que opinaba, acababa de cometer el mayor error de su vida.

Marchó hacia su dormitorio, abrió de golpe el armario y comenzó a buscar en su guardarropa. Sacó un vestido- de seda negra con tirantes finos y minifalda con algo de vuelo. Lo había comprado unas semanas antes y aún estaba por estrenar en espera de una ocasión

apropiada.

«Y esta noche es la ocasión perfecta», pensó desafiante. Quitó la etiqueta y desoyó las señales de alarma de su cerebro, la vocecita interior que le decía que estaba a punto de hacer algo que dejaría a Chris de piedra, y que podía ser realmente peligroso.

«Toda la vida he sido prudente», argumentó, mientras buscaba unas bragas negras de encaje y seda que eran todo lo que cabía debajo de la falda. «¿Y adónde me ha llevado?>»

A una situación en la que la tenían por segura. Esa no era la primera vez en que el negocio de Chris había sido prioritario y él la había dejado plantada el fin de semana. Hasta ese día había pensado que su ambición era algo bueno y que él merecía todo su apoyo. Pero había llegado al punto en que la ambición no era más que egoísmo.

Porque no era solo el negocio lo que lo alejaba de ella. Podía haber cancelado su viaje en solitario a las Bahamas, pero no lo había cancelado a pesar de que había sido un momento en que ella necesitaba todo su amor y apoyo. Cuando ella no quería quedarse sola.

Pero eso era el pasado y no debía pensar más en ello. Pero por el momento el futuro también estaba confuso.

No iba a pasar otra noche de viernes mirando las cuatro paredes de su apartamento, teniendo una alternativa más agradable.

Se miró en el espejo y se quedó asombrada por su aspecto. Estaba arriesgándose demasiado porque Marco Valante era mucho más que un hombre atractivo. Era una fuerza de la naturaleza y, al pensarlo, se estremeció con una mezcla de temor y excitación. Desde el momento que lo había visto en el restaurante, se había sentido atraída hacia él, indefensa como la marea bajo la luna.

Lo único que se interponía entre ella y el posible desastre era que Marco había dado su palabra de que sería tan solo una cena y nada más. Pero..., ¿cómo se atrevía a confiar en la palabra de un extraño?

Sobre todo cuando el instinto le decía que se trataba de un hombre que vivía según sus propias reglas. Se tocó los labios, recordando el beso, y pensó que debía estar loca, Claro que podía, coger el vestido, colgarlo y quedarse en casa mirando la televisión...

-Voy a cenar con él -se dijo desafiante-. Y voy a reírme, a coquetear y a divertirme como no lo he hecho durante meses. Pero solo por esta noche. Después de todo, a él le gusta jugar y yo también puedo hacerlo. Y cuando termine, le daré las gracias, le estrecharé la mano y me marcharé. Final de la historia.

Se duchó y se lavó la cabeza, se puso un maquillaje ligero y se calzó unas sandalias de tacón. Cuando estuvo lista, se miró al espejo y

se quedó atónita. La estaba mirando una extraña.

Y esa noche iba a dejar que esa extraña viviera dentro de ella.

-Aún puedes echarte atrás -susurró para sí mientras un taxi la conducía al restaurante-. No es demasiado tarde y puedes decirle al taxista que regrese. Sí se pone pesado o corres peligro, puedes irte no hay por qué preocuparse.

Pietro's era un restaurante pequeño y tranquilo. Una vez dentro, la atendió una linda camarera.

-He quedado con alguien. El señor Valante.

La camarera sonrió.

-Claro, signorina. Está en el bar. ¿Quiere que le guarde el chal?

-No, gracias. De momento, prefiero tenerlo.

«En caso de que tenga que salir corriendo», pensó.

El bar estaba lleno de gente, pero Flora lo divisó enseguida, sentado en un taburete y con el aspecto de quien está preparado a esperar toda la noche si fuese preciso.

Pero no tenía que hacerlo, porque ella estaba allí, temblorosa y con un nudo en el estómago. Y además la había visto, así que era demasiado tarde para volverse atrás.

Flora sabía dentro de su corazón que no se iba a volver atrás, que algo más fuerte que su voluntad o su razón la había llevado allí esa noche.

Sintió cómo la mirada de Marco recorría todo su cuerpo. Vio que arqueaba las cejas y abría la boca sorprendido y complacido mientras se dirigía hacia donde ella estaba.

Y se percató, con un cierto temor, de que en contra de lo previsto, la estrategia que había planeado no iba a ser tan fácil y que no iba a poder darle la espalda y alejarse de él cuando finalizara la velada.

«¡Cielos!», pensó, «tendré que tener mucho, mucho cuidado...»

Capítulo 3

Los ojos le sonreían al acercarse a ella. Le tomó la mano y se la llevó a los labios.

-Y bien, ¿ha decidido que podía dedicarme algunas horas de su vida?

-Así parece -contestó ella con aparente calma.

-Su fidanzato debe de ser un hombre muy tolerante -comentó él mirándola detenidamente de arriba abajo y haciéndola estremecer-. Pero creo que sería más prudente que la mantuviera encadenada a su muñeca, sobre todo con un aspecto como el que tiene esta noche.

Ella se percató de que no le había soltado la mano y se zafó discretamente.

-Me dio su palabra, signore, de que estaría a salvo en su compañía -1e recordó ella en tono ligero.

-¿Y fue por eso por lo que vino, mia cara? elijo él dulcemente alzando las cejas-. ¿Por qué quería sentirse a salvo?

Ella le sonrió recatada.

-Vine porque dicen que la comida de aquí es muy buena y tengo apetito.

-Ah -exclamó él-. Entonces tendré que alimentarla -hizo una pequeña señal y condujo a Flora hasta una mesa vacía en un rincón.

A través de un arco se podían ver otras mesas con manteles blancos, cristalería y cubertería relucientes, y le llegaban aromas deliciosos de la cocina. Tenía hambre y los aperitivos que había en la mesa le hicieron la boca agua.

-Debo decirle que mi prima estuvo encantada con sus sugerencias para el dormitorio -dijo Marco Valante-. Y claro, quiere saber quién fabrica ese papel y dónde se puede comprar.

-¿De veras? -exclamó Flora, sorprendida, ya que pensaba que los problemas de decoración de Vittoria Fairlie eran pura invención-. La semana próxima le mandaré un informe completo con algunas muestras.

-Ella se lo agradecerá -contestó él con una sonrisa-. Es muy gentil en tomarse tanta molestia.

-Siempre me las tomo -dijo ella-, aunque se trate de encargos que en realidad no existen.

-Me pregunto si algún día me perdonará por eso.

-Quién sabe... -se encogió de hombros-. De todos modos, ¿qué importancia tiene? Después de todo, usted volverá pronto a Italia, ¿verdad?

-No he fijado fecha para mi regreso -sonrió-. Mis planes son flexibles.

-Su jefe debe de ser extremadamente tolerante:..

-Trabajamos bien juntos. Respeta mis períodos de descanso. -Permaneció callado unos instantes y Flora, consciente de que la estaba estudiando, mantuvo su atención fija en su vaso-. ¿Qué fue lo que la hizo cambiar de opinión? -preguntó él por fin.

-Me fallaron mis planes. Eso es todo.

-Ah...

-¿Qué significa eso?

-¡Qué susceptible es! -exclamó divertido-. ¿Tiene que significar algo?

-¿Cómo puedo saberlo? Me parece que ya no sé lo que sucede, si es que alguna vez lo he sabido -lo miró a los ojos-. Y lo que no entiendo es por qué está aquí esta noche.

-Porque este es uno de mis restaurantes favoritos en Londres.

-Eso no es lo que quería decir -dijo Flora-, y usted lo sabe -hizo una pausa-. Está claro que conoce bien Londres. Su prima vive aquí y probablemente tiene una vida social muy agitada. Estoy segura de que podría presentarle a docenas de chicas solteras y sin compromiso.

-Lo ha intentado muchas veces.

-Exacto -dijo Flora con convencimiento-. ¿Y por qué no está cenando con alguna de ellas en vez de conmigo?

Él reflexionó un momento.

-Quizá, cara, porque prefiero cazar personalmente.

Ella se puso tensa.

-Yo no soy una presa.

Él sonrió.

-No. Claro que no. Solo un ángel que se ha apiadado de mi soledad.

-Me parece, signor Valante, que usted es la última persona en el mundo que puede sentirse solo.

-Grazie.

-Entonces, ¿por qué? -insistió Flora-. ¿Cómo es que se empeña tanto en cenar conmigo?

-¿De veras tiene que preguntarlo? ¿No tiene espejos en su apartamento? -el tono de su voz se hizo grave-. Mia bella, no hay un solo hombre en este restaurante que no sienta envidia de mí y desee estar a su lado. ¿Cómo puede ser que no lo sepa?

Ella sintió que se acaloraba y dio un sorbo a su vino.

-No estaba buscando cumplidos.

-Y yo no la estaba adulando. ¿Le resulta tan dificil aceptar la

verdad?

Ella sonrió con frialdad.

-Quizá me convenza de que debería haberme quedado en casa.

-Pero, ¿por qué? -se inclinó hacia ella-. ¿Qué mal puede ocurrirle en un sitio tan lleno de gente como este?

Ella lo miró fijamente.

-No lo sé, pero creo que usted es un hombre peligroso, signore Valante.

-Está, equivocada, cara -dijo con dulzura-. Yo soy quien está en peligro.

-Entonces, ¿por qué insistió tanto?

-Tal vez me guste correr riesgos.

-Me parece que eso no es muy recomendable para un contable.

-Pero solo soy contable en mis horas de trabajo. Y ahora no estoy trabajando, sino descansando. ¿Recuerda?

Flora era consciente del atractivo qué ejercía sobre ella y del peligro que corría. Tenía que ser muy prudente.

Por fortuna, apareció el camarero para acompañarlos a la mesa. Flora esperaba que, cuando llegaran los platos y el vino que habían pedido, podría llevar la conversación a temas más generales.

Se desconcertó un poco al ver que los habían situado uno al lado del otro, pero no se atrevió a pedir que le cambiaran el servicio para que no se notara que estaba intranquila.

Estaba demasiado cerca de él y le llegaba el aroma de su colonia, veía su perfil, y sentía la peligrosa fuerza animal de su esbelto cuerpo bajo el disfraz de hombre civilizado. Y lo que era peor, veía la curva sensual de esa boca que la había besado brevemente. La comida y los vinos estaban deliciosos.

-No me sorprende que venga a este sitio -exclamó Flora después del primer bocado-. Esta comida está exquisita.

Él le sonrió.

-Me alegro de que le guste, pero guarde los cumplidos para decírselos a Pietro. Vive en permanente estado de ansiedad y necesita que lo tranquilicen constantemente.

-¿Lo conoce bien?

-Nos conocemos desde que éramos niños en Italia.

-Ah -exclamó Flora.

-Ahora está siendo enigmática, mia bella. ¿Eso qué quiere decir?

Ella se encogió de hombros.

-Estaba tratando de imaginármelo de niño, con la ropa embarrada y las rodillas arañadas. No me resulta fácil.

-¿Doy la impresión de que nací con un traje de Armani y un

portafolios?

-Algo así -contestó ella con una sonrisa picarona.

-Pues vine al mundo exactamente igual que usted, Flora mia. Completamente desnudo -le devolvió la sonrisa mientras su mirada se posaba sobre los pechos de ella ceñidos por el vestido-. ¿Nos permitimos un poco de mutua imaginación?

Flora bajó la mirada hacia su plato, consciente de que se había sonrojado.

-Prefiero concentrarme en esta deliciosa comida -comieron en silencio durante un rato hasta que Flora entabló de nuevo conversación-. Italia debe de ser un país estupendo para pasar la niñez.

-También lo es para vivir cuando se es adulto. Tiene que presentarme a su fidanzato. Tal vez pueda convencerlo de que la lleve allí.

-Quizá sí, pero desafortunadamente tuvo que irse este fin de semana.

-¿Otra visita a las Bahamas, quizá? -el tono era irónico y a ella la molestó.

-No. Un viaje de negocios -respondió ella con sequedad-. Chris es su propio jefe, lo cual no le permite demasiado tiempo libre, al contrario que usted.

-Cristoforo. Hábleme de él.

-¿Qué quiere saber de él? -Flora dio un sorbo de vino.

-¿Cómo se conocieron? ¿Cuándo se dio cuenta de que él, entre todos los hombres, era el elegido? No me cuente ningún secreto íntimo... si es que tiene algo que contar...

Flora se negó a morder el anzuelo.

-Nos conocimos en una fiesta. Yo ayudé a una pareja a vender su apartamento después de que estuviera en venta durante un año, y ellos me invitaron a la inauguración de su nueva casa. Chris también estaba allí porque les había gestionado la hipoteca. Comenzamos a vernos y nos enamoramos. A los pocos meses me propuso matrimonio y yo acepté -ella percibió una expresión burlona en los ojos de él y se puso tensa-. ¿Hay algo que no le parece bien? Porque a mí me parece un proceso de lo más normal.

-No, nada. ¿Y vivirán felices el resto de sus vidas?

-Eso es lo que prevemos -hizo una pausa-. ¿Y usted, signore? ¿Va a contarme su historia romántica, o le llevaría demasiado tiempo? Empecemos por el principio. ¿Está casado?

-No -su tono era cortante y su mirada se endureció-. Ni tampoco estoy divorciado, ni viudo hizo una pausa-. Estuve prometido, pero se

terminó -le sonrió con frialdad-. Estoy seguro de que eso no la sorprende.

-Así que prefiere explorar el terreno. Al menos se dio cuenta antes de casarse y no hizo daño a nadie.

-Se equivoca -dijo en tono suave-. Fue mi fidanzata la que encontró a otro hombre. Lo conoció durante unas vacaciones.

-¡Oh! -ella estaba sorprendida, pero intentó no demostrarlo-. Bueno, son cosas que pasan, pero normalmente no significan nada.

Marco Valante la miró extrañado y preguntó en tono duro:

-¿Cree que una traición así es algo trivial?

-No, claro que no -Flora evitó su mirada-. Yo no quería decir eso. Pensé que usted la amaba lo suficiente como para que fuera posible que la perdonara.

-No -su rostro moreno estaba pensativo-. Eso ni pensarlo.

-Lo siento mucho -dijo ella con dulzura-. Por ustedes dos. Debieron ser unos momentos muy difíciles. Y yo... yo no debería haber preguntado para no provocarle malos recuerdos. Dicen que lo importante es olvidar el pasado y seguir adelante.

-Sí -dijo él-. Estoy seguro de que tiene razón, pero no siempre es así de simple. A veces el pasado impone obligaciones que no pueden ignorarse.

Flora terminó su comida en silencio. Se sentía como si hubiera dado un paso en falso y estuviera en un atolladero.

Ese era un aspecto completamente nuevo de Marco Valante. Una capa de dureza debajo de su indiscutible encanto. Algo frío y rencoroso. Pero tal vez era comprensible. Estaba claro que la infidelidad de su prometida lo había golpeado muy fuerte, había herido su orgullo masculino a la par que sus sentimientos. Flora había abierto una puerta que debería permanecer cerrada.

«Me tomaré una taza de café y me marcharé», pensó mirando disimuladamente su reloj.

Pero eso no era tan fácil. El camarero insistió en que debía probar el postre especialidad de la casa: unas trufas de chocolate bañadas en amaretto. Luego se presentó Pietro, el dueño del restaurante, con la anunciada expresión de ansiedad, que cambió por, una sonrisa complacida cuando Flora alabó su cocina con toda sinceridad. Marco lo invitó a sentarse con ellos para el café y los licores.

-Había empezado a pensar que nunca nos conoceríamos, signorina -le dijo Pietro sonriendo-. La esperábamos hace varias noches. Le dio plantón a mi amigo Marco, y él no está acostumbrado a eso.

Flora se sonrojó.

-No puedo creerlo -dijo aparentando ligereza.

-Me ofende, mia bella -murmuró Marco-. Puedo tener una paciencia infinita... si es necesario.

Flora sintió que se sonrojaba aún más. Apuró su copa de licor, agarró su bolso y, disculpándose, huyó hacia los servicios.

Estaba sola y se sentó frente al tocador. Se miró al espejo y le pareció que era una extraña, con los ojos brillantes y los labios temblorosos.

¿Qué le estaba pasando? Tenía un trabajo, una vida y un hombre en su vida. Pero se comportaba como una colegiala salida de un convento. Y todo por un hombre cuya existencia desconocía una semana antes. No tenía sentido.

«Bueno... Te has metido en este lío tú solita, sin que nadie te obligara», pensó. «Ahora solo te queda escapar con el menor daño posible, si es que aún puedes».

Hacía calor, pero Flora temblaba y se sentía ligeramente mareada, como si estuviera poniéndose enferma.

O quizá había bebido demasiado. No había llevado la cuenta de las veces que Marco Valante le había llenado el vaso.

Había comenzado la velada con mucho dominio de sí misma, pero en el transcurso de la cena lo había ido perdiendo poco a poco y había utilizado el vaso como defensa.

También el vestido había sido una equivocación. Se lo había puesto en un gesto de desafío, pero daba una impresión equivocada. Y los tacones... de repente le parecían demasiado altos.

Se alisó el cabello, se empolvó las mejillas para disimular su color y se puso en pie. Comenzó a respirar hondo para calmarse antes de volver a la mesa e intentar salir del atolladero en que se había metido. Cuando regresó, Marco estaba de pie y guardaba su billetera. La expresión de su rostro era grave y retraída.

Al parecer, él también daba la velada por finalizada y quizá su expresión se debía al montante de la cuenta. Ella había tenido la culpa al preguntarle por su vida amorosa y hacerle recordar momentos tristes. Después de todo, él había amado y había perdido. ¿Qué derecho tenía ella cuando su propia vida era maravillosa?

Él alzó la vista y, al mirarla, cambió de expresión. Volvía a desplegar su encanto y le brillaban los ojos con algo más que simpatía.

-Bueno -dijo Flora al llegar a la mesa-. Muchas gracias por una velada muy agradable, signore. Adiós.

-No ha terminado aún -corrigió él-. Pietro nos ha llamado un taxi.

-0h, no necesita preocuparse por mí. Estaré bien -estiró la mano para agarrar su chal-. Tomaré un taxi en la calle.

-No será fácil a esta hora de la noche. Es la salida de los teatros -

agarró el chal antes de que ella pudiera alcanzarlo y se lo colgó en el brazo-. Además, las calles no son seguras para una mujer sola. Le prometo que será mejor esperar.

«¿Mejor para quién?», se preguntó Flora con un nudo en la garganta. Se quedó de pie, agarrada a su bolso y mirando al suelo, hasta que un camarero fue a decirles que el taxi esperaba fuera. Le deseó buenas noches a Pietro y se esforzó por no inmutarse cuando Marco le puso el chal sobre los hombros.

Caminó erguida hacia la calle, pero tropezó con una piedra del pavimento.

-Cuidado, mia bella. No sea que vuelva a caerse.

La agarró por el codo y la guió hacia el taxi.

Se quedó atónita cuando al subir oyó que Marco daba la dirección de su casa.

-¿Cómo sabe dónde vivo? -preguntó acurfucándose en un rincón del coche-. Mi dirección no estaba en la tarjeta que le di.

-Cierto -dijo él encogiéndose de hombros-. Pero no fue tan difícil averiguarla, Flora mia.

-Eso parece -dijo ella, contrariada.

No estaba muy lejos, pero había mucho tráfico y el trayecto le pareció una eternidad.

Cuando llegaron a la tranquila calle de su apartamento, Flora se movió con rapidez para abrir la puerta.

-Gracias por traerme.

-Me permitirá que la acompañe hasta la puerta -su tono no dejaba alternativa. Ella rebuscó el llavero en el bolso mientras se dirigía a la puerta intentando no titubear. No era fácil con la cabeza dándole vueltas y las piernas flojas como si no tuviera huesos-. Déjeme a mí -dijo él ligeramente divertido; le quitó la llave y la introdujo en la cerradura del edificio.

-Puedo arreglármelas -protestó Flora-. Y el contador del taxi está funcionando -miró por encima del hombro-. Oh, ¡se ha ido!

-Yo esperaba que me ofreciera una taza de café -él ya había entrado, y la acompañaba a subir las escaleras, agarrándola del brazo-. ¿Acaso no es ese el protocolo?

-¿Qué sabe usted de protocolo, signor Valante? No lo reconocería aunque lo viera -sus palabras no eran tan claras como le hubiera gustado, pero se entendían.

-Por otra parte, yo sí puedo hacerle un café -dijo él-. Me parece que lo necesita.

-Estoy perfectamente bien -arguyó ella con dignidad-. Y nuestra cita para cenar ha terminado, por si no se había dado cuenta.

-Sí -dijo él-, pero la noche continúa y tengo curiosidad por ver dónde vive.

-¿Por qué? -ella miraba mientras él metía la llave en la cerradura del apartamento.

-Porque se puede aprender mucho de una persona por su entorno. Usted debería saberlo mejor que nadie. Y hay muchas cosas que quiero descubrir sobre usted.

-Buena suerte -contestó ella con una sonrisa ironica, y lo guió hacia el salón.

Marco Valante observó lentamente a su alrededor.

-Un lienzo en blanco... ¡Qué interesante! Y el dormitorio..., ¿también es así de neutral?

Flora abrió la puerta frente a ellos.

-Júzguelo usted mismo -dijo y se quedó observando su reacción.

No había ninguna nota de color. Todo, desde las paredes hasta los armarios, el cubrecama antiguo de encaje, las cortinas, era de un blanco total.

-Muy virginal -dijo Marco tras una pausa-. Como la celda de una monja. Eso explica muchas cosas.

-¿Como qué? -interrogó ella.

Por ejemplo, por qué su fidanzato prefiere pasar el tiempo en otro lugar.

-Da la casualidad que Chris está aquí todo el tiempo. Y a él le gusta la decoración minimalista. Y ahora que ya ha visto lo que quería ver, puede marcharse.

-¿Sin mi café? -dijo en tono de reproche-. No es muy hospitalaria, Flora mia.

-Por favor, deje de llamarme Flora mia. No soy suya.

-¿Prefiere que la llame su Flora, la Flora de Cristoforo, cuando está clarísimo que no le pertenece y nunca le ha pertenecido? -el tono era desdeñoso y Flora se dio cuenta.

-No sabe nada sobre la relación que tengo con mi prometido. Y usted no es precisamente la persona que puede darme sermones sobre cómo llevar mi compromiso. Creo que ya es hora de que se vaya.

-Y yo creo que necesita más el café que yo, signorina -se encaminó por el pasillo hacia la cocina y cuando Flora, indignada, lo siguió ya estaba poniendo agua a hervir-. ¿No tiene una cafetera exprés? -dijo mirando a su alrededor.

-No -respondió Flora con sarcasmo- Lo siento, no sabía que tendría que agasajara un huésped no invitado.

-Si se cree que me está agasajando, se equivoca. ¿Dónde guarda el café?

Furiosa, Flora abrió un armario y sacó un paquete de café molido.

-Yo lo haré -dijo.

-Como quiera -respondió Marco y se apartó-. Su casa no revela gran cosa. No hay cuadros, no hay adornos, ni nada personal. Usted es un enigma, signórina Flora. Una mujer misteriosa. Me pregunto qué es lo que trata de ocultar.

-Nada en absoluto -negó Flora-. Pero trabajo siempre con colores y cuando llego a casa prefiero algo más tranquilo. Eso es todo.

-¿Es esa toda la verdad?

Ella desvió la mirada.

-Bueno... al principio sí pensaba decorar, pero conocí a Chris y estoy reservando mis energías para decorar la casa que vamos a compartir. Estará llena de color. El escaparate de mi trabajo.

-¿Piensa seguir trabajando después de casada?

-Claro. ¿Le parece mal?

-¿Piensa tener hijos?

Mientras preparaba una bandeja con .las tazas y platos, el azucarero y la jarra de leche, ella contestó:

-Sí, probablemente. Tarde o temprano.

-No parece muy segura.

-Pienso que tengo que preparar la boda antes de la habitación de los niños.

-¿Le gustan los niños?

-¿Hervidos o fritos? -Flora llenó la cafetera y la puso sobre la bandeja-. No sé mucho sobre ellos, aparte de mi sobrino, y él es como una pesadilla. Está muy mimado y se porta fatal. Es el rey de las rabietas.

-Tal vez debería echarle la culpa a los padres y no al niño.

-Lo hago. Cada vez que tengo que verlo -agarró la bandeja y se giró. Él seguía parado en la puerta-. ¿Me permite, por favor? -él no se movió y ella agudizó el tono-. Me gustaría pasar.

-¿De veras? -preguntó él en tono suave-. Lo dudo -añadió, quitándole la bandeja de las manos. Flora respiró hondo y caminó airada hacia el salón. Se sentó en el sillón. Él puso la bandeja sobre la mesa y se sentó en el sofá-. Estoy empezandó a acostumbrarme a su entorno inmaculado, pero me parece extraño que no haya ninguna fotografía de su Cristoforo ni de sus padres. ¿Es huérfana? ¿Es su pasado tan poco revelador como sus paredes?

-Claro que no. Tengo muchas fotos de mi familia, pero las guardo en un álbum. No me gusta tener la casa llena de trastos.

Él arqueó las cejas con expresión burlona.

-¿Es eso lo que piensa de la imagen de su amado?

-No. Claro que no. Le gusta malinterpretar lo que digo.

-Por el contrario, trato de buscarle un sentido a todo hizo una pausa-. A usted.

-Pues no se moleste, por favor -dijo Flora-. Nuestra relación ha sido breve y termina esta noche.

-Ah, pero la noche no ha terminado, así que puede permitirme hacer alguna suposición.

-Si quiere perder su tiempo... -Flora levantó la cafetera y llenó las tazas.

-Mi tiempo es mío. Puedo emplearlo como quiero. ¿Va a enseñarme esas fotos suyas? Aunque sea para demostrar que existen.

Tras un momento de vacilación, Flora abrió la puerta de un armario junto a la chimenea, sacó un álbum voluminoso y se lo pasó.

-Aquí tiene. No tengo nada que ocultar -sonrió-. Toda la historia de mi vida en un gran libra negro.

Él abrió el álbum y comenzó a hojearlo mientras ella bebía su café con aparente indiferenciá.

-¿Sus padres viven y gozan de buena salud?

-Mi padre murió hace varios años -dijo por fin-, y mi madre volvió a casarse con un viudo que tenía una hija de mi edad.

-Ah -dijo él en voz baja-. Es la madre del rey de las rabietas. ¿Es por eso que no le gusta?

-No tengo ningún motivo para que ella no me guste. Solo qué no tenemos muchas cosas en común. Marco pasó otra página y entornó sus ojos verdes.

-Este, claro, debe de ser Cristoforo. ¡Qué extraño! -Ella se puso tensa.

-¿Por qué dice eso?

-Porque es el único hombre que aparece -su tono era calmado-. ¿No ha habido otros hombres en su vida, Flora mia? ¿Ninguna indiscreción? ¿O también ha blanqueado todo eso?

-He tenido otros novios -aclaró ella con frialdad-, pero ninguno que significara mucho. ¿Vale?

Marco volvió a mirar la fotografía e hizo una mueca.

-¿Y él lo significa todo para usted y usted para él?

-Claro. ¿Por qué me hace tantas preguntas?

-Porque lo quiero saber todo sobre usted, mia cara. Absolutamente todo.

-Pero nadie puede conocer tanto a otra persona...

-Entonces yo seré el primero -cerró el álbum y lo dejó a un lado. Se puso en pie, se quitó la chaqueta y fue hacia ella. La agarró de las manos y la estiró para que se levantara. Ella no se resistió. El corazón

le latía enloquecido, y abrió los ojos en una mezcla de pánico y extraña excitación.

-Empezaré por tu boca -dijo él con dulzura.

-No -exclamó Flora cuando él la rodeó con los brazos y la atrajo hacia el duro calor de su cuerpo-. No puede. Usted dijo..., me prometió que estaría a salvo esta noche.

-Y así ha sido, mia bella -su voz era risueña y su tono peligroso-. Pero ya es pasada la medianoche. Ya no es esta noche sino mañana. Y desde ahora no garantizo nada -y añadió con dulzura-: Puedes ordenarme que no te toque, pero no que no te desee, porque eso sería imposible.

Entonces inclinó la cabeza y sus labios cubrieron los de ella.

Capítulo 4

Una vocecita en su interior le decía que luchara contra él. Que si fuera necesario le pegara o lo mordiera antes de que el calor de su boca le absorbiera hasta la última gota de resistencia. Que debía agarrarse con toda su voluntad a la vida segura que ya tenía planeada con Chris.

Y a su propia cordura.

Pero ya era demasiado tarde. Siempre había sido demasiado tarde. Desde aquel día en que lo había conocido en el restaurante. Y ciertamente, desde aquel instante en que sus labios habían rozado su boca por primera vez.

No era necesario que pensara que no tenía derecho a hacer lo que hacía. Que estaba comprometida para casarse. Que eso era una locura que no podía permitirse. Porque la lógica, la razón e incluso la decencia ya no parecían importarle.

Su mente y su voluntad estaban a punto de capitular. Y las manos que al principio trataban de apartarlo se entrelazaron detrás de su cuello.

Al principio él exploró su boca con suavidad, como si estuviera aprendiendo su sabor, su textura. Luego, poco a poco, el beso se hizo más-profundo y exigente.

El cuerpo de Flora se apretaba contra el de Marco y notaba que él estaba muy excitado. Parecía como si los latidos de sus corazones fueran uno solo.

Él enredó sus dedos entre los sedosos cabellos de ella y le empujó la cabeza hacia atrás de forma que el cuello quedara expuesto y vulnerable a las caricias y los besos.

Ella gimió al sentir el calor animal que la invadía ante el ardor de los labios de él sobre su hombro. Él rodeó uno de sus senos con la mano y acarició el pezón con delicadeza y voluptuosidad hasta que se endureció. Flora apoyó la frente sobre el hombro de él con los ojos cerrados, perdida en las exquisitas sensaciones.

La poca lucidez que le quedaba le decía que nunca había sentido una cosa igual. Nunca había imaginado que pudiera sentir tanto deseo ni aceptar una intimidad así. Murmuró entre dientes:

-¿Qué quieres de mí?

-Todo -la voz de él era un susurro, casi una amenaza. La besó de nuevo, lentamente, mientras sus manos jugueteaban con los pezones. Tanta sensualidad la hacía gemir de placer y no se dio casi cuenta cuando él le bajó la cremallera del vestido y se lo deslizó hasta la

cintura.

Él la alzó en brazos y se dejó caer con ella en el sofá, sentándola sobre sus rodillas. Ella se estremeció al sentir sus besos ardientes sobre los senos y el juguetear de su lengua en los pezones.

Ella hizo un ruido extraño y él alzó la cabeza y la miró.

-¿No te gusta?

-Oh, sí -susurró Flora-. Demasiado... demasiado...Él le acarició de nuevo los pezones.

-Son como dos rosas diminutas -dijo él con dulzura-: Solo que más dulces.

Ella intentaba febrilmente desabotonar la camisa de Marco para acariciarle la piel caliente y cubierta de vello del pecho. Él la ayudó y la atrajo hacia sí para que sus senos desnudos rozaran su piel. Posó los labios sobre los de ella y ella se aferró a él, abandonándose al clamor de la carne. Él sonrió y terminó de quitarle el vestido dejándola en ropa interior. Se quedó extasiado mirándola y le dijo con dulzura:

-Me he pasado toda la noche imaginando qué aspecto tendrías cuando llegara este momento, y eres mucho más bella que cualquiera de mis fantasías, Flora mia -le rodeó la cintura con las manos-. Porque tú eres real... y cálida -bajó la mano hasta llegar al ardiente centro de su punto más secreto-, y me deseas...

Sé dio la vuelta y, sin esfuerzo, la alzó en brazos y la llevó por él pasillo hasta la blancura del dormitorio. Sin soltarla, encendió la lámpara de la mesilla de noche y separó la inmaculada colcha hacia los pies de la cama, posando suavemente a Flora sobre las sábanas. Ella lo miraba con los ojos entornados. Sentía los acelerados latidos de su corazón en una mezcla de nerviosismo y excitación. Pero también era consciente de que el rostro que la miraba era el de un extraño. Se le hizo un nudo en la garganta y se puso tensa.

-¿Ocurre algo?

-Nada -contestó él. El sonido de su voz parecía haberlo despertado de un encantamiento-. Solo que todavía llevas puesta demasiada ropa, mia bella.

-Y tú también -susurró ella.

-¿Tú crees? -preguntó él riendo-. Eso tiene fácil remedio.

Se desnudó deprisa y sin complejos mientras ella admiraba su cuerpo esbelto, fuerte y masculino; y se sonrojaba. De pronto recordó...

Sus ojos y su mente se quedaron en blanco. Quería salir corriendo, alejarse de ese lugar, de esa alcoba, de esa cama antes de volver a sentir la humillación y el dolor.

La llama que sentía en sus venas se había apagado. y solo

quedaban las cenizas de su pasión. «¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo decir?», pensó.

Sintió que la cama se hundía cuando él se tendió a su lado y lo oyó pronunciar su nombre. Él le acarició la mejilla con suavidad y le volvió la cara para que lo mirara.

-Dímelo...

No tenía sentido fingir que no lo entendía. Le dijo titubeante:

-No soy virgen. Al menos no completamente.

Ella temía que él se riera o se burlara, pero él sólo asintió mirándola con sus ojos verdes y pensativos.

-¿Me estás diciendo que, después de todo, has hecho el amor con tu fidanzato?

-No exactamente -tragó saliva-. Es muy difícil de explicar.

-No -dijo Marco-. Te olvidas de que yo lo he visto en tus ojos, mia bella. Y estoy seguro de que tu primera vez no fue una experiencia feliz para ti. ¿Es eso lo que intentas decir?

-Sí. Supongo que sí -se ruborizó evitando su mirada-. Pero no fue culpa de Chris. Yo no sabía que iba a dolerme tanto -intentó sonreír-. Es ridículo. Soy una mujer del siglo xx y no de la época victoriana. Nunca pensé...

Él le acarició los cabellos.

-Y cuando dejó de dolerte, ¿él te hizo gozar? -lo decía con toda naturalidad, como si hablara del tiempo.

-Fue muy cariñoso -contestó ella, tensa-. Pero claro, estaba muy preocupado por haberme hecho daño y sugirió que sería mejor esperar antes de intentarlo de nuevo. Así que...

-Tanto dominio de sí mismo -el tono de su voz era algo despreciativo-, me llena de admiración.

-Lo hacía por mí -dijo Flora a la defensiva y él se encogió de hombros.

-¿Acaso he insinuado otra cosa?

-Y era un problema mío. Un fallo mío.

-Entre amantes, no hay fallos -dijo él muy serio-. Unas veces sale mejor que otras. Eso es todo -hizo una pausa-. En cuanto al problema que crees tener, lo resolveremos juntos.

-No creo que pueda... -contestó ella con voz temblorosa.

-Ah... pero podrás. Te lo prometo, Flora mia. ¿Me crees? Di: sí, Marco.

Ella sonrió.

-Sí, Marco.

-Entonces, ¿por qué tiemblas todavía?

Flora pensó: «porque al margen del miedo que yo tenga, tú me

haces temblar, y consumir, y estremecer. Y aunque tuviera toda la experiencia del mundo, contigo estaría indefensa».

-Creo que tú lo sabes -contestó.

-Quizá.

Tomó la cara de ella entre sus manos, y comenzó a besarla suavemente sin exigir nada hasta que el cuerpo de ella volvió a relajarse. Ella abrió los labios y suspiró aceptándolo. El beso se hizo más profundo y ansioso, pero, inesperadamente, él, separó su boca y ella se sintió casi decepcionada.

Marco estuvo así mucho rato, susurrando en su propio idioma y acariciándole el cabello y el cuello con sus largos dedos. Tanta dulzura era tranquilizadora. Y una seducción.

Cuando sus labios volvieron a posarse en los de Flora, ella respondió como una flor que se abre a la luz del sol, abriendo su boca sin restricciones y dejándolo saborear toda su dulzura mientras él la acariciaba recorriendo con manos expertas todas las curvas de su cuerpo.

Flora nunca había imaginado que el roce de piel contra piel pudiera ser tan excitante. Su cuerpo se estremecía con la suave caricia de los dedos de él. Marco terminó de quitarle la ropa y la estrechó desnuda entre sus brazos. Hizo que separara los muslos y le dio un beso profundo y sensual que despertó en ella sensaciones tan placenteras que la hicieron perder su timidez.

Las caricias de él la atormentaban. Estaba a punto de derretirse y comenzó a responder arqueando su cuerpo; mientras, él se deleitaba succionando los rosados pezones y su mano se concentraba en otro punto escondido, acariciando suave y rítmicamente su protuberancia húmeda y sedosa. Las sensaciones eran tan intensas que rozaban el dolor. Estaba indefensa y emitía sonidos y suspiros de placer. Le parecía que no existía nada, excepto aquel hombre y lo que le estaba haciendo.

Su respiración se hizo más acelerada y las oleadas de éxtasis la transportaron a una dimensión que nunca había sospechado que existiera; sintió como si su cuerpo estallara en mil pedazos bajo los incontrolables espasmos de su primer orgasmo.

Poco a poco fue sosegándose. Se sentía más viva que nunca. Abrió los ojos y miró a su amante. Estiró la mano para acariciarle la cara y palpó los tensos músculos de la mejilla. Él le agarró la mano y le besó la punta de los dedos.

Flora preguntó en un susurro:

-¿Sería apropiado dar las gracias?

-Si lo deseas... -contestó él en tono sonriente mientras se fue

situando sobre ella-. Pero preferiría una demostración más tangible, mia cara -añadió con dulzura y se introdujo en el cuerpo relajado y receptivo de ella. Ella lo miró perpleja al sentir cómo él la llenaba y la poseía-. Abrázame -pidió él y ella obedeció mientras él empujaba suavemente, alerta ante cualquier signo de temor o resistencia, y poco a poco con más brío y urgencia.

Flora creía que un placer tan extremo la había dejado saciada, y se quedó pasiva esperando que él obtuviera su propia satisfacción. Pero pronto descubrió, asombrada, que se había equivocado porque su cuerpo estaba respondiendo al ritmo fuerte y controlado de él. Levantó las piernas y le rodeó el cuerpo mientras él le alzaba las caderas y la besaba.

Fue un beso crudo, apasionado, y ella se rindió totalmente dominada por las nuevas exigencias de su cuerpo. Respiraban al unísono y ella se sentía como al borde de un abismo. Él se dio cuenta y la instó con voz ronca:

-Goza conmigo, mia bella, mia cara. Goza ya.

Flora sintió comenzar dentro de ella las pulsaciones del gozo. Gimió fuerte con la cara hundida en su cuello, mordiéndole el hombro mientras alcanzaba, sin control, la cima del placer.

Con los ojos cerrados, Marco echó la cabeza hacia atrás, tenso con la misma agonía que ella, y Flora pudo sentir cómo su cuerpo temblaba al alcanzar su propio orgasmo.

Cuando terminaron, se quedaron quietos el uno junto al otro. Flora intentó sosegarse y reflexionar sobre lo que le había ocurrido.

-Yo no sabía... -dijo con un hilo de voz. Él no dijo nada y Flora se inquietó-. Marco, ¿algo no va bien?

Él se volvió y le sonrió.

-¿Qué podría no ir bien, Flora mia?

-Parecía como si estuvieras a mil leguas de aquí.

Él se encogió de hombros.

-Estaba pensando en la ironía de que haya tenido que venir hasta aquí para encontrar a mi mujer perfecta.

-¿De verdad?

-¿Lo dudas?

-No -dijo ella-. Solo que eso habría sido un pensamiento feliz y tú no parecías muy feliz.

-Y tú, mia bella, debes dejar de imaginarte cosas y dormir un poco -la acercó un poco para que pusiera la cabeza sobre su pecho. Flora podía sentir los latidos del corazón de Marco y cerró los ojos satisfecha, pensando que él no era tan frío como parecía.

Durmió profundamente y le costó despertarse. De pronto recobró

la memoria y se sentó. «¡Dios mío!», pensó desesperada. «¡Estoy en la cama con Marco Valante!»

Pero eso ya no era cierto, porque no había ningún hombre en la cama, ni en el baño, ni en la habitación. Dijo en voz alta:

-Se ha ido -y su voz sonaba hueca y triste en la soledad de su cuarto-. Y bien, Flora, parece que acabas de tener tu romance de una noche. Ahora deberás aprender a vivir con esa idea y espero que mereciera la pena. Y para empeorar las cosas, no usaste protección con un extraño. Un hombre que probablemente deja una muesca en la cabecera de todas las camas de las capitales del mundo.

Estaba desesperada y se mordió el puño para no gritar.

La culpa solo era de ella. Después de todo había salido vestida para matar, lanzándole un reto sexual a aquel hombre. Y todo por despecho.

Pero esa era una excusa fácil. Lo cierto era que él la había intrigado. Se había introducido en sus sueños de día y de noche. Él mismo era el reto, y el premio.

Y. no había salido perdiendo. En pocas horas Marco le había enseñado más sobre su cuerpo y sus necesidades de lo que ella podía imaginar. Y nunca volvería a ser la misma. La chica que tenía la vida totalmente pensada con un matrimonio conveniente y un futuro seguro había desaparecido para siempre. ¿Qué era lo que Hester había dicho? ¿Cielo, infierno y dolor de corazón? Ya había estado en el cielo, el infierno era saber que solo había sido una aventura casual para Marco, y el dolor de corazón estaba por llegar.

Y Chris... a quien había traicionado de la peor de las maneras...

«No puedo contárselo», pensó. «No puedo herirlo así, no se lo merece. Tendré que buscar otra excusa para cancelar la boda. Le diré que lo he pensado mejor y que prefiero mantener mi independencia. Su madre se pondrá contenta. Nunca le parecí lo suficientemente buena para él».

Se puso a llorar. Lo que había hecho no tenía excusa. No tenía derecho a cenar con Marco Valante y, mucho menos, a acostarse con él. Y él se había marchado sin mirar atrás y la culpa era toda de ella. Pero la vida tenía que continuar. Se levantó de la cama para darse un baño y quitarse el olor de Marco Valante. «Luego me vestiré y empezaré a deshacer los preparativos de la boda. Tendré que avisar a la imprenta, los floristas, el restaurante y la iglesia. Será mejor que haga una lista», pensó. «Y también tendré que decírselo a mamá y aguantar sus reproches. Quizá debería tomarme unas vacaciones. Melanie podría cancelar las citas que tengo con clientes y hacer otras nuevas. No creo que se molesten porque soy muy buena en mi trabajo.

Ojalá fuera igual de buena en la vida».

Se metió en la bañera y cerró los ojos. Había hecho el ridículo y se había arriesgado mucho, pero eso no podía acabar con su vida. Todo el, mundo podía cometer un grave error y el suyo había sido Marco Valante. Eso era todo.

Oyó un ligero ruido y abrió los ojos. Su grave error estaba en la puerta del baño, completamente vestido.

-Buon giorno -dijo, y caminó hacia ella-. Pensé que dormirías hasta mi regreso, mia cara.

-¿Tu regreso? ¿Dónde has estado?

-Tu frigorífico estaba lleno de comida, pero no había nada para desayunar, así que fui a la compra. Tenemos pan fresco, zumo de naranja, queso y jamón -la miró con picardía-. Nos lo comeremos todo luego. Se arremangó la camisa y agarró el jabón-. Ponte de pie, mia bella.

Ella lo obedeció y él la enjabonó modelando sus formas como un escultor. A medida que él la frotaba el cuerpo se le encendía y se estremecía. Los senos le dolían de deseo y, cuando le frotó los muslos y el pubis, tuvo que reprimir un gemido. Luego la enjuagó, la ayudó a salir de la bañera y la envolvió en una toalla.

-Sécate, carissima -le ordenó-. No quiero que pilles un resfriado.

«¿Resfriado?», pensó Flora. Ya estaba con fiebre y las piernas le temblaban como si fuera a caerse. Le ardía la sangre y estaba segura de que él lo sabía.

Cuando terminó de secarse, él la atrajo hacia sí, la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca, con un beso dulce y profundo. La respiración de él se hizo más rápida. Apartó la toalla y comenzó a besarle el cuerpo; bajando desde el cuello hasta los pechos. Se puso de rodillas y le besó el abdomen y siguió bajando. Llegó a los muslos, se los separó y ella gimió al sentir el calor de su boca y de su lengua en el centro ardiente de su cuerpo.

Flora quería decirle que no lo hiciera, que se detuviera, pero no consiguió articular palabra y solo pudo entregarse a las deliciosas sensaciones que la invadían mientras él la acariciaba. De pronto, sin darse cuenta, su cuerpo estalló de placer con un orgasmo cuyas pulsaciones eran tan fuertes, que ella creyó que se iba a desmayar.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y él se las secó con la punta de la toalla, Luego la alzó en brazos y la llevó hacia la puerta.

-¿Dónde vamos? -preguntó ella casi sin voz.

-A la cama otra vez.

-Pero íbamos a desayunar.

-Creo que eso lo haremos mucho más tarde -se inclinó y la besó

apasionadamente-. ¿No te parece, mia cara?

Flora lo besó en el pecho.

-Sí, Marco. Sí, por favor...

Capítulo 5

Mucho rato después, tendida entre sus brazos, Flora exclamó:

-Me parece que nos hemos saltado el desayuno. Claro que siempre podría ser el almuerzo.

Marco la agarró por la barbilla y la miró.

-¿Quieres decir que yo no soy suficiente para ti? ¿También necesitas comer?

-Creo que necesito reponer fuerzas -dijo ella riendo-, si es así como quieres que pasemos el tiempo -le pareció que el brazo de él se ponía tenso. Le había hablado como si tuvieran una verdadera relación, como si tuvieran un futuro que, sin duda, no tenían. Se ruborizó abochornada-. Voy a preparar algo de comer -dijo con fingida viveza.

Retiró la sábana para levantarse y se sintió avergonzada por su desnudez. «Qué ridículo», pensó. Ese era el hombre con quien había pasado las últimas doce horas, sus cuerpos íntimamente entrelazados, y que había explorado y besado cada centímetro de su piel. Y de repente, todo había cambiado y sentía timidez por caminar desnuda delante de él. Se había entregado a él una y otra vez y había disfrutado placeres infinitos. Con él había aprendido a dar placer y a recibirlo. Pero todo había cambiado al intervenir la razón.

No era más que un lío de una noche. No había ningún compromiso entre ellos y, cuando ya el sexo había terminado, ella se sentía torpe y perpleja, insegura de cómo comportarse.

Porque Marco todavía era un extraño para ella. Alguien que había entrado en su vida unos días antes y que pronto saldría de ella.

Había sido una ingenua al suponer que lo que había sucedido tenía importancia. Marco era un magnífico amante, paciente e imaginativo, y la había llevado a extremos de placer y sensualidad. Pero todo ese placer no era nada comparado con el dolor de verlo marchar:

«Es tan fácil para un hombre», pensó. «Sólo tiene que vestirse y marcharse. En cambio, yo ahora quiero prepararle comida y luego... querré tener un hijo suyo...»

-¿Te pasa algo? -preguntó Marco-. ¿Te estás arrepintiendo?

-No, claro que no -dijo ella con valentía, pero sin mirarlo--. Solo me preguntaba dónde he dejado mi bata.

-¿Acaso importa? -replicó él con una sonrisa.

-A mí sí -contestó ella, cortante.

-Cara, ¿estás tratando de decirme que eres tímida?

-¿Acaso sería algo tan extraordinario?

-Un poco sí, teniendo en cuenta lo que tú y yo hemos estado

haciendo hace un rato -hizo una pausa-. ¿Sería más fácil para ti que te prometiera que cerraré los ojos?

-Sí -asintió ella en tono desafiante-. Sí, lo sería.

Él suspiró.

-Solo por ti, mia bella.

Flora bajó de la cama y se dirigió a la puerta. Antes de llegar miró por encima del hombro y vio a Marco que la admiraba sin disimulo.

-Oh... -exclamó furiosa y entró en el baño, seguida por una sonora carcajada.

Cuando Flora terminó de preparar el almuerzo, se sentía mejor.

Se había vestido y cepillado el pelo y tenía otro aspecto. Al mirarse en el espejo le pareció que estaba diferente. Su piel y sus ojos tenían un nuevo brillo, y ya no tenía la cara inocente del día anterior.

Todo lo que debía hacer era desarrollar una nueva personalidad acorde con su recién descubierta sexualidad. Y a la hora de decirle adiós a Marco, sonreír como si siempre hubiera sabido que su relación había sido casual.

Había puesto la mesa en un rincón y había añadido aceitunas negras y fruta fresca a la comida que Marco había comprado. Cuando estaba abriendo una botella de vino, entró Marco.

-Bello -exclamó-. Un festín -señaló la toalla que llevaba alrededor de las caderas-. ¿Ves?, estoy evitando que te sonrojes, cara.

-Pensarás que soy tremendamente estúpida... -dijo azorada.

-Te equivocas. Te encuentro deliciosa -estiró la mano-. Ven conmigo.

Ella fue hacia Marco y él la abrazó, apoyando su mejilla sobre la cabeza de ella: Al cabo de un rato ella se apartó un poco y señaló una marca en el hombro de Marco.

-¿Qué es eso?

-¿No te acuerdas? -preguntó él sonriendo.

-Oh -exclamó ella-. Lo siento.

-No lo sientas. Me gusta mi trofeo de guerra y los recuerdos que me trae.

-¿Es eso lo que piensas sobre hacer el amor? ¿Que es como una guerra? -preguntó riendo-. Y, ¿quién es el vencedor y quién el vencido?

Él la besó tiernamente.

-En un momento como este -susurró-, no parece que eso importe, hizo una pausa y le apartó los cabellos de la frente-. Y no me mires así, Flora mia, o el almuerzo se convertirá en la cena.

Ella lo miró sin titubear. No me importaría.

-Entonces déjame que yo piense por los dos. Creo que es hora de

que yo también me vista -volvió a besarla y se fue hacia el dormitorio.

El almuerzo fue tranquilo. Marco estuvo ensimismado varias veces. «O quizá, simplemente exhausto», pensó Flora.

-¿Qué estás pensando? -inquirió él.

-Nada en particular -Flora dio un sorbo de vino-. ¿Por qué?

-Porque te estás sonrojando otra vez. Pensé que podría ser importante.

-No mucho. Debe ser el calor. Hace un día tan bonito -hizo una pausa-. ¿Quieres más vino?

-No, gracias -contestó él mirando el reloj-. Debo volver a casa de mi prima y luego tengo que conducir -«oh, así que solo era eso», pensó Flora. No podía decir que fuera una sorpresa-. Estaría bien salir de la ciudad. Podría alquilar un coche... ¿Se te ocurre algún sitio para ir?

Ella se incorporó un poco.

No podría recomendarte nada.

-¿No? Me decepcionas.

-No conozco tus gustos -aclaró ella-. ¿Te gusta ver cosas?

-Me gusta verte a ti -los verdes ojos la miraron-. En cuanto al resto, no soy un turista, pero pensé que podíamos buscar un hotel agradable en algún lugar bonito de Inglaterra y pasar juntos el resto del fin de semana -se acarició la barbilla-. Necesito afeitarme y los dos tenemos que hacer la maleta. Cuando regrese, dime dónde te gustaría que fuéramos.

-Después del paraíso, cualquier cosa me parecerá insignificante.

Hubo un silencio extraño y Flora notó que la boca de él suponía tensa y sus ojos verdes se habían vuelto distantes. Parecía como si lo hubiera disgustado.

Pero cuando contestó, su tono era dulce.

-Me estás adulando, carissima. No deberías fiarte del paraíso porque puede que albergue una serpiente -se puso en pie-. No tardaré más de una o dos horas -se acercó y le dio un beso-. Prepara nuestra ruta.

En el cajón había un camisón de encaje que Flora había comprado para la luna de miel con Chris. Lo puso en su maleta pensando que la traición estaba completa y que el castigo sería contárselo a Chris. Pensó en telefonear a Hes.

«Eres una bruja» le diría. «Me lo deseaste y me ha sucedido. Una pasión para morirse. Y luego, una soledad para toda la vida...»

Pero no lo hizo. Ya habría tiempo para las confesiones.

Pero no tuvo tiempo de pensar más. Marco regresó al cabo de una hora, conduciendo un elegante coche descapotable.

-¿Te han alquilado un coche así? -preguntó incrédula.

-Pertenece a Vittoria -dijo él-. Me lo ha prestado. También sugirió un sitio para que vayamos, a menos, claro, que tú hayas pensado-en otro.

-Me he estado devanando los sesos, pero como no salgo casi de Londres, no se me ocurre ninguno.

-Se llama el Aldleigh Manor Hotel. Vittoria dice que es muy cómodo y que tiene unos jardines preciosos y una comida excelente.

-Suena perfecto. Como un sueño.

Él arqueó las cejas.

-¿Preferirías algún otro sitio? No es un problema. Si quieres, podemos hacer turismo. ¿Nos arriesgamos?

-Oh, no -repuso Flora-. Aldleigh Manor me parece estupendo, pero puede que esté completo.

-Tienen una habitación para nosotros, con vistas al lago. Tengo que confesarte que ya hice la reserva. Claro que, si quieres, se puede cancelar.

-Por supuesto que no -Flora sonrió con picardía-. Estoy ansiosa por verlo. Y si no se parece al paraíso, ya sé a quién echarle la culpa.

-Estás muy callado -comentó ella cuando salían de Londres.

-Me estoy concentrando en conducir -contestó Marco tras una pausa-. Recuerda que para mí los cambios y la carretera, todo está en el lado equivocado. Y si le hago un rasguño al coche preferido de Vittoria, ¡Madonna!, seré hombre muerto. Además, hay gente que depende de mí en Milán.

-¿De verdad son tan importantes los contables? -se burló ella.

-Solo cuando son tan buenos como yo, mia bella.

No tenía por qué preocuparse porque era un excelente conductor y muy considerado con los demás. Ella solo tenía que acomodarse y relajarse admirando el perfil de Marco.

Avistaron el letrero del hotel.

-Oh... tiene una pista de golf... -dijo Flora.

-Eso no tiene por qué preocuparnos -dijo Marco-. A menos que quieras alquilar palos y jugar.

-No, gracias -se apresuró a contestar Flora.

Pero le había recordado a Chris y se sentía culpable. Quizá podría encontrar algún fallo en el hotel y persuadir a Marco de ir a otro sitio. Pero al ver el edificio iluminado por el sol y las flores que lo flanqueaban, no pudo encontrar fallo alguno. Era un lugar precioso.

Un botones les transportó las maletas y los acompañó a la recepción. En el salón se veía gente disfrutando del té de la tarde.

-Tiene buena pinta -dijo Flora.

-Haré que nos sirvan en la habitación. Espérame aquí, cara, mientras arreglo los trámites.

Flora miró a su alrededor fijándose en todo. Al parecer, aparte de la piscina exterior, había otra interior, un gimnasio y una sauna.

Oyó que la llamaban por su nombre y, cuando se volvió, se le heló la sonrisa. Porque quien la llamaba no era Marco con la llave. Era Chris. Estaba delante de ella con otros tres hombres y sus respectivas bolsas de golf. Estaba perplejo y no parecía muy complacido.

-Flora, ¿qué diablos estás haciendo aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿Ha pasado algo malo?

-No, nada -«o todo», pensó desesperada-. No sabía que estuvieras aquí. Pero no voy a quedarme, así que no dejes que interrumpa tu golf. Ve a jugar y ya nos veremos el lunes.

-Oh, ya hemos terminado por hoy. Las partidas no han estado nada mal. Pero aún no te he presentado a mis compañeros.. Jack, Barry y Neil, esta es mi prometida, Flora Graham, quien, al parecer, está de paso por algún motivo -dijo Chris riendo con aparente nerviosismo.

La saludaron a coro y seguidamente se hizo un embarazoso silencio. Flora se dio cuenta de que había retrocedido un paso.

-Me alegro de conoceros -balbuceó-, pero tengo que irme.

«Si pudiera salir, podría esperar dentro del coche y decirle a Marco que no podemos quedarnos...», pensó.

Se giró para huir y se tropezó con Marco, que la detuvo agarrándola por los hombros.

-Estás yendo en dirección contraria, carissima -parecía divertido-. Los ascensores están allí, y nosotros vamos al primer piso. La suite nupcial nada menos -le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí. Su voz se hizo más íntima y suave-. Les he pedido que suban té para ti y champán para nosotros, para que podamos... descansar antes de la cena. ¿Te parece bien, pequeña?

El silencio que siguió parecía eterno. Flora lo veía todo desde fuera. Chris, perplejo, con la boca abierta y la cara colorada. Sus compañeros se intercambiaban miradas de extrañeza e intentaban escabullirse. Y Marco, con mano posesiva sobre las caderas de Flora, sonriendo como un ángel caído.

-¿Quién es usted? -espetó Chris con brusquedad-. Y, ¿qué diablos está haciendo con mi prometida?

Marco se volvió hacia él con una mirada fría y despectiva. Sin titubear le contestó:

-Soy Marco Valante, signore, el amante de Flora. ¿Hay algo más que desee preguntarme?

Flora vio a Chris mover los labios, repitiendo el nombre. Se había puesto blanco como la nieve. Hubo un largo silencio y la tensión podía palparse.

-No -balbuceó Chris por fin-. No hay nada -y sin mirar a Flora, dio media vuelta y se marchó, dando traspiés, detrás de sus abochornados compañeros.

-Creo, mia bella -dijo Marco con dulzura-, que tu compromiso se ha terminado.

-¿Has deseado alguna vez que el suelo se abra y te trague la tierra? -Flora tiró un pañuelo de papel mojado a la papelera y sacó uno nuevo-. Pues es lo que sentí, Hes. Solo quería desaparecer y que nunca más me encontraran.

-Pero una vez más, el suelo no se abrió -dijo Hester-. ¿Y qué hiciste? ¿Echarte a los pies de Chris para que te perdonara?

-No tiene gracia -dijo Flora, compungida-. Fue el peor momento de mi vida.

Habían transcurrido veinticuatro horas y estaban en el salón de la casa de Flora. Ella estaba tumbada en el sofá y Hester miraba por la ventana, con un vaso de vino en la mano.

-Te creo -asintió-. Caramba, Flora, cuando te caes de la luna, lo haces con un estilo espectacular. No tienes término medio. ¿Y qué pasó después? Supongo que Chris intentó matarlo...

-No -negó Flora-. Se quedó parado mirando a Marco como si hubiera visto a un fantasma, como si fuera una pesadilla. Y luego se fue.

Hester gesticuló.

-¿Quieres decir que ni siquiera le dio un punetazo? No es que esté a favor de la violencia, pero en ciertas circunstancias...

-Nada -recalcó Flora-. Y tampoco me miró ni dijo nada.

-Probablemente pensó que no podría contenerse. No puedo culparlo por eso -suspiró Flora-. No me puedo perdonar por la forma en que lo he tratado.

-Vamos a ser razonables -Hester volvió a llenarse el vaso y regresó a la ventana-. Nunca me ha parecido que tú y Chris fuerais la pareja del año. Os conocisteis, os gustasteis, y de ahí surgió todo -se encogió de hombros-. Tal vez los dos llegasteis a un punto en que el matrimonio era una buena idea, y os conformasteis con estar bien, aunque la relación no fuera maravillosa. Ocurre muchas veces y, a menudo, funciona bien. Pero no para ti, Flora. Ese pelo rojo tuyo te delata. Eres una chica de todo o nada, y tarde o temprano te habrías

dado cuenta. Es mucho mejor que haya ocurrido ahora y no después de la boda, aunque el final haya sido tan drástico. Tú no lo habías planeado, así que deja de sentirte culpable. Seguro que ha sido lo mejor que podía ocurrir. Y además, ¿porqué no estaba él aquí tratando de seducirte? Si no se hubiera ido con los amigos, ese tipo italiano no habría podido llegar a ninguna parte contigo.

-No teníamos las manos atadas... -objetó Flora.

-Desde luego... Ni las manos ni nada, por lo que veo -dijo Hester-. ¿Te ha llamado Chris alguna vez desde entonces?

-No -contestó Flora con amargura-. Pero me ha llamado toda la familia y los amigos. Está claro que Chris se recuperó lo suficiente, como para ir al teléfono del hotel y divulgar lo ocurrido. Cuando regresé a casa, el contestador estaba que quemaba. Mi madre, su madre, incluso mi hermanastra.

-Una pesadilla. Y por supuesto, todos condenándote.

-Mi madre me ha desheredado. Dice que he avergonzado a toda la familia y que nunca podrá llevar la cabeza bien alta en el club de bridge. Y según la madre de Chris, en otros tiempos me habrían atado a un carro y me habrían azotado.

-Antes de apedrearte hasta la muerte, supongo -dijo Hester en tono agrio-. Una mujer encantadora. Lástima que ya no ahorquen en público. Habría sido ideal. Bueno... al menos te has escapado de tenerla como suegra, eso es un punto luminoso entre las tinieblas -hizo una pausa y preguntó con prudencia-: ¿Y qué hay de tu signor Valante? ¿No te ha llamado desde ayer?

-Me trajo en coche hasta aquí. Creo que ninguno de los dos pronunciamos una sola palabra. Metió mi maleta y dijo que sentía mucho la vergüenza que le había causado. Luego se marchó -Flora hizo un intento de sonreír-. Final de la historia.

-Seguramente porque él también está avergonzado -suspiró Hester-. Después de todo, fue una coincidencia horrible el que escogiera, entre todos los hoteles que hay, el mismo hotel. Por cierto, ¿quién lo escogió?

-Lo sugirió Marco, pero no me insistió. Dijo que, si yo quería, podíamos arriesgarnos a ir a otro lugar. Debí hacer caso de mi instinto y haberlo hecho. Solo que Aldleigh Manor sonaba muy bien.

-Maravilloso -asintió Hester-. Un sitio ideal para encontrarse con los amigos.

-No sigas -volvió a sonarse la nariz-. Ha sucedido y ya está. Y Marco se ha ido. Solo espero no volver a verlo jamás.

-Lástima. Me habría gustado conocer al hombre que finalmente te hizo mujer. Porque bajo toda esa tristeza, amiga mía, hay una nueva

luz. Fue estupendo, ¿verdad?

-Tengo que irme una temporada. Lo he estado pensando y estoy segura. Me siento lo suficientemente mal como para no tener que aguantar todas esas llamadas furiosas. Necesito volver a empezar.

-¿De veras que no quieres volver a ver a Marco Valante?

-Nunca jamás...

-Qué mala suerte -Hester se alejó de la ventana-, porque está ahí fuera saliendo de un coche.

-¡Dios mío! -Flora se limpió las lágrimas de la cara-. No lo dejes entrar.

-Tonterías -Hester hizo una mueca mientras salía a abrir-. Quiero conocerlo. Puede que incluso le estreche la mano para agradecerle los esfuerzos que ha hecho por una mujer reprimida.

-¡Hester! -chilló Flora, pero era demasiado tarde. La puerta ya estaba abierta y se oían voces en el pasillo. Poco después regresó Hester con expresión de asombro.

-Tienes visita -dijo, apartándose para que entrara Marco-. Y yo tengo cosas que hacer, así que te dejo en buenas manos.

-No, por favor. No es necesario -comenzó a decir Flora desesperadamente, pero Hester le mandó un beso, le guiñó un ojo y se marchó.

Flora se quedó mirando a Marco. Era consciente de que su aspecto debía ser horrible, con ropa de andar por casa y los ojos enrojecidos por el llanto.

El estaba impecable, con un traje elegante. Pero no parecía tan seguro como de costumbre. Estaba tenso y sus ojos reflejaban desconfianza.

A pesar de todo, al verlo, ella sintió en su interior la misma excitación de siempre. El incontrolable deseo que no podía negar.

Sintió que se le derramaban las lágrimas. Él se acercó a ella y comenzó a secarle la cara con su pañuelo.

Cuando Flora se calmó, la miró muy serio.

-Mi pobre pequeña --dijo con dulzura-. ¿Has descubierto que lo querías más de lo que pensabas?

-Ojalá pudiera decir eso -dijo ella negando con la cabeza-. Pero no sería cierto. Habría roto el compromiso de todos modos, pero no quería que fuera de esa forma, humillándolo en público delante de sus amigos.

-Entonces, ¿por qué lloras?

«Porque creía que no volvería a verte», pensó Flora. «Porque me he dado cuenta de que para mí no fue solo sexo. Me he enamorado de ti. Pero sé que tú no sientes lo mismo y por eso esto será un secreto que

nunca le diré a nadie»:

Sonrió con timidez.

-Quizá porque nunca he tenido a tanta gente furiosa conmigo -tragó saliva-. El sentir general es que he hecho algo imperdonable.

Él guardó silencio unos instantes y contestó:

-Ese es un juicio muy duro. Todos los días se rompe algún compromiso.

-Pero no por mí -dijo ella-. Yo siempre he sido tan... me he comportado tan bien. Y ahora soy una mala persona. Una mujer marcada, nada menos.

Él pronunció su nombre casi sin aliento y la estrechó entre sus brazos. Ella se acurrucó contra su pecho escuchando los latidos de su corazón, y feliz de estar junto a él.

Marco le soltó el pelo y se lo acarició. Ella pudo sentir que él la añoraba y el corazón le dio un vuelco.

-Tu amiga me dijo que pensabas irte una temporada. ¿Es cierto?

-Sí. Sé que estoy siendo cobarde, pero al parecer Chris le ha hablado a todo el mundo de nosotros y prefiero no estar aquí para oír los comentarios.

-¿Has decidido dónde ir?

-Aún no. De momento no soy capaz de pensar en nada.

-¿Tienes el pasaporte en regla?

-Claro.

-Entonces es muy simple. Te llevaré conmigo a Italia.

Ella abrió la boca, sorprendida, y lo miró.

-¿No lo dirás en serio?

-¿Por qué no? Yo tengo que volver allí, y tú necesitas escapar. Eso resolverá varios problemas.

«Y creará otros mil», pensó Flora, pero no lo dijo. -¿Qué van a pensar tu familia y tus amigos? ¿No les parecerá extraño?

-¿Por qué? Te llevaré al castello. A menudo me quedo allí con mis amistades.

Flora pensó con tristeza que el castello era el lugar para llevar a sus mujeres y que ella sería una más en la lista. Su sentido común le decía que rehusara cortésmente, pero él se marcharía pronto y ella no podía soportar la idea de que nunca más estaría entre sus brazos respirando su aroma masculino y sintiendo sus labios sobre los de ella.

«No puedo dejarlo ir. No puedo...», pensó, y le preguntó:

-Marco, ¿por qué quieres que vaya contigo? Él la besó en el cuello.

-Tienes poca memoria, mia cara -contestó con una sonrisa y con ese tono sensual que la hacía estremecer-. ¿De verdad que no sabes por qué?

Era la respuesta que ella esperaba, así que no tenía por qué arrepentirse ni sentirse culpable.

«Cielo, infierno y, ahora, dolor de corazón, tanto si voy como si me quedo», pensó. Pero al menos él sería suyo por un poco más de tiempo.

-¿Crees que es prudente? -preguntó con un hilo de voz.

-Ah, mia bella. Creo que es demasiado tarde para hablar de prudencia.

-Sí -suspiró ella-. Quizá. En tal caso, la respuesta es sí. Iré contigo, Marco.

Él la agarró de la mano y se la besó; cerró los ojos y la expresión de su rostro reflejó una extraña emoción que ella no pudo entender.

Pero su instinto le dijo que no tenía nada que ver con la felicidad y pensó: «que el cielo nos ayude a los dos».

Capítulo 6

Tres días después volaron hacia Italia.

Flora no había tenido tiempo ni de respirar, y mucho menos de cuestionar lo que estaba haciendo.

Había postergado la mayor parte de sus citas y solo alguno de sus clientes había decidido irse a otra empresa. Así que seguiría teniendo trabajo cuando la burbuja explotara. Y era seguro que explotaría.

Uno de los trabajos imprescindibles antes de irse era recoger su anillo de compromiso y enviárselo a Chris. Él no había hecho ningún intento de hablar con ella, lo cual era de agradecer, y tampoco dio señales de vida después de recibir el anillo.

Cuando Flora llamó a su madre para decirle que estaría fuera durante dos semanas, solo recibió críticas y recriminaciones.

Ella era una vergüenza. Era desagradecida y había causado un sinfín de molestias al cancelar los preparativos de la boda.

-Y ahora te vas a Italia con ese hombre -dijo su madre alzando la voz-. ¿Has perdido todo tu sentido de la decencia? Por Dios, Flora... no sabes nada de él. ¡Hasta podría ser de la Mafia!

-No lo creo, mamá -dijo en tono hastiarlo-. Es contable.

-Eso no quiere decir nada. La Mafia necesita gente como él para lavar el dinero. Tu comportamiento me parece increíble, Flora. Primero te prestas a una sórdida aventura y le causas un daño tremendo a tu prometido. Y ahora, a saber con quién vas a mezclarte. Podría ser un criminal. Nos has deshonrado a todos. Me desentiendo de ti.

-Adiós, mamá -su tono era de resignación-. Te llamaré cuando regrese.

-Si regresas...

«Menos mal que no mencioné que Marco trabaja para una empresa farmacéutica», pensó Flora mientras -colgaba. «O habría dicho que era un traficante de drogas».

Decidió alegrarse un poco yendo de compras. Pasara lo que pasara en ese viaje, iban a ser sus primeras vacaciones en mucho tiempo y su guardarropa estaba bastante incompleto. Hizo un recorrido relámpago por Kensington High Street para ver lo que había y se compró varios conjuntos.

Al hacer las maletas tuvo que recordar que se iba para dos semanas y no para toda la vida. Se estaba poniendo nerviosa. Aunque Marco la había telefoneado varias veces, no lo había visto en las últimas cuarenta y ocho horas y no parecía que fuera a pasar la noche con

ella.

Y lo echaba muchísimo de menos.

Había dormido sola tantos años, tranquila y sin problemas, y después de unas pocas horas en sus brazos, se sentía inquieta por no tenerlo a su lado en la cama.

Varias veces había estado a punto de preguntarle si lo vería esa noche, pero no lo había hecho. Quizá él había reflexionado y se arrepentía de haberla invitado. Estaba segura de que recibiría una llamada de última hora con una excusa.

No pudo ocultar su sorpresa cuando Marco llegó puntualmente a recogerla en un coche con chófer.

-Te gusta viajar con estilo -comentó mientras el conductor cargaba su maleta en el maletero.

-Y a ti también, cara -Marco la miró despacio, admirándola, haciendo que se le acelerara el corazón. Ella vestía una falda de color crema con una blusa de seda a juego y una chaqueta de lino verde oscura. También se había recortado el pelo. Quizá estuviera temblando por dentro, pero su aspecto era seguro e impecable.

-Me pregunto qué otras sorpresas me tiene guardadas, signore -exclamó ella con picardía.

-Pórtate bien, mia bella. Tenemos que llegar a tiempo al avión.

Y no era un avión cualquiera. Iban en primera clase y lo primero que hizo la azafata fue ofrecerles champán.

-¿Es una deferencia de tu empresa? Deben tener un gran concepto de ti.

-Me reverencian -contestó él en tono solemne, pero Flora adivinó que se burlaba.

-Marco -inquirió ella-, ¿quién es el dueño de Altimazza?

-La familia Valante, cara, y yo soy el presidente y principal accionista.

Flora se sonrojó indignada.

-Entonces, ¿por qué te has burlado de mí haciéndome creer que eras solo un empleado, un contable?

-No me pediste que te enseñara mi historial, Flora mia. Además, soy contable cualificado. Y para que conste, también he estudiado derecho y dirección de empresas. Si me lo hubieras preguntado, te lo habría dicho -se quedó mirándola muy serio-. ¿Acaso es algo tan importante? Los dos seguimos siendo los mismos.

-¿Cómo puedes decir eso? -la voz le temblaba-. Desde el principio te has estado riendo de mí.

-No -dijo él con suavidad-. Créeme que eso no es cierto.

-Entonces, ¿cuál es la verdad? -preguntó Flora, furiosa-. ¿Que te

divertiste jugando al príncipe disfrazado y yo hacía el papel de Cenicienta?

Él se puso tenso.

-No te encontré vistiendo harapos. Pero reconozco que fui lo bastante tonto como para desear que me quisieras por mí mismo. No ha sido así en el pasado.

-Oh... -dijo Flora en tono cáustico-. Pobre hombre rico. Apuesto a que no rechazaste ninguna oferta por ese motivo.

-¿Qué esperas que conteste? ¿Que he vivido en celibato mientras esperaba que aparecieras? No voy a insultarte con esa mentira.

-¿Qué importa una mentira más?

-¿Por qué estás tan enfadada? preguntó él, intrigado.

-Porque me siento estúpida. Y porque me pregunto qué otras cosas escondes.

-Hay algo que nunca he escondido. Que te deseé desde el momento en que te vi por primera vez. Y la única razón de que estés aquí ahora es que los dos lo deseábamos. En cuanto a mí, nada ha cambiado -hizo una pausa-. Pero no voy a obligarte a nada. Si te parece imposible quedarte conmigo, puedo arreglarte un vuelo a cualquier otro sitio del mundo adonde quieras ir. Tú escoges, carissima.

Ella guardó silencio mientras su corazón y su mente libraban una fiera batalla. Por fin contestó:

-No hay ningún otro sitio en el mundo adonde quiera ir, y tú lo sabes.

-Ah, dolcezza mia -dijo él con dulzura-. A veces me destrozas...

Ella permaneció junto a él, agarrada de su mano, percatándose de la envidia que despertaba entre las chicas que los atendían y que pensaban que le había tocado la lotería.

Y pensó que tenían razón. Que durante las dos semanas siguientes iban a mimarla de día y a transportarla al cielo por la noche.

Disfrutaba del presente, pero no se hacía ilusiones. Ya no soñaba sueños imposibles de un futuro con ese hombre. Sus días con él estaban contados. «Si lo repito lo suficiente, quizá termine por convencerme», pensó.

La incertidumbre no pudo nublar su primera vista de San Silvestro.

Mientras el helicóptero descendía, Flora vio el castello, reluciente, bañado por el sol de la tarde, surgiendo de entre la fiesta de verdor que lo rodeaba.

Había un conjunto de edificios con techos de terracota y entre ellos destacaba una torre cuadrada que miraba hacia el mar azul.

A Flora le pareció un paisaje de ensueño, un símbolo del poder del Renacimiento, pero para el hombre que estaba a su lado no era más

que su hogar. Estaba claro que sus, mundos eran muy distintos. Cuando el helicóptero aterrizó sobre el césped de la parte trasera, varias personas fueron a su encuentro.

Flora estaba tan nerviosa, que tenía un nudo en el estómago.

El hombre que iba delante del grupo era alto, de pelo blanco y sonreía con alegría.

«Ese debe de ser Alfredo», pensó Flora, recordando las palabras de Marco.

-Alfredo es mi mayordomo y Marta, su mujer, es el ama de llaves. El padre de Alfredo trabajaba para mi abuelo, y él nació en el castello, como yo, y lo ama igual que yo -había dicho.

Marco la sujetó de la mano con firmeza para ayúdarla a bajar del helicóptero.

-Avanti -dijo y se encaminaron hacia el grupo. Después de la cariñosa bienvenida de Alfredo a su amo, Flora se quedó algo desconcertada ante la corrección que mostraba hacia ella. El resto del personal la miraba con curiosidad.

Esta es Ninetta, signorina -dijo Alfredo presentándole a una chica regordeta vestida de negro y con delantal blanco-. Ella deshará su equipaje y la atenderá durante su estancia.

-Grazie -murmuró Flora, pensando en lo modesto de su equipaje.

Alfredo inclinó la cabeza y dijo:

-Si me sigue, signorina , la acompañaré a su habitación al pasar, -Marco le dijo algunas palabras y, por un segundo, Alfredo mostró sorpresa. Luego contestó respetuosamente-. Si, signore, naturalamente.

El interior del castello impresionó a Flora. Grandes estancias con suelos de baldosa, techos bajos y las paredes pintadas con frescos.

Subieron por una gran escalera de piedra y recorrieron un largo pasillo. Cuando Alfredo abrió las puertas del dormitorio, Flora se quedó boquiabierta al ver una cama con dosel y las paredes cubiertas de tapices. Había pocos muebles, pero eran antiguos y elegantes. El suelo era de madera y estaba cubierto por una magnífica alfombra. La alcoba tenía acceso a una terraza con vistas al mar.

Alfredo observaba su reacción con discreta satisfacción y le indicó una puerta en un rincón de la habitación.

-Ahí está el vestidor del signore -abrió otra puerta-, y aquí está el baño, signorina.

-Es todo tan bonito, que me parece que estoy soñando.

Alfredo se inclinó cortésmente.

-Por favor, si necesita cualquier cosa, dígaselo a Ninetta, signorina
.

Mientras la doncella abría el equipaje, Flora salió a la terraza.

La vista era maravillosa. Un jardín lleno de olivos y varios cipreses, y una senda que conducía hacia el mar.

El aire era cálido y perfumado y se oía el trino de los pájaros. Poco a poco, Flora comenzó a relajarse. Al poco rato, Marco estaba detrás de ella y la rodeó por la cintura. Ella se apoyó en él y comenzó a sentir que él la besaba en el cuello.

-¿Crees que te va a gustarme? - Le susurró al oído.

-Es como un paraíso -contestó Flora. ¿Cómo puedes soportar estar lejos de aquí?

-Todos tenemos trabajo, otras responsabilidades -hizo una pausa-. A veces nos llevan a lugares donde preferiríamos no estar.

-¿Es ese el camino por el que solíais ir a la playa tú y Vittoria?

-¿Te acuerdas de eso? -parecía sorprendido.

-Claro -«me acuerdo de todas y cada una de las palabras que me has dicho», pensó-. ¿Me lo mostrarás?

-Sí. Te mostraré todos los lugares y todas las cosas, pero más tarde, mia cara -contestó alzando las manos y abarcándole los senos-. Pero ahora tengo otras prioridades.

Tiró de ella hacia dentro de la alcoba y ella no se resistió y le ofreció su boca.

Cuando sus labios se juntaron, todo cambió. De pronto, su beso se volvió fiero, apasionado. Sin aliento, Flora respondió y se balancearon juntos como presos de un huracán. Las manos de Marco recorrían el cuerpo de ella con desesperación, acariciando sus pechos, sus caderas, sus muslos y tratando de abrirse camino entre la ropa. Cuando por fin la miró, los ojos de él relucían como dos esmeraldas; ella estaba sofocada y pronunció su nombre en un tono lleno de añoranza.

Marco le arrancó la chaqueta, le quitó la falda y la arrastró hacia el suelo. Sus respiraciones se hicieron roncas y entrecortadas. Marco se puso sobre Flora y el cuerpo de ella se abrió para él con tanta ansia como él demostraba.

El deseo que sentían era demasiado salvaje, demasiado urgente para que su unión fuera suave. Sus manos y bocas buscaban, mordían, y sus cuerpos luchaban por conseguir la dicha esperada. Les llegó casi sin darse cuenta y el deleite fue tal que, cuando oyó a Marco gritar de placer al llegar a su propio clímax, ella pensó que iba a morir.

Luego permanecieron acostados, exhaustos, la cabeza de él apoyada sobre el pecho de ella, incapaces de moverse, ni hablar, ni pensar.

Marco fue el primero en levantarse. La miró con remordimientos.

-¿Te he hecho daño? -susurró-. Dime la verdad, mi dulce pequeña, mi corazón.

Ella le sonrió.

-No me acuerdo -estiró los brazos para que volviera a ella-. Y desde luego no me importa -añadió-. ¿No estará la gente preguntándose dónde estamos?

-No se les paga para que se pregunten nada -replicó Marco acariciándola.

Ella tomó aliento.

-Eres un dictador. Lo das todo por hecho, ¿verdad?

-No, mia bella. No lo doy todo por hecho. Pero sí estoy de acuerdo en que no podemos pasarnos el resto de nuestras vidas aquí en el suelo -se puso en pie y la ayudó a levantarse-. Nos daremos una ducha y luego te mostraré el camino a la playa.

-¿Y nuestra ropa? -preguntó Flora mirando el reguero que había sobre la alfombra.

-Déjala. Ya la arreglarán -Marco la empujó hacia el baño.

A Flora le parecía raro compartir la ducha, ver todas sus cosas junto a las de él y saber que sus ropas estaban colgadas en el mismo armario. Nunca había tenido tanta intimidad con nadie. Marco había invadido su vida, revolucionando todos sus cimientos y creencias, y la había llevado a otra dimensión. «Pero solo temporalmente», se dijo mientras se ponía un bikini negro y un blusón blanco. «Eso es algo que no debo olvidar nunca».

Los jardines del castello eran como una fiesta de color y de aromas. Entre los árboles, rosas, camelias, macetas de terracota con pelargonios. A un lado había una gran verja de hierro forjado.

-Mi abuelo la hizo poner cuando yo era pequeño -explicó Marco soltando el pestillo-. Quería estar seguro de que yo no me fuera solo a la playa a nadar.

-0h. ¿Y lo consiguió?

-No -contestó él con una mueca; ella lo imaginó como niño y sintió que el corazón le daba un vuelco. La cala era bastante grande, de arena clara. En un extremo había una caseta de baño y un embarcadero. En el otro una roca plana.

-Puedes zambullirte desde esa roca -dijo Marco-. La playa tiene mucho desnivel y hay bastante profundidad.

«Ya estoy a mucha profundidad y ahogándome», pensó ella.

-Entonces tendré cuidado.

Cerca de la caseta había dos tumbonas bajo una sombrilla.

-La caseta tiene sitio para cambiarse y una ducha. También un frigorífico con bebidas frías.

-Sí, claro, es natural.

-¿Te parece mal?

-No -hizo una mueca-. Solo que estaba pensando en los pobres que tienen que venir aquí a arreglar las tumbonas y reponer las bebidas.

-Prestan un servicio que se les paga bien -y añadió en tono seco-. Como tú, mia cara. ¿Te gustaría más si viviera en un apartamento de ciudad y cocinara mis propias comidas?

-No -contestó ella a la defensiva-. Solo que no estaba preparada para todo esto.

-Esperaba que te gustara San Silvestro.

-Y me gusta. Es increíblemente bonito y estoy impresionada. Pero yo soy Flora Graham, vivo en la ciudad, sin aire acondicionado, y cocino mis propias comidas. Y no sé qué estoy haciendo aquí.

-Estás aquí porque yo te pedí que vinieras, Flora mia. Porque quería que pasaras algún tiempo conmigo en un sitio que quiero -se quitó la camisa y le tendió la mano-. Y ahora, vamos a nadar.

El agua estaba deliciosa. Flora nadó un poco y luego se subió a una roca. Marco fue a su lado y le llevó crema protectora.

-Ponte esto, mia cara, o te quemarás.

Ella se untó los brazos y las piernas y le dio el frasco a Marco.

-¿Me pones por la espalda? Él la besó en el hombro.

-Será un placer -le desabrochó la parte superior del bikini y comenzó a untarle la crema. Ella disfrutaba con sus manos y le sonrió cuando llegó al pecho. Sintió que se detenía y se ponía tenso.

-No pares -protestó ella.

-¡Escucha! -se oía el ruido de un motor, y apareció una lancha, con un solo ocupante que saludaba con el brazo y que se dirigió a amarrar al embarcadero. Marco murmuró un imprecación entre dientes-. Cúbrete Cara- ordenó y Flora obedeció.

El ocupante de la lancha era un hombre fuerte de estatura mediana. Se dirigió hacia ellos.

-Ciao, Marco, ¿come va?

Comenzó a hablar en italiano sin dejar de examinar a Flora con desparpajo.

-Tonio- saludo Marco con frialdad, apretando la mano de Flora.

-ciao, bella ¿comme ti chiami?.

Flora alzó la cara.

-Lo siento, signore, pero no hablo su idioma.

-Inglesa, ¿eh? – continuó el visitantes sin dejar de mirarla-. Vaya, vaya. ¿y cual es su nombre bella ragazza?.

-Te presento a flora graham- intervino marco-. Flora, permíteme que te presente a Antonio Baressi.

-Pero llámame Tonio- volvió a mirarla sonriendo y se dirigió a marco-. Que maravillosa sorpresa encontrarte aquí amigo mío. Pensé

que después del éxito de tu misión estarías deseando volver a tu despacho en Milán, pero veo que prefieres agasajar a tu encantadora invitada. Bravo.

Marco se puso tenso.

-¿Qué estas haciendo aquí tonio?- visitar a zia paulina, naturalmente- se dio una palmada sobre la frente-. Pero , claro, tu no sabias que estaba aquí. Se pondrá feliz de saber que estas en el castello. ¿quieres que le diga algo de parte tuya?.

Aunque todo eran sonrisas, flora no se dejo engañar. Había una gran tensión en el aire.

-Gracias- dijo marco con fría cortesía-. Peor se lo diré yo mismo.

Tonio se volvió hacia flora.

-Mi tía es la madrina de marco- aclaro-. Tienen una relación muy espacial desde la triste muerte de sus padres han estado muy unidos- los ojos le brillaban jovialmente-. Pero estoy seguro de que ya se lo ha explicado - flora asintió-. Tiene que llevar a la signorina flora a que conozco a zia paulina. Estará encantada, y ottavia también, naturalmente-había lanzado el nombre con mucha intención. A menos claro, que prefiráis estar solos.

-Si – dijo marco, apretando la mano de flora-, me parece que si.

Tonio se encogió de hombros.

-Lo comprendo muy bien. Si estuviera en tu lugar haría lo mismo- se beso la punto de los dedos y puso una expresión lasciva-. Eres un hombre afortunado, compagno, así que, ¿para que perder el tiempo haciendo visitas?.

-O recibiéndolas añadió marco el voz baja.

-Ah....eso es una indirecta para que me vaya. queréis disfrutar de vuestras mutua compañía sin que os molesten. Sí, capisce, arrivederci, signorina. Espero que nos volvamos a ver.

-Gracias – contestó Flora sonriendo, pero pensando: “eso es la última cosa que deseo”.

Mientras observaban como se marchaba la lancha, Flora miro a Marco de reojo y se percató de que estaba tenso.

-Que hombrecillo tan desagradable.- dijo ella, y él se volvió a mirarla.

-Desde luego... y eso que hoy se ha comportado relativamente bien.

-No tendremos que volverlo a ver, ¿verdad? -Espero que no -Marco hizo un gesto de desagrado-. Pero como habrás podido ver, no siempre espera a recibir una invitación.

-Necesitaría una cara tan dura como una pared para volver. No has sido muy acogedor.

Tengo mis razones.

-¿Y vas a contarme cuáles son?

-Quizá algún día. Pero ahora no. Aún no -se encogió de hombros-. ¿Quieres nadar más, mia cara, o volvemos a la casa? ¿El idiota ese te ha estropeado la tarde?

-No ha estropeado nada y ya se ha marchado. Así que me gustaría que nos quedáramos un rato más para tomar los últimos rayos de sol -Flora se echó en una de las tumbonas: Cuando miró a Marco, se percató de que tenía un aire preocupado y le dijo-: Marco, si crees que tienes que visitar a tu madrina, hazlo. No me importa nada quedarme aquí.

-No te preocupes, carissima. Créeme, he cumplido con creces mis obligaciones hacia ella -hablaba en voz baja, pero Flora pudo adivinar la ira contenida en su tono.

«Aquí hay mucho mar de fondo que no entiendo», pensó, pero recordó con aflicción que no era necesario comprender nada. Las otras relaciones de Marco no eran de su incumbencia; porque estaba allí para compartir su cama y no sus problemas.

Así que no haría más preguntas sobre Zia Paolina, ni suposiciones sobre la desconocida Ottavia. Después de todo, Marco había tenido una vida antes de conocerla a ella y esa vida continuaría cuando ella se fuera. Recordó el tono con que Tonio había pronunciado el nombre de Ottavia y decidió que no había que desestimarla.

De repente se le ocurrió que Tonio era la serpiente que Marco le había advertido que estaba en el paraíso y se estremeció como si una nube hubiera ocultado el sol.

Capítulo 7

Flora decidió que no era una nube, sino una sombra, pero que estaba presente siempre. Estaba allí en los días de sol mientras ella y Marco nadaban en la playa o en la piscina, jugaban al tenis o paseaban por el campo.

Y también cuando cenaban a la luz de una vela o estaban sentados en la terraza, charlando a la luz de la luna.

Incluso durante las noches, cuando él le hacía el amor con tanta pasión y destreza o la acunaba entre sus brazos.

Ya había pasado el momento de decir como si tal cosa: «¿Quién es Ottavia?

Preguntarlo era reconocer que la preocupaba, que le daba importancia. Y no podía dejar que él lo supiera porque no tenía derecho a preocuparse. Las bases de su relación no dejaban espacio para los celos.

No habían tenido más visitantes inoportunos. En realidad, ningún visitante. Al mundo real no le estaba permitido entrar.

Flora era consciente de lo fácil que le había sido adaptarse a la vida en el castello, donde manos invisibles se anticipaban a todos sus deseos.

Era gracias a Alfredo que todo San Silvestro funcionaba con tanta eficacia. Y al margen de lo que él pensara sobre su presencia allí, siempre la trataba con suma cortesía y respeto.

Eso era más de lo que podía decirse de Ninetta y, desafortunadamente, tenía que tratar más con ella que con el resto del servicio.

La chica no era insolente ni perezosa, pero había algo en su forma de responder que mostraba resentimiento.

Flora pensaba que quizá era porque le parecía poco señorial que recogiera su propia ropa y no dejara toallas mojadas en el suelo del baño. O porque estaba cansada de servir a otra amante más del signore. Tal vez Ottavia había sido una de ellas, pero eso no se lo podía preguntar.

Dejó de pensar en ello. ¿Para qué especular sobre el pasado o el futuro, que estaban fuera de su control, cuando en el presente era tan feliz? Y eso no se lo podía quitar nadie.

En el embarcadero había un fueraborda que Marco utilizaba para el esquí acuático, una tabla de surf y un barco de vela, el Beatrice u.

-Mi padre construyó el primero y le puso el nombre de mi madre -le dijo a Flora el primer día que salieron a navegar-. Y yo decidí seguir

la tradición.

¿Le gustaba navegar a vela? -Flóra estaba encantada oyendo el ruido de las olas y llevando el timón con la ayuda de Marco.

-A mi padre lo apasionaba y a ella le gustaba estar con él. Incluso iba a verlo jugar al polo, aunque la aterrorizaba. Y cuando él se sacó el título de piloto, fue su primer pasajero -se encogió de hombros- y el último.

Flora estaba muy callada. Marco sabía todos los detalles de la vida familiar de ella, pero hasta ese momento no había hablado de la suya.

-¿Hubo un accidente? -se atrevió a preguntar ella. -Algún fallo mecánico -su tono se hizo brusco al recordar el dolor-. Venían en avión desde Roma para el cumpleaños de mi abuelo. A mí me habían dado permiso en el colegio para que viniera, y fui con nonno Giovanni a recibirlos al aeropuerto. Estuve protestando porque llegaban tarde, aburrido de esperar. Entonces alguien vino y llamó a mi abuelo para que fuera a otra sala. Yo lo podía ver a través del tabique de cristal, pero no podía oírlo que le decían. Pero al ver su cara, lo adiviné.

-¿Cuántos años tenías? preguntó Flora con el corazón encogido.

-Diez años. Como normalmente volaba con ellos, estaba enfadado porque no me llevaron a Roma a buscar el regalo de mi abuelo Giovanni. Todavía no sé cuál era el regalo que le habían comprado, pero seguro que no valía el precio que pagaron por él.

Ella dijo muy apenada:

-Marco, lo siento mucho. No tenía ni idea, aunque tú siempre hablas más de tu abuelo que de ellos. Debió ser terrible para ti.

-Sí -asintió él-. Fue una época terrible para todos. Y yo casi no tuve tiempo de llorar su muerte porque nonno Giovanni comenzó a entrenarme para ser el siguiente jefe de familia y presidente de Altimazza.

Ella se quedó perpleja.

-¡Pero si eras tan solo un niño!

-Las circunstancias exigieron que creciera muy deprisa y que entendiera y aceptara las responsabilidades que me esperaban.

-¿Y si cuando al hacerte mayor hubieras decidido que ese tipo de vida no era para ti?

-Ah, mia cara, eso nunca fue una alternativa. Solo una vez me dieron a escoger su tono se hizo duro, y escogí mal.

Ella se aventuró a decir:

-Pero ahora ya eres libre, ¿no?

Él la estrechó más fuerte y la besó en la nuca. -Quisiera creerlo, mia bella. ¡Dios, cuánto me gustaría! -su voz parecía angustiada y ella no preguntó más.

Habían llegado a una cala y anclaron para nadar. Después de comer algo a bordo, Marco le hizo el amor lentamente, con intensa pasión y mirándola a los ojos como preguntando algo que no se atrevía a decir en voz alta.

«¿Qué te pasa, amor mío?», preguntaba ella con su corazón.

Cuando regresaron a San Silvestro, Alfredo esperaba en el embarcadero con una expresión muy seria. -Han llamado del laboratorio, signore. Necesitan hablar urgentemente con usted.

Marco maldijo entre dientes y se volvió hacia Flora.

-Perdóname, carissima. Será mejor que vaya a ver qué quieren -se encaminó a la casa con Alfredo, y Flora los siguió más despacio.

Cuando Marco entró en la habitación, estaba serio y preocupado.

-Flora, tengo que ir a Milán de inmediato. Hemos estado haciendo pruebas con un producto contra el asma y parece que han surgido problemas que debo intentar resolver.

-Oh. ¿Quieres que vaya contigo?

-Creo que me distraerías demasiado, mia bella. Quédate aquí y descansa. Yo volveré en un par de días.

-¿Quieres que te haga la maleta?

-Alfredo ya me la ha hecho. El helicóptero vendrá a buscarme enseguida. Siento mucho dejarte, carissima, pero esto es muy importante.

-Claro. Y yo estaré bien - le sonrió disimulando su disgusto-. Alfredo me cuidará.

-Te has ganado su corazón y el de todos los que están aquí.

«Excepto Ninetta», pensó, pero no lo dijo. Entonces, Marco la besó y ella dejó de pensar, entregándose al ansia de su boca y ajena a todo excepto el calor y la fuerza del cuerpo de Marco.

-Tengo que irme -dijo él arrancándose de ella-. Tengo que cambiarme de ropa.

Ya sola, Flora oyó con tristeza el zumbido del helicóptero que iba a llevárselo de su lado.

Cuando salió del vestidor, parecía un extraño dentro de su traje oscuro.

-Por favor, cuídate -dijo ella con una, sonrisa forzada.

-Amor mío -él la miraba apasionadamente y se acercó, pero se controló-. Volveré pronto. Y entonces, tendremos que hablar. Porque hay cosas que decir, temas que no pueden evitarse.

«Va a decirme que todo ha terminado», pensó Flora con tristeza. «Que todas las cosas buenas se terminan y que ya es hora de que volvamos a nuestros mundos separados y sigamos con nuestras vidas».

-Estaré aquí -dijo con valentía-. Esperándote. Salió a la terraza y,

cuando el helicóptero despegó, no pudo reprimir las lágrimas. Solo un par de días, pero iba a estar sola en la enorme cama sin sentir los brazos de él abrazándola. Y más sola aún cuando regresara a Inglaterra.

Lo sabía desde el principio, pero se había dejado seducir por la vida en el castello. Había soñado que Marco y ella estarían juntos para siempre, y había sido una locura porque él sólo buscaba una diversión sin compromisos. Además, era rico y tarde o temprano buscaría una chica de su propio mundo.

Quizá se merecía todo el dolor que él le causara por lo que ella le había hecho a Chris.

Era la primera vez que pensaba en él, como si perteneciera a una parte lejana e irreal de su vida. Y sin embargo, era de carne y hueso y estaría sufriendo por culpa de su traición.

Se habían comprometido porque ella creía que lo amaba. Pero, claro, entonces ella no sabía lo que era el amor.

Aquella noche había sido un desastre. Chris había estado insistiendo en que hicieran el amor, pero ella lo posponía siempre. Finalmente se persuadió a sí misma. Tenían previsto casarse, él era atractivo, viril y la deseaba. Era lógico que hicieran el amor.

Pero ella no respondió al ardor de Chris. Se sintió abochornada cuando él la desvistió. Él hizo cuanto pudo por excitarla, pero ella no sintió ningún deseo. Y cuando la penetró, sintió tanto dolor que gritó y lo apartó violentamente.

-No. No puedo... por favor...

Él había sido comprensivo al principio, pero estaba claro que quería intentarlo de nuevo. Y cada vez, ella se cerraba y lo rechazaba.

-Tienes un verdadero problema, Flora -le había dicho-. Creo que deberías hacerte ver por un médico o un psicólogo.

Y ella había pensado que quizá él tenía razón. Hasta que Marco la había mirado, le había tocado la mano y ella había sentido que su cuerpo se derretía por él.

Cuando Chris regresó de sus vacaciones en las Bahamas, Flora creyó que iba a presionarla de nuevo, pero no lo hizo. Quizá pensara que era mejor tener paciencia y esperar a que ella le dijera que estaba en tratamiento. Ella, por su parte, se decía que cuando se casaran tendrían todo el tiempo del mundo para arreglar su relación sexual. Que Chris era un buen hombre y sería un buen marido. Que el sexo no lo era todo en un matrimonio.

Y casi se había convencido. Pero no había engañado a Hes, ni tampoco a Marco, que con solo mirarla había adivinado que su sexualidad aún no se había despertado.

«Nadie lo pensaría ahora», se dijo al mirarse al espejo antes de bajar al comedor para su primera cena en solitario.

Tal y como se temía, el tiempo sin él le parecía eterno.

La llamaba por teléfono, claro. Llamadas rápidas entre reuniones que no iban bien. Y por las noches, conversaciones más largas que la dejaban inquieta y ardiente.

«Lo hace a propósito», pensó, «y lo voy a castigan». Ella sabía cómo.

Tras tres días de ausencia, llamó para decir que volvía la noche siguiente.

-¿Has resuelto el problema con las pruebas?

-Me temo que no. Como ya suponía, el producto tiene un fallo grave y tendremos que empezar de nuevo. He autorizado un nuevo programa de investigación con un director nuevo. El Doctor Farese pensó que podía aprovecharse de mi ausencia para lanzar el producto abreviando el período de pruebas. Ahora sabe que se ha equivocado.

-¿Ha sucedido todo eso porque has pasado demasiado tiempo conmigo?

-Quizá un poco. Pero no me arrepiento de un solo momento, Flora mia. Pero sí significa que, de ahora en adelante, tengo que dedicarle más tiempo a Altimazza.

-Sí, sí, claro...

-Pero basta de eso. ¿Me has echado de menos? Ella pensó que tenía que ser cauta y decir algo ingenioso, pero se oyó decir:

-Sí, muchísimo -respiró hondo-. Voy a decirle a Marta que te prepare lo que más te gusta para cenar. Pasta con trufas y pierna de cordero. A menos que prefieras pollo...

Él se reía.

Escoge lo que te apetezca a ti, bellissima. Yo solo tengo hambre de ti.

-Y yo de ti, Marco -dijo ella con timidez. -Entonces imagínate que estoy contigo, cara, su tono era dulce e íntimo-. Que te tengo desnuda entre mis brazos y te acaricio como a ti te gusta. ¿Te acuerdas?

-¡Marco! -ella sintió una punzada de deseo y una oleada de calor entre los muslos-. Eso no es justo. -No -concedió él-. Quizá no, pero cuando regrese mañana, mi querida niña, la sinceridad entre nosotros será completa, pase lo que pase.

Su tono era algo triste y ella creyó adivinar que era una advertencia de que su breve idilio tocaba a su fin. Respiró hondo.

-No puedo esperar a verte.

-Ya no tardaré, pero ahora tengo que irme. Me reclaman. Arrivederci.

Flora permaneció inmóvil dándose cuenta de que necesitaría toda su valentía para sobrellevar los próximos días. Al oír un ruido, se volvió y allí estaba Ninetta.

-Oh. Me has asustado. -Scusi, signorina. -¿Querías algo, Ninetta?

-Vine a ver si me necesitaba, signorina. Está pálida. ¿Ha tenido malas noticias?

-Al contrario -Flora la miró directamente-. El signore volverá mañana. Voy a pedir que le hagan una cena especial y tengo que decidir lo que voy a ponerme.

No iba a ser fácil porque había llevado muy poco equipaje.

-Quizá es la ocasión para un vestido nuevo, signorina. En Rocello hay algunas tiendas buenas.

Era la primera vez que Ninetta le parecía amable y la miró sorprendida.

-Sí. Quizá tengas razón pensó que iría de compras y aprovecharía para comprar algún regalo para su regreso-. ¿Hay algún autobús que vaya a la ciudad por la mañana?

Ninetta puso cara de extrañeza.

-Se le facilitará un coche con conductor, signorina. Eso es lo que desearía el signore.

«Ojalá me gustara más esta chica», pensó Flora cuando se quedó sola.

-Tengo entendido que quiere ir a la ciudad, signorina -dijo Alfredo mientras le servía el desayuno-. Si me lo hubiera consultado, estaría encantado de acompañarla yo mismo. Ahora será Roberto quien la acompañe.

-Está bien -dijo Flora tranquilizándolo-. Estoy segura de que tiene cosas mejores que hacer que esperarme mientras voy de compras.

-Nada que no se hubiera podido posponer -hizo una mueca-. Después de todo, el signore la puso a mi cuidado.

-Bueno, Roberto será un substituto adecuado -le dijo sonriendo-. Y solo estaré fuera un par de horas. ¿Ya conozco a Roberto?

-No lo creo, signorina. Normalmente trabaja en los jardines, pero a veces hace de conductor. Es hermano de Ninetta, la chica que la atiende.

«Espero que sea más amable», pensó Flora. Roberto era un joven grueso que no hablaba mucho inglés, así que el viaje transcurrió en silencio. Rocello no era una ciudad muy grande, pero su plaza central, dominada por una iglesia gótica, era impresionante.

Flora quedó con Roberto en que la fuera a buscar al cabo de dos horas, lo que le daría tiempo para comprar y, tal vez, ver algo de la ciudad.

Ninetta tenía razón sobre las tiendas. Había varias boutiques y pronto encontró un vestido que le gustaba. También vio una platería y le compró unos pendientes a Mel y una cadena Hes.

En una galería cercana a la plaza vio un cuadro representando al castello y decidió comprarlo. Serviría para recordarle en el futuro que todo no había sido un sueño.

Como le quedaba un poco de tiempo hasta que Roberto volviera, se sentó en la terraza de un café y pidió un capuchino. Estaba entretenida viendo pasar a la gente cuando oyó su nombre.

-Signorina Graham... No podía haber otra mujer con ese maravilloso tono de pelo.

Flora se sorprendió al ver a Tonio Baressi sonriéndole.

-Oh -dijo ella-. Buenos días.

-¿Puedo sentarme con usted? -preguntó él agarrando una silla y sentándose.

-Me parece que ya lo ha hecho, signore -respondió ella mirando el reloj.

Tonio hizo caso omiso del tono de ironía de Flora, y llamó al camarero.

-Así que Marco se ha marchado a Milán y la ha dejado sola -chasqueó los labios-. ¡Qué poco caballeroso!

-Tenía trabajo -dijo Flora secamente y pensando: «qué mala suerte encontrarme con él».

-Y usted es solo para sus momentos de ocio, ¿eh? -dijo Tonio riendo-. Tiene mucha suerte de haber encontrado una mujer tan comprensiva hacia sus... otras obligaciones.

Flora recogió sus paquetes.

-Tendrá que disculparme -dijo-. Me gustaría entrar en la iglesia, antes de que me recoja el chófer. -Pero... estoy seguro de que la vi salir de la iglesia hace un rato. Debe ser que los frescos le parecen especialmente fascinantes... -sonreía, pero tenía una expresión irónica-. ¿No será que Marco la ha prevenido contra mi compañía?

-Claro que no. Qué ridiculez se sentía incómoda y se preguntaba desde cuándo la estaba espiando y por qué.

-Me consuela oírla. Por favor, tómese otro capuchino. Insisto, ella le dio las gracias y se acomodó mientras miraba ansiosa si veía a Roberto-. Espero que haya disfrutado de su estancia en San Silvestro. Es una pena que todas las cosas buenas tengan que terminarse.

-En realidad, aún me quedan algunos días de vacaciones.

-Sí, pero no pueden ser lo mismo ahora que Marco ha recordado sus responsabilidades en Altimazza. Le será difícil trasladarse a Milán a diario y el castello puede ser un lugar muy solitario.

Ella forzó una sonrisa.

-Por favor, no se preocupe por mí, signor Baressi. No es necesario.

-Llámeme Tonio, se lo ruego. Le aseguro que solo quiero ser amigo suyo.

-Gracias -agarró el bolso y sacó dinero para pagar su café-. Es muy amable por su parte, pero ahora debo irme.

-Si está esperando a Roberto, él ha regresado a San Silvestro. Le dije que yo mismo la llevaría al castello.

-¡Usted no tenía ningún derecho a hacer eso! -exclamó Flora, indignada-. Y prefiero volver sola. Buscaré un taxi.

-¿Tiene miedo de que me insinúe? -su sonrisa era picarona-. No voy a hacerlo. Solo le estoy ofreciendo amistad. Es algo que agradecerá dentro de poco. Así que no más tonterías sobre taxis. Será un placer para mí llevarla.

Flora alzó la cabeza y dijo cortante:

-En tal caso, me gustaría volver ahora mismo. Roberto se va a meter en un lío si Alfredo se entera de que me ha dejado. Podrían despedirlo.

-Le será fácil encontrar otro trabajo.

Tonio también conducía un coche deportivo, pero mucho más ostentoso que el de Marco.

Cuando Flora se dio cuenta de que dejaban la carretera del mar y se dirigían tierra adentro, se puso tensa.

-Este no es el camino de San Silvestro.

-Un pequeño desvío hacia el otro lado del cabo. Mi tía, la Contessa Baressi, desea conocerla. Estoy seguro de que no querrá desairarla.

-Habría preferido que me lo consultara antes -dijo Flora en tono cortante-. Y si Marco desea que conozca a su madrina, es muy capaz de concertarlo él mismo.

-Marco está en Milán.

-Sí, pero volverá esta noche. Entonces puedo mencionarle la invitación.

-Mi tía desea verla ahora -dijo con suavidad-. Y sus deseos siempre se cumplen. Incluso por Marco -hizo una pausa-. Las dos familias siempre han estado muy unidas y él y la Contessa tienen una relación muy especial.

-Con mayor motivo para que él esté allí. -Lamentablemente, la Contessa piensa regresar a Roma dentro de poco. Estaba ansiosa por conocerla antes de marcharse.

Condujo el coche a través de un arco de piedra y llegaron a la gran casa.

Era una construcción de piedra de tres pisos, con los jardines muy

bien cuidados y una fuente delante de la entrada principal. A Flora le pareció que le faltaba el encanto del castello. Pero, ¿sería por las circunstancias?

Ella estaba muy tiesa en su asiento cuando Tonio detuvo el coche.

-Por favor -le dijo-. ¿No podría darle alguna disculpa a su tía y llevarme de vuelta a San Silvestro?

-Imposible, mia cara. No acepta muy bien los desaires.

Salió del coche y le abrió la puerta. La agarró del brazo y sonrió triunfante al observar que estaba pálida y asustada.

Avanti -dijo en voz baja-. Vamos.

Y la condujo escaleras arriba y al interior de la casa.

Capítulo 8

Entrar en aquella casa fue como entrar en una cueva. El pasillo era amplio, pero muy oscuro. La mano de Tonio seguía atenazándole el brazo y empujándola a entrar. Cuando la doncella abrió las puertas del salón, Flora se retorció y se zafó con un gesto de desprecio. Luego entró con la cabeza bien erguida.

La estancia era muy grande, pero llena de muebles y cortinajes que le daban un ambiente opresivo.

La atmósfera también era hostil, y la generaban las dos personas que estaban allí esperándolos.

La Contessa Baressi, era una mujer alta de pelo gris y retenía algo de su pasada belleza. Llevaba las manos llenas de anillos y un broche de diamantes en el elegante vestido negro.

La otra persona estaba mirando por una de las ventanas. Tendría unos veintitantos años, la figura voluptuosa, y una cabellera negra que le caía por encima de los hombros. Podría haber sido bonita si no fuera por su expresión de tristeza. Su cuerpo estaba rígido y retorcía con las manos un fular de seda.

Flora intuyó que esa debía de ser la Ottavia que tanto la había preocupado.

Tia Paolina -dijo Tonio besando la mano de su tía con deferencia-. Permíteme que te presente a la última amiguita de Marco, la signorina Flora Graham.

La condesa le sonrió, pero su mirada fue fría como el acero.

-Me alegro de que haya aceptado mi invitación, signorina. Grazie -le dijo en un inglés con mucho acento.

-Lo dice como si me hubieran permitido elegir -replicó Flora con una mirada desafiante-. Quizá usted pueda explicarme por qué me han traído aquí de este modo.

-¿No le parece normal que desee conocer a los acompañantes de mi ahijado?

-Francamente, no -dijo Flora con firmeza-. Pensaría que no merezco que se fije en mí.

Oyó un sonido como el silbido de una serpiente. -En circunstancias normales, tendría razón. Pero usted, signorina, es algo fuera de lo ordinario. Y usted ha hecho que nuestro encuentro fuera inevitable, créame.

-Entonces debo ser bastante torpe, porque todavía no puedo imaginarme lo que estoy haciendo aquí. La condesa arqueó las cejas.

-Torpe quizá no, aunque sí un poco tonta, como lo suele estar una

mujer cuando se ha enamorado de un hombre. El encanto de mi ahijado la ha embrujado hasta el punto de que ha podido romper su compromiso para seguirlo a otro país -y añadió riendo-: Tanta devoción y todo para nada...

El corazón de Flora dio un vuelco. Al parecer, la Contessa sabía mucho sobre los acontecimientos recientes, aunque desde una óptica sesgada.

-Creo que eso es asunto nuestro, de Marco y mío.

-Ah, no. Nunca fue algo tan exclusivo, créame. ¿Sabía que Marco estuvo comprometido para casarse?

-Sí -Flora intuyó hacia donde llevaba la conversación-. Pero tenía entendido que el compromiso también se había roto.

-Desgraciadamente, sí -reconoció la Contessa-. Era una pareja perfecta, arreglada desde que los dos eran niños.

Flora miró a la mujer que estaba junto a la ventana.

-Solo que su fidanzata prefirió a otro hombre.

La Contessa retrocedió como una cobra preparada a atacar.

-Como usted, pobre niña, fue seducida y traicionada por la pasión. Y a causa de eso ha malogrado su vida. Ha echado a perder sus posibilidades de verdadera felicidad.

-Lo siento -Flora permaneció firme, pero no sé cómo me concierne todo esto. Y ahora, me gustaría irme a casa.

-¿A casa? ¿Es así como considera al castello? Es usted muy atrevida, signorina.

-Solo era una forma de hablar.

Después de un silencio, la Contessa prosiguió. -Sea amable y díganos cómo conoció a mi ahijado.

-Dio la casualidad de que comimos en el mismo restaurante. Cuando salía, alguien intentó quitarme el bolso y Marco vino en mi ayuda.

-Ah -dijo la Contessa-. Al menos eso salió como estaba planeado.

Flora se quedó boquiabierta.

-¿Planeado? ¿De qué está hablando?

-Sí -la Contessa estaba pensativa-. Me temo que sí es bastante torpe. Como verá, su encuentro con Marco ese día no fue por casualidad. Él la siguió hasta el restaurante y representó esa pequeña comedia. ¿Sabe por qué? -Flora no podía hablar y tenía el pecho a punto de estallar-. Dígame, signorina, lo que dijo su fidanzato cuando la encontró con Marco en aquel hotel? Debía de estar muy furioso. ¿Intentó pegarle, o hacer una escena terrible?

-No -balbuceó Flora, anonadada.

-¿Y no le pareció extraño que un hombre al que usted se había

prometido para casarse permitiera que un extraño se la robara sin protestar?

-Yo.., supongo que él tenía sus motivos.

-Sí. Él tenía sus motivos -la chica de la ventana habló por primera vez, acercándose rápidamente a Flora-. ¿Quiere que le diga cuáles eran? ¿Quiere que le cuente que en cuanto vio a Marco, en cuanto oyó su nombre, supo exactamente quién era y por qué estaba allí? Y por eso se fue avergonzado -tomó aliento-. Porque Cristoforo es un hombre mentiroso, sin honor.

Flora trataba de mantener su sangre fría, pero sintió que se derrumbaba.

-Usted..., ¿conoce a Chris?

-¿No le habló de mí? Yo sabía que no lo haría -el idiota, el cobarde -escupía las palabras y Flora retrocedió-. ¿No le contó que nos conocimos en las Bahamas, durante las vacaciones, y que desde el momento en que nos vimos nada ni nadie más nos importaba? Que fuimos amantes. Y mucho más que amantes, porque puse mi vida a sus pies -su voz temblaba de emoción-. Yo creía que sus sentimientos eran como los míos y que estaríamos siempre juntos. Él hizo que lo creyera, pero mintió. Durante la última noche que pasamos juntos, cuando le ofrecí volver a Londres con él para decirle a usted la verdad; que ya no la quería, fingió una gran sorpresa. Incluso se rio. Dijo que no tema intención de romper su compromiso porque usted le convenía y porque no quería una esposa que le exigiera mucho -su voz aguda delataba que estaba histérica-. Dijo que lo que habíamos compartido no era más que un entretenimiento, un romance de vacaciones, y que lo sentía mucho si yo, Ottavia Baressi, lo había tomado tan en serio. Fue tan cruel, más de lo que se puede imaginar. Me dijo que lo mejor que podía hacer era olvidar todo lo que había pasado entre los dos y volver a mi fidanzato. Seguir con mi vida como él pensaba hacer con usted. Y cuando después traté de telefonearlo a Londres para hablar con él, para razonar con él, no quiso hablar conmigo.

Flora aventuró con cautela:

-Pero, ¿por qué hizo eso cuando él había dicho con tanta claridad cuál era su postura? ¿Por qué no lo olvidó e intentó que su... su compromiso funcionara?

-Porque estaba esperando un hijo suyo. Pensé que si lo supiera, cambiaría de opinión y se daría cuenta de que nos pertenecíamos el uno al otro.

-¿Usted estaba esperando un bebé suyo? Entonces, él tuvo que decirle algo -Flora pensó que todo eso había estado sucediendo y ella no se había enterado de nada. De nada.

-Se puso tan furioso... Me gritó y me llamó mentirosa y muchas cosas más. Dijo que yo era una sciattona, una furcia, que se acostaba con cualquier hombre y que no había prueba de que el bebé fuera suyo. Que él no era tonto y que, si era necesario, pleitearía conmigo en los tribunales y armaría un gran escándalo. Luego se rio y dijo que siempre podría echarle la culpa al signor Valante y adelantar la boda.

»Pensaba que yo iba a hacer eso, añadir eso a la deshonra que le había llevado a mi familia y a Marco. Fue entonces cuando supe que tenía que vengarme. Tenía que herirlo y destruir su vida, como él había hecho con la mía. Y puesto que me había dejado para volver con usted, decidí que usted también tenía que saber lo que era ser traicionada y abandonada por un hombre que ha fingido amarla.

Flora apretó los puños y se clavó las uñas tratando de controlarse. Su voz fue tenue y fría.

-Y Marco..., ¿estuvo de acuerdo con eso? No la creo.

Los ojos de Ottavia brillaron de satisfacción. -No. Igual que yo creía que Cristoforo no me dejaría nunca. Las dos nos equivocamos, signorina. Pero Mamma es la madrina de Marco, y eso en Italia es muy importante. Ella lo hizo ver que era su deber vengarme a mí, y también a su honor. Y que Cristoforo se enterara de lo que había hecho y por qué -el tono de Ottavia era casi triunfal-. Así que fue a su encuentro, Flora Graham. Y el resto ya lo sabe. Flora sentía que se le doblaban las rodillas y temía que se iba a desmayar a los pies de Ottavia.

-Usted tuvo su venganza, signorina Baressi, y estoy segura de que Marco se lo informó. Pero, ¿era necesario decirme todo esto?

-Sí -espetó Ottavia-. Porque se suponía que Marco la iba a dejar en Londres, para que repasara su lujuria y su estupidez. Pero la trajo aquí, a su hogar. Y no le dieron una habitación de invitados, como a sus otras fulanas. No. Usted fue a dormir con él, en su propio dormitorio, en la cama en la que él nació y, antes de él, su padre y su abuelo. El lugar que yo debería ocupar como su esposa. Ninetta, que solía trabajar para Mamma, nos lo ha contado todo. Nadie en San Silvestro puede creer tamaña tropelía. Ha escandalizado a todo el mundo. Y ahora que él está ausente, usted da órdenes como si fuera la dueña de la casa y no solo su querida, un capricho que parece que se apaga, si es que existió alguna vez.

Flora temblaba por dentro con tanta violencia, que creyó que se iba a derrumbar, pero no podía permitírselo. Contestó desafiante:

-¿Por qué si no estaría yo aquí?

La Contessa se encogió de hombros.

Tal vez sienta compasión por usted. O quizá le está agradecido por

su generosa colaboración. Estoy segura de que su disposición a compartir su cama debió de divertirlo, y a mi ahijado le gusta divertirse. Pero su utilidad terminó en Inglaterra. Nunca debió traerla aquí.

-Tal vez será mejor que se lo diga.

-Oh. Tenemos muchas cosas que decirle. No se equivoque, señorita Graham -se volvió hacia Tonio-. Nuestra invitada está impresionada. Tráele un poco de brandy.

-No quiero nada, excepto irme de aquí.

La Contessa se acomodó en su silla, estudiando a Flora.

-No dudo de que está ansiosa por regresar al castello para enfrentarse a Marco cuando regrese y rogarle que le diga que nada de esto es cierto. Si es así, sufrirá una decepción y se sentirá más humillada aún de lo que ya está -hizo una pausa-. Pero hay una altemativa -chasqueó los dedos y Tonio le pasó una carpeta que había sobre una mesa-. Aquí hay un billete de avión para Inglaterra para un vuelo que sale esta noche. Si quiere aprovecharlo, mi sobrino la llevará al aeropuerto. Yo misma le diré a Marco que usted ya lo sabe todo y que ha regresado a Londres. Cuando se haya marchado, todo el asunto quedará olvidado -extendió la mano-. Tómelo, signorina. Tenga un poco de sentido común. Aquí ya no hay nada para usted.

El impulso de Flora era romper el billete y tirárselo a la cara a la Contessa. Pero no podía permitírselo. Le habían ofrecido una salida y necesitaba utilizarla aún a costa de su orgullo.

Pero ya no le quedaba orgullo. La habían manipulado cruel y cínicamente y su amor propio estaba por los suelos. Estaba cansada y le dolía el corazón. Y tan angustiada, que no podía llorar.

-Mi ropa, mis cosas... están en el castello -balbuceó casi sin voz.

-No. Están aquí. Pensé que entendería qué era lo que más le interesaba y le dije a Ninetta que hiciera su equipaje y lo trajera aquí. Puede marcharse tan pronto como desee.

Flora alzó la cabeza.

-Creo que cuanto antes, mejor, ¿no le parece? -Entonces, addio, signorina. No creo que volvamos a vernos. Su participación en este asunto fue una necesidad desafortunada que ya ha terminado. -Signorina Flora -Tonio estaba en la puerta, la tenía abierta para que ella pasara.

Cuando llegó a ella, Flora se volvió a mirar a Ottavia, estudiando su figura.

-Dígame, ¿qué pasó con el bebé? Ottavia contestó con altanería:

-Decidí no tenerlo. ¿Acaso cree que una Baressi iba a dar a luz a un hijo ilegítimo?

-Después de hoy -replicó Flora-, yo diría que los Baressi son capaces de cualquier cosa.

«Y también los Valante», pensó. «Oh, Marco... Marco...»

Respiró profundamente y, sin decir nada ni mirar atrás, caminó por el oscuro pasillo hacia el deslumbrante sol del exterior.

El trayecto al aeropuerto parecía interminable. Iba sentada al lado de Tonio en una especie de estupor, con las manos entrelazadas tan fuertemente que le dolían los dedos.

-No está muy entretenida, cara -comentó su acompañante tras varios kilómetros.

-Me parece que se me ha extraviado el sentido del humor.

-No debe amargarse porque se hayan acortado sus pequeñas vacaciones al sol. No podíamos permitir que siguiera aferrada a sus falsas ilusiones. Algún día nos lo agradecerá.

-Es posible -repuso Flora-. Pero discúlpeme si ahora no me siento henchida de gratitud.

Tonio se rio.

-No es demasiado afortunada con sus hombres, ¿verdad, carissima? Su fidanzato la traiciona y su amante la utiliza solo para vengarse. No es una situación demasiado alegre para usted.

-Tampoco ha sido una ocasión de gran alegría para su prima Ottavia -contestó Flora en tono cortante al recordar la expresión de Ottavia. Y se dio cuenta de que no había pensado ni una vez en el comportamiento de Chris.

-Oh, Ottavia sobrevivirá -dijo él con despreocupación-. Tiene el nombre de los Baressi y dinero que la respalde. Y después de todo, no ha habido un escándalo público. Mi tía es una mujer muy cauta.

-Ya lo creo.

Tonio puso un tono confidencial.

-Creo que todavía espera poder convencer a Marco para que recuerde los lazos que hay entre las dos familias y reanude su compromiso con Ottavia. Flora se quedó mirándolo.

-¿De veras cree eso? ¿Después de todo lo que ha pasado?

-¿Por qué no? Desde el principio no fue un compromiso por amor. En realidad, a Marco no le importan las mujeres más que como decoración, para lucirlas en público. Y, claro, le gustan sus cuerpos... pero eso es todo -se encogió de hombros-. Ya era hora de que se casara y, para él, todas las mujeres son iguales. Esa debió de ser su única razón para comprometerse con Ottavia. Es muy hermosa, es cierto, pero es tan exigente...

-¿Entonces no va a ofrecerse a consolarla? -replicó Flora con frialdad.

El se rio.

Nunca he sentido esa tentación. Pero usted, carissima, es otra historia -dijo mirándola de soslayo-.

Podríamos cambiar su billete para una fecha posterior. Italia tiene muchas cosas bellas y yo estaría encantado de hacer de guía suyo. ¿Qué le parece?

-No creo que de verdad quiera saber lo que me parece -de pronto se percató de que la mano de él se deslizaba hacia su rodilla y se puso tensa-. Y si me pone un solo dedo encima, signore, le partiré la cara.

-Usted se lo pierde, no yo, dijo él encogiéndose de hombros y sonriendo-. Pero, claro, de todos modos, usted es una perdedora, signorina Flora.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Al llegar al aeropuerto, Tonio sacó de su chaqueta un sobre y se lo tendió a Flora.

-¿Qué es eso? -Flora no hizo ademán de agarrarlo.

-Otro regalo de mi tía -abrió un extremo del sobre para mostrar una buena suma de billetes-. Ella es consciente de que Marco habría sido generoso con usted al despedirse y no quiere que usted sufra económicamente por su intervención. Esto se lo ofrece como compensación.

-Ella piensa en todo -Flora abrió su puerta-, pero yo no estoy en venta.

Tonio salió y le sacó la maleta del maletero. -Oh... yo creo que sí que la han vendido, Flora mia... Y por treinta monedas de plata. Ciao, baby. Ella oyó arrancar el coche y caminó hacia el pasillo principal. Entonces, solo entonces; dejó escapar una lágrima.

-Estás horrible -dijo Hester en un tono mezclado de candor y preocupación.

-Gracias por subirme la moral -contestó Flora.

-Lo digo en serio -Hester le pasó una taza de café recién hecho-. Desde que volviste de ese viaje a Italia, pareces medio muerta. Lo que cenaste hoy no habría alimentado a una mosca, y no es la primera vez. Si adelgazas más, vas a desaparecer. Y no pienses que no te oigo ir y venir por la habitación todas las noches cuando deberías estar durmiendo.

Flora la miró preocupada.

-Oh, Hes, ¿no te dejo dormir? Lo siento. Quizá ya es hora de que me busque mi propio apartamento.

-No. No lo es -dijo Hester, tajante-. Prefiero tenerte aquí, donde pueda vigilarte. Pero me gustaría saber qué es lo que te ha puesto de

esta manera. Flora miró su café.

-Tengo muchísimo trabajo y estoy agotada. Eso es todo. Desde que regresé, el teléfono no para de sonar. Si sigue así, tendré que pensar en contratar a alguien más.

-Y bien... ¡Oigamos lo que tiene que decir la mujer de negocios del año! -Hester la miró con ironía-. Entonces, ¿por qué no estás dando saltos de alegría en lugar de que parezca que la ruina y la miseria te amenazan? -luego añadió con afecto-: Sé sincera, cariño. ¿Echas de menos a Chris? ¿Es eso? Ya sé que nunca me parecisteis la pareja perfecta, pero ahora me pregunto si no te empujé a hacer algo de lo que ahora te arrepientes.

Flora se esforzó por sonreír.

Tú no me empujaste. Yo salté sola. Y no tengo remordimientos. Me di cuenta de que mis sentimientos hacia Chris, como mucho, eran tibios. Además, no era el hombre que yo creía que era. Fin de la historia.

-¿De verdad? -el tono de Hester parecía escéptico-. Me da la impresión de que me he perdido algunos capítulos esenciales, pero no voy a entrometerme. De todos modos, me gustaría saber qué es lo que yo puedo hacer para ayudarte.

-Ya lo has hecho -dijo Flora con dulzura-, dejando que me traslade aquí contigo mientras vendo mi apartamento... y no haciéndome preguntas.

«Algún día te lo contaré todo», pensó, pero no estaba segura de que pudiera contarlo, ni siquiera a Hester, su mejor amiga.

¿Cómo podría confesarle a alguien que había hecho un ridículo tan monumental? Y lo que era peor, ¿cómo iba a reconocer que, por mucho que lo intentara, no podía borrar a Marco Valante de su mente ni de su corazón?

Sentía vergüenza por el anhelo que todavía le causaba pensar en él; el deseo la perseguía día y noche y no la dejaba dormir.

Habían transcurrido seis semanas desde su regreso de Italia y aún no podía relegarlo al pasado ni olvidar su traición.

Cada día esperaba que él la llamara, que defendiera lo indefendible o, al menos, le pidiera disculpas. Pero no le había escrito ni la había llamado.

Quizá se había cansado de jugar con ella y se alegraba de la intervención de su madrina.

Después de dos semanas de silencio, Flora había ido a casa de su prima Vittoria para encontrarse con el camión de mudanzas de los nuevos propietarios.

Vittoria había desaparecido. Pero si hubiera estado allí, ¿qué

podría haberle dicho?: «¿está bien Marco? ¿Es feliz?»

«Qué patético», se dijo, puesto que él no había tenido problemas en olvidarla por completo.

Lo primero que hizo a su regreso fue poner a la venta su apartamento y cambiarse de oficina. No podía resistir vivir con los recuerdos que le traían.

También se había encontrado con un montón de mensajes de Chris. Se obligó a marcar su número y escuchar sus vehementes ruegos de que se encontraran para hablar.

-Creo que deberías decirle todo esto a Ottavia Baressi -le dijo en un tono frío como el hielo, y le colgó el teléfono.

A pesar de la insistencia de Hester, Flora sabía que era hora de empezar a buscar otro lugar para vivir. Sally no tardaría en volver y querría recuperar su habitación.

«Tengo que olvidar el pasado y seguir con mi vida», se dijo. «Voy a actuar positivamente. Mañana empezaré a buscar un apartamento».

Pero por la mañana se sentía tan mal, que pensó en reservar un lugar en el cementerio.

-No puede ser nada de lo que he comido, porque hemos comido lo mismo y tú estás bien -dijo al salir del baño, pálida y temblorosa-. Debo de haber pillado algún virus.

-Sin duda -convino Hester-. Espero que te mejores.

Y Flora se mejoró. Lo suficiente como para ir a la oficina y trabajar todo el día, aunque le repugnó el inofensivo sándwich de su almuerzo.

-Qué raro, ¿no? -le comentó a Hester por la noche. -Extraordinario -dijo Hes y le lanzó una bolsa de farmacia-. Toma, prueba esto.

Flora abrió el paquete y se quedó perpleja. -¡Pero esto es una prueba de embarazo!

-Bien -dijo Hester-. Temía que lo hubieran cambiado por el premio misterioso. Dentro encontrarás las instrucciones.

Flora soltó el paquete como si quemara.

-No.

-Como quieras -dijo Hester encogiéndose de hombros-. Pensé que era una posibilidad que querrías eliminar -la miró muy seria-. ¿No te parece?

-Sí -Flora se mordió el labio-. Supongo que sí, maldita sea.

Antes de comprobar el resultado, Flora ya sabía que sería positivo. Su ciclo se había alterado y ella le había echado la culpa a la tensión y al disgusto, pero se daba cuenta de que se había estado engañando a sí misma.

Al mirar el resultado, tuvo que agarrarse al lavabo para no caerse, pues sintió que todo le daba vueltas. Se puso una mano sobre el

vientre pensando: «el hijo de Marco. Voy a tener un hijo de Marco». Y sintió alegría y angustia a la vez.

Salió del baño y volvió a la sala de estar.

Al ver su palidez y que temblaba, Hester la ayudó a sentarse y le hizo una taza de té bien caliente.

-Me parece que tendrás que hablar con Chris, cielo, aunque no quieras -le dijo con cariño.

-¿Chris? -Flora la miró fijamente-. ¿Qué tiene que ver Chris con esto? Ah, ¿tu pensaste...?

-Una suposición muy razonable, bajo las circunstancias... -Hester acercó una silla y la miró inquisitivamente-. Pero, al parecer, totalmente equivocada. Supongo que estás insinuando que este bebé es el resultado de tu tórrido romance con el atractivo italiano. No puedo creerlo. Casi siento lástima de Chris. -Pues no lo hagas -exclamó Flora-, porque yo no empecé esta historia. Verás. Descubrí que Chris había conocido a alguien mientras estaba de vacaciones en las Bahamas.

-Y decidiste que era miel sobre hojuelas. Poco inteligente, mi niña.

-No. No fue así. En realidad, solo supe lo de Chris después.

-¿Vas a decirle a Marco Valante que le espera la paternidad?

-No vale la pena. Ya no forma parte de mi vida. Fue un terrible error, pero ya ha terminado.

-No del todo, puesto que tuvo consecuencias. Flora sonrió.

-Solo una, espero. Y como es mi problema, yo me enfrentaré a él.

Hester se quedó pensativa.

-¿Qué vas a hacer? ¿Solicitar un aborto?

Flora recordó a Ottavia Baressi intentando esconder una pesadilla detrás de palabras desafiantes, y se rodeó el cuerpo con los brazos como para proteger la pequeña vida dentro de ella.

«¿Cómo podría hacer eso con un hijo de Marco?», pensó con tristeza,«cuando es todo lo que podré tener de él?»

-Ya sé que eso sería la solución más razonable -dijo en voz alta-. Pero nunca he sido demasiado razonable. No puedo hacerlo, Hes.

Su amiga gesticuló.

-Piénsalo bien, cariño -la apremió-. Es cierto que tienes un trabajo y un hogar, y que estás en mejor posición que muchas mujeres en tu situación. Pero no es nada fácil educar a un niño sola. Incluso con el apoyo del padre, surgen muchas dificultades. ¿Estás segura de que no deberías decírselo a tu italiano?

-No -aseveró Flora-: Eso es imposible, y él no es «mi italiano».

-De acuerdo, ¿pero no crees que tiene derecho a saber que habéis creado una vida juntos?

-No. Ese derecho lo ha perdido por completo. Y por favor, no me pidas que te lo explique.

-Me callaré ahora mismo -dijo Hester-. Pero sé de mucha gente que no lo hará. Empezando por tu madre.

-Ay, Dios -dijo Flora, apesadumbrada-. Por el momento, ni siquiera me habla.

-Bueno... eso es una ventaja. Sigue así y el bebé estará en la universidad antes de que se entere.

A pesar de toda la angustia y el temor que la amenazaban, Flora se sorprendió a sí misma soltando una carcajada.

Capítulo 9

Flora salió del centro médico y se detuvo a buscar las gafas de sol dentro del bolso. El ido del tráfico era ensordecedor, pero ella no lo oía porque estaba encerrada en sí misma.

No había ninguna equivocación. Era cierto.

Su médico le había confirmado que estaba embarazada y la había asesorado sobre los aspectos prácticos: el seguro, el hospital, la comadrona:.. También le había dicho que sus mareos pasarían en uno o dos meses.

Su mente aún estaba dándole vueltas a la idea de que el hijo de Marco estaba creciendo dentro de ella. Tenía que asimilarlo antes de pasar a otros asuntos.

Y había varios asuntos que atender. El agente inmobiliario la había llamado. Una pareja estaba interesada en el apartamento y quería saber si quería vender parte de sus muebles.

-¿Los quieres vender? -había preguntado Hester.

-Creo que sí. Puede ser bueno hacer limpieza y empezar desde cero. Después de todo, ya no busco un escaparate para mi trabajo, sino un hogar familiar.

-Bueno. Veo que ya lo vas aceptando -había dicho su amiga.

Posiblemente, porque lo de esperar un bebé no le parecía nada comparado con el impacto de sus experiencias recientes.

-Es todo fachada. Por debajo, estoy hecha un flan de inseguridad.

Pero la venta del apartamento era un paso positivo y, a lo mejor, los Morgan comprarían la cama. Flora pensó que no soportaría dormir nunca más en ella, aunque posiblemente fuera allí donde Marco y ella habían concebido al bebé.

Después de aquella noche de increíble frenesí, Marco siempre había puesto cuidado en usar protección.

Miró el reloj y bajó de la acera para buscar un taxi. El agente había sugerido que tratara la venta de los muebles directamente con los Morgan y habían quedado para esa mañana.

Hizo una lista del contenido del apartamento y le puso precios. En otra lista anotó las pocas cosas que quería conservar.

«Acabemos de una vez», se dijo mientras le daba la dirección al taxista. «Luego podré empezar planes nuevos».

Le costó entrar en el apartamento. Había sido su espacio, pero solo le recordaba a Marco. Chris había pasado allí más tiempo, pero no había dejado la misma huella.

Marco parecía estar presente en todas partes, abrazándola,

besuqueándola en el cuello, compartiendo el baño y, sobre todo, haciéndole el amor con maestría en el dormitorio.

Había pasado a formar parte del ambiente, y a constituir parte esencial de su vida y su felicidad. ¡Vaya, si había sido inteligente! O ella había sido una completa idiota, que quería creer en el cuento de hadas.

Fuera lo que fuera, ella había aprendido una lección y su vida tendría que tomar un rumbo distinto. El contestador automático estaba parpadeando y apretó con desgana el botón de escuchar.

Solo había tres llamadas. La primera, de una amiga que se había enterado de la ruptura. La segunda, de su hermanastra, preguntando furiosa si había recapacitado y que quién iba a pagar el traje de paje de su hijo. Y la tercera era de Chris, con tono razonable, reconociendo que aunque ambos se habían comportado mal, podían echarlo todo en el olvido y comenzar de nuevo.

Flora lo escuchó indignada y apretó el botón de borrar mensajes. Tendría que convencerlo de que no la volviera a llamar nunca más.

Había pensado que mencionar a Ottavia sería suficiente para mantenerlo alejado, pero se había equivocado.

Todavía estaba furiosa cuando sonó el timbre de la puerta. Se arregló un poco para no asustar a los Morgan y abrió la puerta.

Se quedó helada, en estado de shock, al ver quién estaba en la puerta.

-Buon giorno -al oír la voz de Marco, despertó de su estupor. Agarró la puerta para cerrársela en las narices, pero él fue más rápido y fuerte, y entró-. Ahora ya puedes cerrar la puerta -dijo con suavidad.

-Vete de aquí. Vete ya o llamaré a la policía. Les diré que forzaste la puerta.

-¿Sin ninguna prueba? Creo que no. Yo les diré que solo es una pelea entre amantes y veremos a cuál de los dos van a creer.

-No puedes quedarte -dijo Flora-. Estoy esperando una visita -hizo una pausa-. ¿Estoy o no? -respiró profundamente-. Por favor, no puedo creerlo. Me has vuelto a hacer caer en la misma trampa. El apartamento no está vendido. ¿Cierto? Solo ha sido otro truco tuyo y los Morgan ni siquiera existen.

-Es cierto que existen y también que van a comprar el apartamento. Pero, lamentablemente, no los muebles. En eso nosotros exageramos un poco.

-¿Nosotros? -repitió Flora-. Un embustero redomado como usted, signore, no necesita cómplices. -Si esperas conseguir que me enfade y me marche, te equivocas. He venido a hablar contigo, Flora mia, y no voy a irme hasta que lo haya hecho -hizo una pausa-. Pero no en el

pasillo. Vayamos al salón. Flora no se movió.

-Puedes hablar, pero yo no tengo por qué escuchar.

-No me obligues a que te lleve, mia cara.

Su indecisión se esfumó. «Llevar» significaba «tocar», y ella no podría resistir que la tocara.

Se dirigió hacia el salón y se quedó junto a la ventana.

Marco entró y se quedó mirándola. -Estás más delgada.

-Por favor, no te preocupes, porque es algo puramente temporal, te lo aseguro.

-¿Has estado enferma?

-No. Acabo de hacerme un chequeo y tengo una salud excelente -alzó la cara desafiándolo-. Siento decepcionarte si pensabas que iba a consumirme o a suicidarme. Qué golpe para tu orgullo masculino enterarte de que sigo adelante con mi vida.

-¿Por qué decidiste vender el apartamento?

Ella se encogió de hombros.

-El lienzo en blanco ya no me parece apropiado. ¿Es eso todo lo que tienes que decirme? ¿Por qué no le dijiste a tu detective privado que me diera un cuestionario para que yo señalara los recuadros adecuados?

-Un recuadro no me diría lo enfadada que estás conmigo.

-No, pero me habría ahorrado este encuentro. ¿Por qué has venido? Deberías saber que no querría verte nunca más.

-Sí -reconoció él-. Tenía miedo de que fuera así. Fue por eso que retrasé el venir a verte. Confiaba en que, si te daba tiempo, tú me darías la oportunidad de darte explicaciones.

-No es necesario. Tu madrina me dio todas las explicaciones necesarias. Lo sé todo, signore, así que puedes marcharte por donde has venido.

-Estás obcecada en no escucharme, después de todo lo que hemos sido el uno para el otro.

-Yo sé lo que fuiste para mí -dijo Flora, cortante-. Gracias a la Contessa, ahora sé todo lo que yo fui para ti. No hay nada más que hablar.

-Hay mucho más. Y yo iba a decírtelo a mi regreso de Milán. Iba a decírtelo todo, a confesar y pedir tu perdón. Pero me encontré con que te habías ido y todos los demonios andaban sueltos.

-Oh, por favor -se puso furiosa al notar que estaba temblando-. ¿Se supone que tengo que creer todo eso? No me cuentes más mentiras, Marco. No voy a dejar que me dejes por idiota otra vez.

-No dijo él con amargura-. Yo he sido el idiota y mucho peor que eso. ¿Para qué iba a fingir otra cosa?

-Para nada. Pero fingir es lo que hace mejor, signore, y es difícil cambiar de costumbres.

-Y ya que hablamos de fingir, signorina, ¿pretendes mantener que no esperabas que viniera a buscarte? ¿Y que no queda nada en tu corazón de esa pasión, ese anhelo que compartimos?

-Su engreimiento, signor Valante, solo puede compararse con su arrogancia -Flora estaba furiosa. -Eso no es una respuesta.

-Es la única que vas a recibir.

La risa de Marco sonó ronca y dolida.

-Entonces voy a hacerte otra pregunta. Flora ¿querrás ser mi esposa?

Flora sintió que todo le daba vueltas y se desplomó en el suelo.

Cuando volvió en sí, estaba acostada sobre el sofá y Marco estaba arrodillado junto a ella con un vaso de agua.

-Bébete esto -le ordenó y ella obedeció. Él la miraba con una expresión de tristeza en sus ojos.

-Y decías que no estabas enferma...

-No lo estoy -Flora le devolvió el vaso y se incorporó-. He tenido una impresión muy fuerte. Eso es todo.

-¿Acaso resulta tan chocante recibir una propuesta de matrimonio?

-De ti sí -podía sentir las lágrimas agolpándose en sus ojos-. Pero, en realidad, ¿por qué iba a sorprenderme? Ya es hora de que te cases, ¿no? Tu filosofía es que tanto vale una mujer como cualquier otra. Así es como piensas, según me han dicho. Sé sincero, signore.

El guardó silencio unos instantes.

-Puede que antes eso fuera cierto. Pero ya no. -Entonces, ¿de qué se trata ahora? -la mirada de Flora era fría y dura-. ¿Un intento tardío de borrar la culpa de tu conciencia? ¿Ofrecerme una recompensa por el modo en que me trataste?

-Te quiero -dijo él en voz baja-. Y juré que removería el cielo y la tierra para recuperarte.

-Solo que no crees que sea necesario llegar a tanto -le espetó ella-. No sabiendo que yo fui tan incauta y manipulable la primera vez. Crees que solo tienes que sonreírme y agarrarme de la mano y que yo te seguiré adonde sea. Pero esta vez no, signore. Porque no voy a participar en tu juego. He cambiado y voy a decirte una cosa: preferiría morirme a dejar que me tocaras, ¡bastardo!

Hubo un largo silencio; Marco se puso en pie y dijo con la mirada fume y el rostro moreno impasible:

-Ah... Entonces estoy de acuerdo contigo, Flora mia. No hay nada más que decir y te. dejaré en paz para que disfrutes de tu vida -cuando iba hacia la puerta, sonó el teléfono -. ¿Quieres que conteste por ti?

-El contestador tomará el mensaje.

Se oyó un clic y una voz de mujer, clara y agradable, llenó la habitación.

-Soy Barbara Wáyne, señorita Graham, la matrona del centro médico. El doctor Arthur me pidió que la llamara y concertara una cita preliminar. Quizá pueda llamarme y sugerir una fecha, por ejemplo, a principios de la semana próxima. Gracias.

Flora se había quedado de piedra escuchando la cinta. El corazón le latía aceleradamente y no se atrevía a mirar a Marco. Por cinco minutos, él se habría ido, no se habría enterado de nada y ella estaría a salvo.

Cuando él habló, su tono era lejano, con el interés educado de un extraño.

-¿Es cierto? ¿Llevas a mi hijo en tu vientre?

-¿Qué te hace pensar que es tuyo? -ella estaba temblando.

-¿Ahora quién está jugando? -el tono de su voz la hizo estremecer-. No te andes con evasivas ni me mientas. ¿El hijo que esperas es nuestro?

Ella cerró los ojos.

-Sí.

-Por fin algo de sinceridad -hubo otro silencio y él suspiró-. Bueno, aunque yo sea un bastardo, como tú dices, Flora mia, no permitiré que mi hijo nazca bastardo. Tú y yo nos casaremos tan pronto como se pueda arreglar.

-¡No! -ella se puso en pie-. No lo haré. Tú no puedes obligarme.

Él sonrió con tristeza

-Creo que sí puedo, mia bella. Ya, me has dejado bien claro que me encuentras repugnante. Pero nuestro hijo nacerá con la protección del matrimonio -su tono se endureció-. Lo que ocurra después será cuestión de negociarlo, pero no incluirá las exigencias normales de un marido a su esposa.

-Al diablo con tus negociaciones -Flora aún temblaba-. Yo digo que no.

-¿Quieres renunciar al bebé? -preguntó Marco con frialdad-. ¿O quieres que pelee contigo por su custodia, con la consiguiente publicidad que eso significa? Porque te garantizo que perderás.

-No puedes hacer eso. Los jueces favorecen a las madres.

-No siempre. ¿Acaso puedes arriesgarte o costearte una larga batalla legal? No lo creo -hizo una pausa-. Pero si te casas conmigo, prometo manteneros a ti y al niño a cambio del derecho de visita. Ni siquiera te pediré que vivas bajo mi mismo techo después del nacimiento. Y a su debido tiempo, podemos divorciarnos

discretamente.

Flora sentía una terrible opresión en el pecho, como si alguien la estrujara y le sacara hasta la última gota de sangre. Dijo con amargura:

-Me traicionaste una vez. ¿Cómo puedo confiar en ti ahora?

-Porque no me acuesto con mujeres que no lo desean, cara. Como mi esposa y madre de mi hijo, te respetaré, pero nada más -hizo una mueca burlona-. ¿Quieres que mis abogados redacten un compromiso por escrito?

-No. No será necesario.

-¿Debo entender que estás de acuerdo con mis condiciones?

-No parece que tenga mucha elección.

-Pero esto sí lo puedes decidir. ¿Quieres una boda a lo grande o pequeña?

-Una boda pequeña, y lo más discreta posible . -alzó la cara-. No me siento orgullosa de lo que voy a hacer.

-Tampoco es lo que yo desearía. Pero tenemos que tener en cuenta lo que sea mejor para el niño que hemos engendrado.

Flora fue hacia la ventana y se quedó mirando a la calle.

-¿Has pensado en lo que tu madrina va a decir de todo esto?

-Sus opiniones no me interesan -dijo cortante-. En todo caso, va a deshacerse de su villa y regresar a Roma, así que no tendrás que verla nunca más.

-Pero tú..., ¿esperas que viva en el castello?

-Es una tradición que los hijos de los Valante nazcan allí. Estoy seguro de que ya lo sabías.

«Sí, en esa cama enorme con dosel que hay en la torre, sobre la que fuimos amantes», pensó Flora. «Dios mío, no podría resistirlo».

Sin mirarlo le dijo:

-Supongo que pasarás la mayor parte del tiempo en Milán.

-Naturalmente. No seré el primer marido que utilice el trabajo como excusa para mantener las distancias, aunque no suele ser tan pronto después de la boda.

-No. Supongo que no.

Flora se quedó de espaldas porque no se atrevía a mirarlo. Porque podría mirarla a los ojos y ver toda la confusión, y tristeza y anhelo que sentía a pesar suyo.

Y sabía que si él se le acercaba y la estrechaba entre sus brazos, estaría perdida para siempre. No podía arriesgarse.

Él dijo de pronto:

-Y a tu amiga Hester, ¿cuánto le has contado? -Solo que tuve una estúpida y peligrosa aventura y que, como resultado, ahora estoy

embarazada -sus palabras eran desafiantes. Pensaba lo tonta que había sido en creer que él no iba a encontrarla cuando se le antojara-. También le dije que no quería saber nada más de ti. Tendré que darle alguna explicación.

-Estoy seguro de que podrás hacer convincente tu cambio de opinión. ¿Quieres que sea uno de los testigos en nuestra boda?

-No creo que pudiera mantenerla alejada aunque quisiera -dijo Flora con una sonrisa forzada. -Quizá deberías dejarme hablar con ella para tranquilizarla de que esta boda es para el bien de todos -titubeó un poco-. ¿Aceptarías cenar conmigo esta noche en mi hotel?

-Gracias. Pero no será necesario -reafirmó su tono-. He aceptado celebrar una boda contigo. Pero eso es todo.

-Como quieras -dijo él con frialdad-. Me pondré en contacto contigo cuando lo haya arreglado todo. -Creo que eso será lo mejor, si no te importa. -¿Por qué iba a importarme? Como tú bien me recordaste, cara, yo soy un filósofo y una mujer es como cualquier otra. Trataré de no olvidarlo otra vez -su tono era sardónico-. Pero quiero advertirte que mi respeto hacia ti como esposa no garantizará necesariamente mi fidelidad. No tengo intención de sufrir de soledad, pero seré discreto. ¿Supongo que podrás aceptar eso?

-Claro -contestó con apenas un hilo de voz.

-Me alegro. Entonces voy a dejarte en paz, como deseas. Arrivederci, Flora mici.

Ella oyó cómo se marchaba y, luego; la puerta que se cerraba.

Fue hacia el sofá y se dejó caer, pensando que había conseguido mantener una distancia segura y eso era un triunfo. Entonces, ¿por qué se sentía como si hubiera sufrido una terrible derrota?

«No tengo intención de sufrir de soledad». Las palabras retumbaban en sus oídos y la hacían imaginar cosas que no quería imaginar. Sobre todo porque se acababa de condenar a sí misma a la soledad para toda la vida. Había hecho lo que tenía que hacer si quería preservar su dignidad, y tendría que vivir con las consecuencias.

Cuando Flora llegó a casa esa noche, Hester estaba intrigada.

-Y bien..., ¿por qué estamos tan ocupadas que no podemos cenar con Marco Valante esta noche? Flora se quedó boquiabierta.

-¿Cómo sabes eso?

-Porque telefoneó hace media hora para decir que lo sentía mucho y que la invitación seguía en pie -miró el reloj-. Y como no parece el tipo de persona que acepta bien un rechazo, tenemos una media hora para embellecernos y llegar allí.

Flora se puso tensa.

-No -dijo descaradamente.

-¿Es un «no» de verdad? O un «podrías persuadirme con paciencia».

-Un «no» de verdad. ¿Cómo se atreve? -Seguramente porque no quiere cenar solo. -No creo que sea tan simple.

-Entonces cuéntamelo. Tienes toda mi atención. Y ya sé que no hay duda de que es el padre del bebé, así que puedes saltarte esa parte.

Flora respiró profundamente. -Vamos a casarnos.

-Bien. Y ¿Cuándo tomasteis esa decisión?

-Hoy. El apareció. Inesperadamente.

-Has escogido bien la palabra. Porque tengo la impresión de que he entrado en un mundo paralelo. ¿O estabas refiriéndote a otro hombre cuando hace veinticuatro horas decías que no querías volver a verlo nunca más?

-No quería... y no quiero. Pero ha averiguado lo del bebé y se niega a que sea ilegítimo. Así que hicimos un trato. Un matrimonio a cambio de apoyo económico y derecho a visitarlo.

-Parece más un contrato de negocios que una relación.

Sí, eso es exactamente lo que es, y nada más. Tras un silencio, Hester dijo con prudencia: -¿Podemos empezar desde el principio? Te conozco desde hace muchos años, Flo, y tú nunca has sido promiscua. Pero este es el hombre por el que, de pronto y de manera espectacular, dejaste a Chris, ¿recuerdas? No solo permitiste al tal Marco Valante que te cautivara e hiciera el amor contigo sin protección, sino que, desde que lo conociste, actúas como si fueras otra persona. Así que no puedes decir que es un contrato de negocios.

-Y también te dije que todo había sido un error desastroso. Por ambas partes. Ahora solo intentamos hacer lo posible por arreglar las cosas.

-¿Y un comportamiento tan civilizado no incluye cenar con él? Me da la impresión de que estás huyendo asustada, Flo.

Flora suspiró.

-Muy bien. Llámalo y dile que iremos. Supongo que se hospeda en el Mayfair Tower.

-Tú sabes que sí -Hester le dio un abrazo-. Además, la comida de allí será mejor que la ensalada con jamón que teníamos pensada. Especialmente ahora que comes por dos.

Flora puso una sonrisa forzada. -Por favor, no me lo recuerdes.

Marco las estaba esperando en el bar y recibió la mirada fulminante de Flora con tranquilidad y sin aire de triunfo.

Al principio, Hester estaba recelosa, pero pronto se sintió cautivada por su irresistible encanto.

Fue un anfitrión impecable y estuvo relajado, gracioso y atento con Flora, pero sin exageraciones, evitando todo contacto físico con ella.

«Debería ser actor», pensó Flora mientras daba un sorbo a su única copa de champán.

El único momento incómodo ocurrió al final de la velada, cuando Marco las acompañó a un taxi. Consciente de las miradas curiosas de Hester, Flora permitió que él le tomara la mano y se la besara.

-Te llamaré mañana, carissima -dijo él con dulzura, y se inclinó y la besó en la mejilla.

Fue solo un leve roce, pero hizo que el cuerpo de Flora se encendiera.

Ella balbuceó algo y evitó su mirada.

-Así que, ¿aún mantienes que este matrimonio solo es un contrato de negocios? -inquirió Hester por el camino.

-Sí -exclamó Flora a la defensiva-. ¿Y qué? Hester alzó los hombros.

-Solo que cuando les preguntaron, nueve de cada diez mujeres dijeron que, si les dieran la oportunidad, le arrancarían la ropa y lo arrastrarían a la cama. Y la décima no dijo nada porque era nonagenaria y corta de vista. Pero Flo, Marco exhala sexo como otros huelen a loción de afeitar. Lo sentí en cuanto lo vi y eso que no iba dirigido hacia mí. También es muy rico y poderoso. Así que, ¿por qué lo mantienes a distancia? ¿Estás completamente loca?

-Ciertamente lo estuve. Y por eso ahora estoy metida en este tremendo lío. Y no pienso seguir por el mismo camino. Nunca... Tengo mis razones, Hester:

-Entonces tengo que admirar tu fuerza de voluntad, aunque no la entienda -le apretó la mano cariñosamente-. Y te deseo suerte, cielo, porque algo me dice que la vas a necesitar.

Esa noche, mientras yacía despierta intentando hacer caso omiso a los deseos de su cuerpo insatisfecho, Flora tuvo que reconocer que Hester seguramente tenía razón.

Capítulo 10

La alianza era de oro, sencilla y poco ostentosa, pero cada vez que Flora movía la mano, se daba cuenta de que la llevaba y de lo que significaba.

Era la esposa de Marco, pero solo legalmente.

Y tenía que admitir que él, hasta ese momento, había mantenido su palabra sobre eso.

Había temido que al regresar al castello tuviera que ocupar las habitaciones de la torre, pero le asignaron otra suite, amplia y soleada, en el ala opuesta.

-Por supuesto, puedes cambiar lo que quieras -le había dicho Marco.

-Es un sitio encantador y no le cambiaría nada -había replicado ella.

Tanta cortesía se vio enturbiada cuando Flora rechazó tajantemente dejar su negocio y Marco se indignó.

-He trabajado muy duro para levantarlo -se enfrentó ella-. Puedo mantener contacto diario por internet y pienso ir a Londres una vez al mes.

-¿Es eso prudente estando embarazada?

-Estoy en perfecta forma -dijo ella-. Y de todos modos, no es un tema negociable. Voy a necesitar mi trabajo para después.

Marco hizo un gesto de contrariedad, y dijo con frialdad:

-No es necesario que trabajes nunca mas. Ya te he dicho que voy a gestionar un arreglo financiero para ti y para el niño.

Flora alzó la cara.

-De todos modos, a mí me gusta mi trabajo, y prefiero mantener mi independencia. Además, ya he contratado a otra persona para no tener que esforzarme mucho durante los próximos meses.

Al llegar al castello, Flora se alegró de saber que Ninetta y su hermano se habían ido a Roma con la Contessa. Además, todos los miembros del servicio, empezando por Alfredo, parecían complacidos con su regreso.

Pronto empezaron a mimarla al darse cuenta de por qué su joven señora a veces estaba indispuesta por las mañanas, y consideraron que la decisión de Marco de dormir solo era una deferencia hacia ella porque estaba preocupado por la fragilidad de su salud. No todos los hombres eran así de considerados en un momento tan delicado.

«San Marco», pensó Flora.

Pero no podía quejarse puesto que él estaba cumpliendo a rajatabla

la condición que Flora había impuesto de no acercarse a ella para nada.

Entre semana, Marco permanecía en Milán y ella, aunque rodeada de gente, se sentía muy sola hasta que él regresaba el fin de semana.

Pero entonces le resultaba muy duro mantener la distancia e imitar su fría cortesía, cuando lo que deseaba hacer era correr a echarse en sus brazos.

Él le había sugerido que, si quería, invitara a su familia a quedarse con ella. Pero Flora había descartado la idea. Después de todo, su madre se había negado a asistir a la boda, convencida de que Marco pertenecía a la Mafia.

Su mayor alegría fue cuando Hester prometió pasar sus vacaciones con ella en el otoño.

Mientras tanto, se dejaba mimar y aceptaba de buen grado las discretas lecciones que Alfredo y su esposa le daban sobre el manejo de una gran casa.

Poco a poco, su cuerpo iba cambiando, adaptándose a su nuevo estado. El eminente ginecólogo a quien Marco la había confiado, mencionó, con mucho tacto, que puesto que el embarazo ya estaba bien establecido, podía reanudar las relaciones maritales.

Flora estaba muy confundida. Marco había aseverado que la había ido a buscar porque la deseaba, pero nunca, ni en los momentos más íntimos, le había dicho que la amaba.

Y el deseo era una cosa transitoria y no bastaba para sostener un matrimonio, especialmente cuando la parte femenina estaba hinchándose como un barril.

Marco no había dado ningún signo de querer romper el acuerdo, y eso solo podía indicar que había encontrado a alguien para compartir sus noches en Milán. Por lo tanto, todo lo que Flora podía ofrecerle era el pequeño ser que crecía dentro de ella y, cuando hubiera nacido, ella sobraría.

El médico le había dicho que intentara estar relajada y tranquila, pero esa idea y los celos la destrozaban. Por ese motivo, se había estado blindando para el futuro, contra el dolor de la separación. Al mismo tiempo, no podía soportar la vergüenza de sentir tanto amor por un hombre que la había tomado y utilizado sólo por venganza.

¿Por qué no la había dejado en paz una vez cumplido su propósito? ¿Por qué la había llevado a su casa y había permitido que se enamorara perdidamente de él? Y luego, cuando la verdad había salido a la luz, ¿por qué no la había dejado en paz para que se recuperara de sus heridas? Por el contrario, la había buscado y condenado a esa media vida que tanta angustia le causaba.

Sus viajes a Londres solo eran una distracción. El negocio iba bien, tenía muchos clientes y la diseñadora con quien se había asociado lo llevaba con soltura. Tanta, que Flora no se consideraba necesaria y sabía que, tarde o temprano, ella querría comprarle su parte. «Seré como una apátrida», pensó.

Cuando Hester fue a visitarla, la acompañaba Andrew, un chico alto y simpático que miraba a Hester con adoración. Flora sentía una tremenda envidia al ver la dicha que sentían.

-La boda será al final de la primavera -reveló Hester-. Para entonces, el bebé habrá nacido y podrás ponerte algo precioso como dama de honor.

-Trato hecho -Flora mantuvo su sonrisa y Hes, intuyendo algo, la abrazó.

-¿Cómo van las cosas? -susurró-. Debo decir que Marco es un anfitrión perfecto.

-Todo va bien - repuso Flora.

Cuando los despedía, notó por primera vez que el bebé se movía.

-Oh -exclamó, tocándose el vientre.

-¿Te encuentras mal? -preguntó Marco.

-No -dijo ella con una sonrisa-. Al contrario, creo que el bebé se ha movido.

Él se acercó a ella con la mano extendida, pero se detuvo. Su expresión era indescifrable.

-Esa es una noticia maravillosa. Espero que no te haga sentir demasiado incómoda.

-No -contestó Flora atajando las lágrimas de decepción que amenazaban con aflorar-. Eso es algo que pasa -le sonrió y entró en el castello. Cuando bajó a cenar, Marco ya se había marchado a Milán.

Ya había entrado el otoño. A pesar de que llovía a menudo, Flora había estado paseando mucho. En una de sus salidas, había encontrado un perrito que la había seguido a casa.

-Es un chucho, signora. Puede estar enfermo -le dijo Alfredo, preocupado.

-Entonces habrá que llamar a un veterinario para que lo examine -dijo Flora acariciando al perrito-. Me pregunto de dónde habrá venido.

-Seguramente de una de las villas alquiladas, signora. La gente no siempre se lleva a sus animales cuando vuelven a casa después de unas vacaciones.

-Qué vileza -exclamó Flora-. De todos modos, me hará compañía, y tendrá mejor aspecto después de un baño y cuando haya comido.

Alfredo se fue murmurando. Poco después, el perro parecía mucho más respetable y, días después, se había aclimatado perfectamente,

tenía un nombre, Mutt, y un sillón para dormir.

-Veremos lo que el signore tiene que decir sobre eso -dijo Alfredo.

Marco no tuvo inconveniente.

-Si me hubiera dicho que querías un perro, cara -dijo, acariciando al perro, que le dedicó una mirada de adoración-, podríamos haber escogido un cachorro con pedigrí.

-Gracias -dijo Flora cortésmente-, pero yo creo que los perros escogen a sus amos, y yo prefiero a mi chucho.

Coincidiendo con la llegada del perro, Marco comenzó a quedarse en Milán también los fines de semana. Eso le confirmaba a Flora que tenía una amante allí.

Pero estuvo en casa para las Navidades y el Año Nuevo, que se celebraron tranquilamente sin las grandes fiestas que Alfredo decía que habían dado otros años.

-Dan demasiado trabajo, signora, y el signor no quiere que usted se fatigue.

«Quizás sea por eso», pensó Flora, «pero creo que no quiere presentarle a su familia ni a sus amigos su esposa temporal sabiendo que serán las únicas Navidades que pasará en el castello».

El regalo de Marco estaba en una caja de terciopelo rojo. Era una sola perla, que a ella le pareció como una lágrima, con cadena de oro. Cuando él se la puso alrededor del cuello, ella tembló al sentir el roce de sus dedos.

Ella evitó cualquier regalo de tipo personal y lo obsequió con una licorera de cristal que había encontrado en un anticuario de Londres.

Él le dio las gracias con una sonrisa evasiva.

En enero, el tiempo era más frío y Flora ya no llegaba tan lejos en sus paseos con Mutt. Se cansaba demasiado porque dormía poco, ya que el bebé se movía mucho por las noches.

A veces los movimientos eran visibles y, una noche, Flora sorprendió a Marco absorto en observarlos mientras ella estaba en el sofá.

«¿Quieres tocar?», anhelaba decirle. «¿Quieres sentirlo?»

Pero él se incorporó y se marchó a su despacho, y el momento pasó sin que lo compartieran.

Un día en que Flora salía de una tienda de ropa para niños, se dio cuenta de que la estaban observando y vio a Ninetta al otro lado de la calle.

Le mencionó el encuentro a Alfredo y este le contestó:

-Han vendido la villa de la Contessa Baressi, signora. Creo que algunos miembros de la familia han venido a retirar sus pertenencias.

-Oh.

-Pero no tema, signora -añadió para tranquilizarla-. El signor ha dado órdenes muy claras de no recibirlos en el castello, caso de que vinieran.

-De acuerdo, Mutt -Flora se inclinó con dificultad a acariciarlo-. Voy a sacarte. Tráigame su correa, Alfredo, por favor.

-¿Cree que es prudente, signora? -miró hacia el cielo-. Se está haciendo de noche.

-No iré muy lejos -prometió.

Hacía viento y frío, y caminó deprisa mientras el perro correteaba.

En invierno no había casi tráfico y se extrañó al oír un coche que se acercaba a toda prisa. Le silbó a Mutt y le colocó la correa. Cuando se incorporó, los faros la deslumbraron. Esperaba que el coche se desviara, pero fue directamente hacia ella y tuvo que apartarse de un salto. Creyó ver fugazmente la imagen de una cabellera negra y cayó pesadamente a un lado de la carretera.

Flora yacía muy quieta con la mejilla apoyada en la hierba, intentando discernir qué daño podría haberse hecho.

«Pégame una patada», le rogaba en silencio al bebé. «Pégame fuerte». Pero no pasó nada.

Cuando intentó moverse, sintió un dolor agudo en el tobillo. Necesitaba estar tranquila, pero a medida que pasaba el tiempo comenzó a sentir frío y a asustarse.

El conductor del coche debió verla caer, pero no se había detenido a pesar de que era obvio que estaba embarazada.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la echaran de menos en el castello? Y cuando se dieran cuenta, ¿cómo sabrían en qué dirección había ido?

-Oh, Mutt -murmuró-, creo que tengo verdaderos problemas --como para confirmarlo, Mutt irguió las orejas y comenzó a aullar. Hacía más frío y comenzó a llover. Flora intentó varias veces ponerse de pie, pero el dolor del tobillo era demasiado intenso. Se percató de que, a ratos, perdía el conocimiento y eso era peligroso. Soltó a Mutt-. ¡A casa, Mutt! -le ordenó, pensando que era posible que, al verlo, aceleraran su búsqueda.

Al cabo de un rato lo oyó ladrar y también oyó voces.

¿Era su imaginación o estaba delirando? Porque le parecía que Marco estaba a su lado, y que lo oía decir:

-Flora, mia carissima. Ah, Dio, mi ángel, mi dulce amor. ¿Qué te ha pasado?

Ella sabía que eso era imposible porque Marco estaba a muchos kilómetros, en Milán; además, ella no le importaba tanto como para decir esas cosas.

Pero sus brazos la estaban estrechando y podía respirar el aroma de su piel mientras lo escuchaba decir palabras cariñosas en italiano, como las que le había dicho otras veces cuando hacían el amor.

Y eso superaba a todos los momentos de dicha que había sentido con él.

Cuando él intentó alzarla, ella gritó:

-Mi tobillo -y volvió a quedarse inconsciente.

Cuando abrió los ojos, había mucha luz y estaba acostada sobre un colchón. El aire olía a hospital y tenía el tobillo vendado.

Marco estaba allí, con cara de preocupación; un hombre, vestido de blanco, le sonrió y le preguntó cómo estaba.

-Totalmente dolorida -balbuceó ella, y añadió con repentino terror- ¿Y mi bebé?

-Todavía en su sitio, signora Valante, y esperando el día de su nacimiento. Usted es una mujer fuerte, y su hijo también.

-Gracias a Dios -balbuceó y las lágrimas le corrieron por las mejillas-. Me pareció... mi marido...

-Está aquí, signora. La dejaré que hable con él, pero después tiene que descansar. Por la mañana, si todo está bien, él podrá llevarla a casa.

-Todo estará bien -dijo ella.

-Pero antes debo preguntarle qué le pasó. ¿Qué hacía tumbada en la cuneta con un tiempo tan malo? Ella intentó recordar.

-Pasó un coche que iba muy rápido. Yo traté de quitarme de en medio y me caí.

-¿Sabe qué tipo de coche era, o vio la matrícula?

-No. Todo pasó demasiado deprisa.

-Entonces debemos dar gracias a Dios de que no hubiera sido peor -dijo y salió de la habitación. Cuando volvió a abrir los ojos, Marco estaba sentado al lado de la cama.

-Creí que te había perdido, amor mío, mi más preciado bien. Santa Madonna, ¡tuve tanto miedo cuando te vi echada sobre la hierba!

-Pero ya estoy a salvo -repuso ella con dulzura-. Y tu bebé también lo está -le agarró la mano y la posó sobre su vientre. El bebé se movió con fuerza, como si despertara de un sueño profundo. Flora miró a su marido y vio que su cara se había transformado.

Marco apoyó la cabeza sobre el abultado vientre y Flora sintió sus lágrimas rodar sobre su piel.

-Flora, oh, Flora mia. Te amo tanto. Estos últimos meses han sido una pesadilla. No podía llegar a ti, y pensaba que nunca lo conseguiría. Que nunca querrías ser mi esposa verdadera, aunque yo lo anhelara. Que incluso cuando el bebé naciera, no volverías a mí -

respiró profundamente-. Mia cara, ¿podrás algún día perdonarme por todo el daño que te he hecho y me permitirás ser tu marido de verdad? Juro que pasaré el resto de mi vida intentando que seas feliz. Ella le acarició los cabellos.

-Puede que lo haga -su voz temblaba-, si me besas y me dices de nuevo que me amas.

Él alzó la cabeza y la miró. Pronunció su nombre y posó su boca sobre la de ella con pasión y ternura, en un beso que también era una promesa.

-¿Por qué no estás en Milán? -preguntó ella mucho tiempo después.

-Qué pregunta, mia bella. Cualquiera diría que no estás contenta de verme -había conseguido meterse al lado suyo en la estrecha cama y la tenía abrazada.

-Sí que estoy contenta, pero me gustaría una respuesta sincera.

-Cara, he pensado en ti cada día que hemos estado separados, pero hoy era distinto. Desde que me desperté esta mañana, tenía el presentimiento de que me necesitabas y de que debería venir. Y entonces Alfredo me telefoneó como siempre y me dijo que Tonio y Ottavia habían regresado y que estaban en la villa. Supe que mi instinto tenía razón y que debía volver a casa inmediatamente -«Ottavia», pensó Flora, horrorizada, recordando la fugaz imagen que había visto en el coche. Se puso tensa y él lo notó-. ¿Pasa algo malo? «Podía haber pasado, pero no pasó», pensó Flora, porque si Ottavia había tenido la tentación de atropellarla, se había arrepentido en el último momento.

«De todos modos, gracias a ella, Marco está aquí conmigo. Y por eso la puedo perdonar. Guardaré su secreto. Ya ha causado suficientes problemas y ahora solo quiero ser feliz».

-No sabía que Alfredo te telefoneaba todos los días.

-Necesitaba saber de ti, mia cara. Asegurarme de que estabas bien y, a ser posible, feliz. Hacerle todas las preguntas que no me atrevía a hacerte a ti -suspiró-. Cada vez que estábamos juntos, quería postrarme de rodillas e implorarte otra oportunidad, pero tenía miedo de que te enfadaras y que lo usaras como excusa para dejarme otra vez.

-Creo que ya te perdoné hace tiempo. Y al margen de cuáles fueran tus motivos, hicieron que nos juntáramos. Eso no lo puedo olvidar.

-Sin embargo, estuvo a punto de no ocurrir. Cuando vine a Inglaterra estaba furioso. Tu antiguo fidanzato había hecho mucho daño a la familia Baressi y a la chica con la que estaba comprometido a mi pesar. Dio, Ottavia estaba histérica y amenazaba suicidarse. Y mi madrina no hacía otra cosa que decirme que era mi deber vengar el

honor de Ottavia y el mío.

-¿La querías mucho?

-Le estaba agradecido. Ella fue muy amable cuando mis padres murieron. Pero no la quería. Es una mujer muy fría.

-Entonces, ¿por qué aceptaste su plan de venganza?

-Porque no me dejaba en paz, y porque pensaba que el tal Cristoforo merecía un castigo. También me sentía culpable por haberle pedido a Ottavia que se casara conmigo solo porque eso era lo que se esperaba de nosotros. Ella sabía que yo no la amaba y creo que se sentía herida. Puede que esa fuera la razón de que se comportara como lo hizo. Quería atenciones y sexo, pero no recibía nada de eso de mí. Así que buscó en otra parte y se encontró a Cristoforo, que tampoco la amaba. Fue Ottavia quien insistió en que la venganza debía incluirte a ti, porque tú eras la razón de que Cristoforo la dejara. Para entonces yo ya había llegado a Inglaterra y decidido que solo perseguiría a tu fidanzato. Atacaría sus finanzas y lo arruinaría.

-¿Y por qué cambiaste de opinión?

-Tenía curiosidad. El detective que había contratado te había localizado y fui al restaurante para ver a la chica que habían preferido a Ottavia. Y cuando te vi, mia bella, te deseaba tanto que me asusté, porque nunca me había sentido así por ninguna mujer. Y si he de serte sincero, no quería sentirme así por ti. Me dije que la mejor manera de curarme de ese deseo era poseerte. Así que volví al plan original.

Ella suspiró.

-Y yo caí en tus garras. -El la besó en la mejilla.

-Pero no me curé, carissima. Y cuanto más intentaba satisfacer mi apetito, más hambre tenía. Y no era solo tu cuerpo lo que quería. Sentía la necesidad de protegerte y cuidarte durante toda la vida. Quería que fueras mi esposa y la madre de mis hijos.

»Y eso hizo más fuerte mi decisión de alejarte de tu fidanzato porque sabía que nunca te amaría como yo. Y cuando el plan había funcionado, era demasiado tarde para decirte la verdad, porque tenía miedo de perderte. Así que, como un cobarde, no dije nada y, de todos modos, te perdí.

-Pero viniste a por mí -le recordó ella-. Eso no fue cobardía.

-Pero fue el peor día de mi vida, cara, porque pude constatar que te había hecho daño y que por eso tú me odiabas. Y no podía hacer nada. No tenía ninguna excusa que darte por lo que hice. Porque no me habrías escuchado -le agarró la barbilla y le alzó la cara-. Pero lo que vine a decirte, amor mío, y lo que debes saber y creer es que no te poseí sólo por venganza, sino porque no podía vivir sin ti.

Inclinó la cabeza y la besó largamente, con mucha dulzura.

Cuando la respiración de ella se calmó, le preguntó:

-Si el teléfono no hubiera sonado, ¿te habrías ido y habrías salido de mi vida?

-Eso me dije -reconoció él-. Pero en el fondo de mi corazón, sabía que seguiría intentando recuperarte. Entonces ocurrió el milagro y tuve otra oportunidad.

-Pero estuviste tan frío -reprochó ella- con las condiciones... Como si estuvieras tratando un negocio.

-Estaba perplejo -dijo Marco con franqueza-. Y furioso. Porque me di cuenta de que si no hubiera oído el mensaje, no me habrías dicho nada sobre nuestro bebé. Y eso me lastimó.

-Todo este tiempo he creído que estabas arrepentido de haberte casado conmigo -dijo ella-. Pasabas tanto tiempo en Milán, lejos de mí, que pensé que quizá habías encontrado a otra.

Él se rio.

-¿Por esa estupidez que dije? Ya te lo he dicho, Flora mia, me habías lastimado y quería devolverte el daño. Y también quería ver si podía ponerte un poco celosa, porque eso significaría que me querías. Estaba dispuesto a agarrarme a cualquier cosa.

Ella hizo un gesto.

-Te quería tanto como jamás hayas podido desear -le dijo con candidez.

-Pero no tanto como yo a ti, creo. ¡Dio! Hasta estaba celoso de tu pobre Mutt.

-¡Marco! -Flora soltó una carcajada-. ¡No lo dirás en serio!

-Me dolían todas tus palabras cariñosas hacia él. Fue por eso que decidí, para no volverme loco, mantenerme alejado del castello y dejar de torturarme.

-Y yo me sentía tan sola... Necesitaba alguna salida para todo el amor que guardaba dentro de mí. Espero que ya no le tengas manía, ¿verdad?

-Al contrario. Le estoy agradecido. Fueron sus aullidos los que nos indicaron dónde estabas. Luego salió corriendo de la oscuridad y nos guió hacia ti -hizo una pausa-. Pero no pienso dejarlo dormir en nuestra cama, mia cara, como, según me han contado, haces tú. No soy tan generoso.

Ella lo miró de reojo.

-¿Está sugiriendo, signore, que usted y yo vamos a compartir la cama otra vez?

-No lo sugiero, signora. Lo exijo. Necesito estrecharte entre mis brazos por la noche para convencerme de que mi otro milagro me ha sido concedido -bajó la voz y susurró-. Que me amas, carissima, y que

quieres estar conmigo.

Ella alzó la mano y le acarició la cara, como para borrar las huellas de la tensión y el cansancio. Sus ojos brillaban de ternura.

-Para el resto de mi vida, queridísimo amor mío -pronunció ella con mucha dulzura.